

P. B. SERRANO

RELIQUIA



DRPS
FA
1063

UNIVERSITAT D'ALACANT
Biblioteca Universitaria



0500773100

B. SERRANO

RELIQUIA



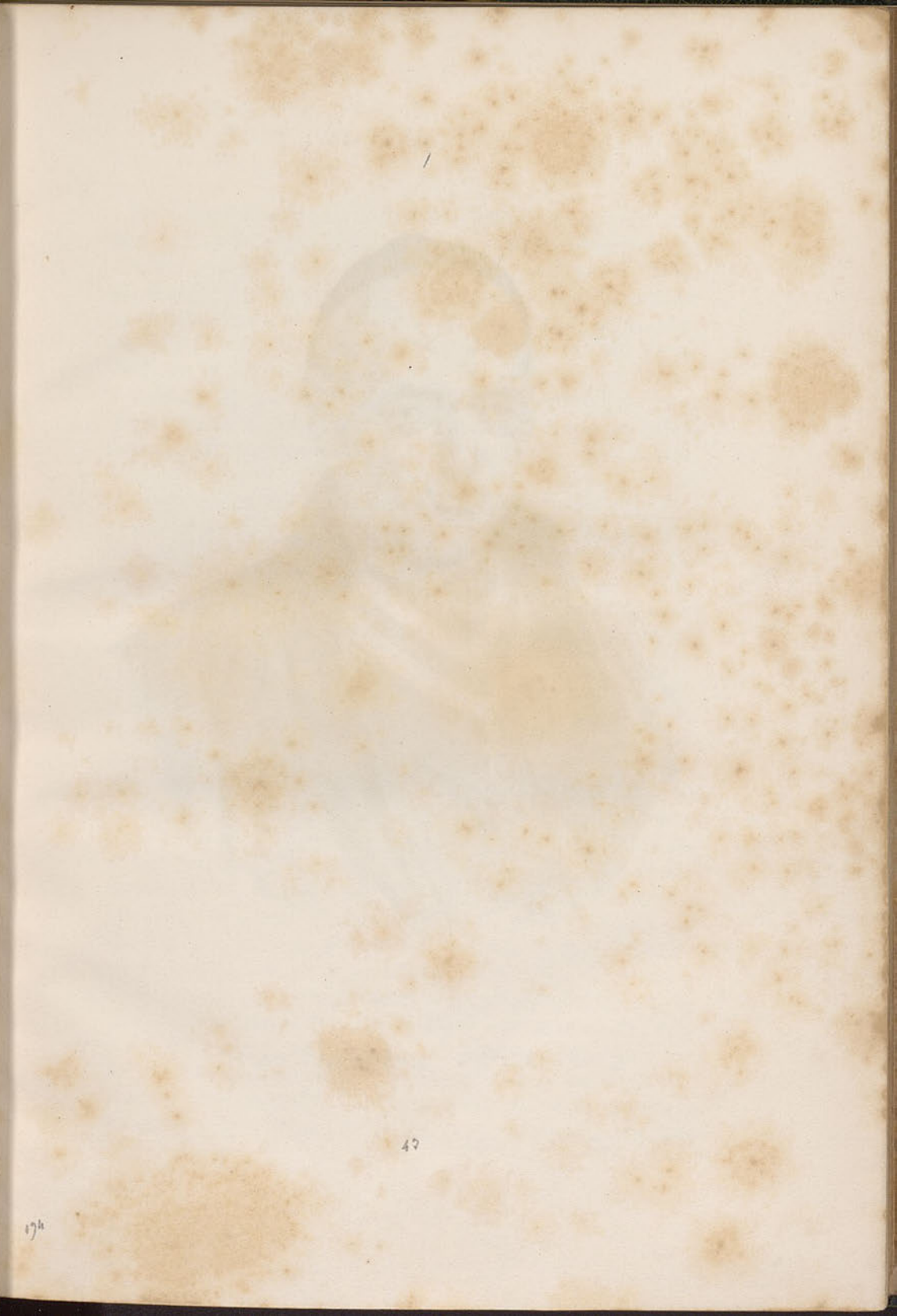
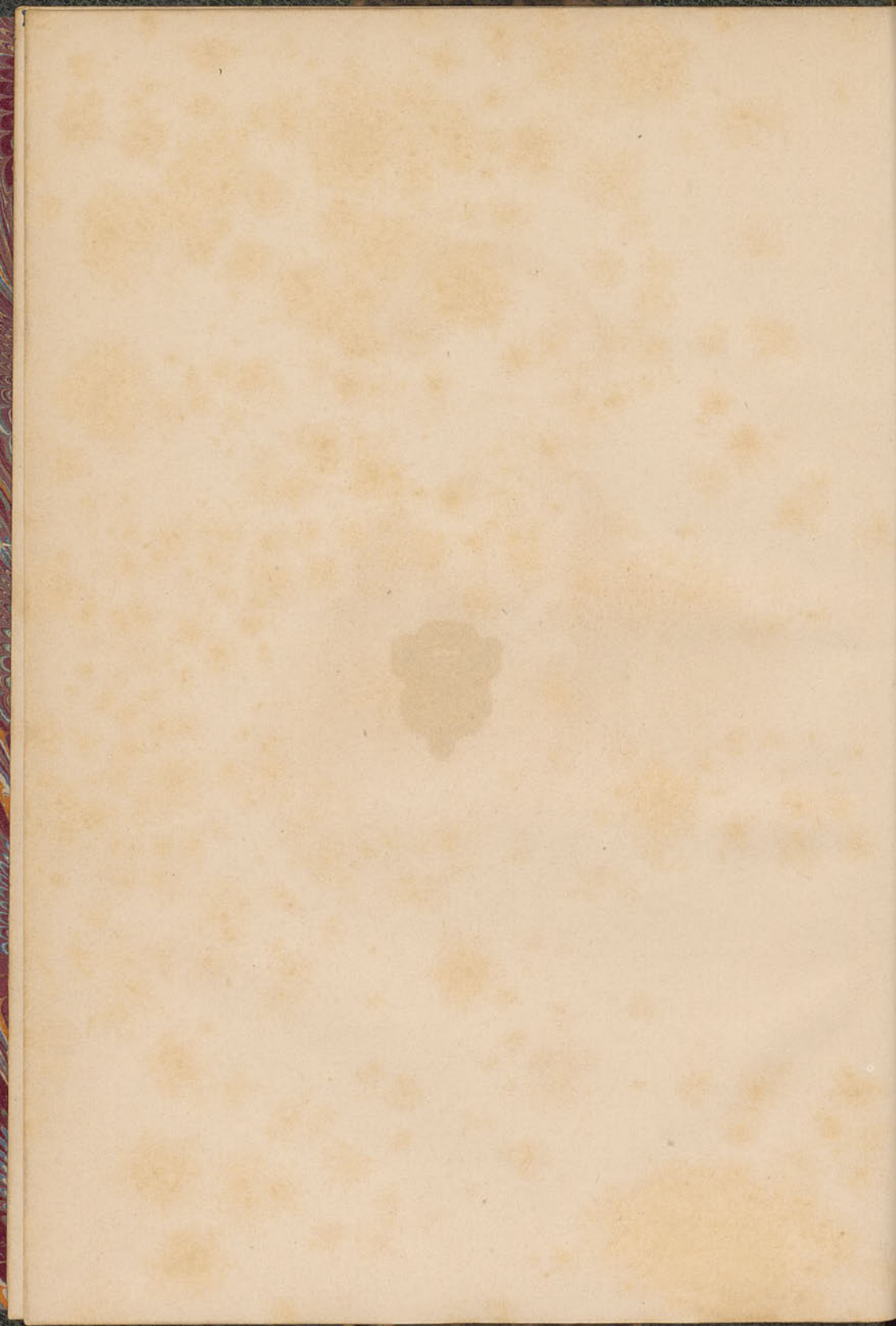
Ex Libris



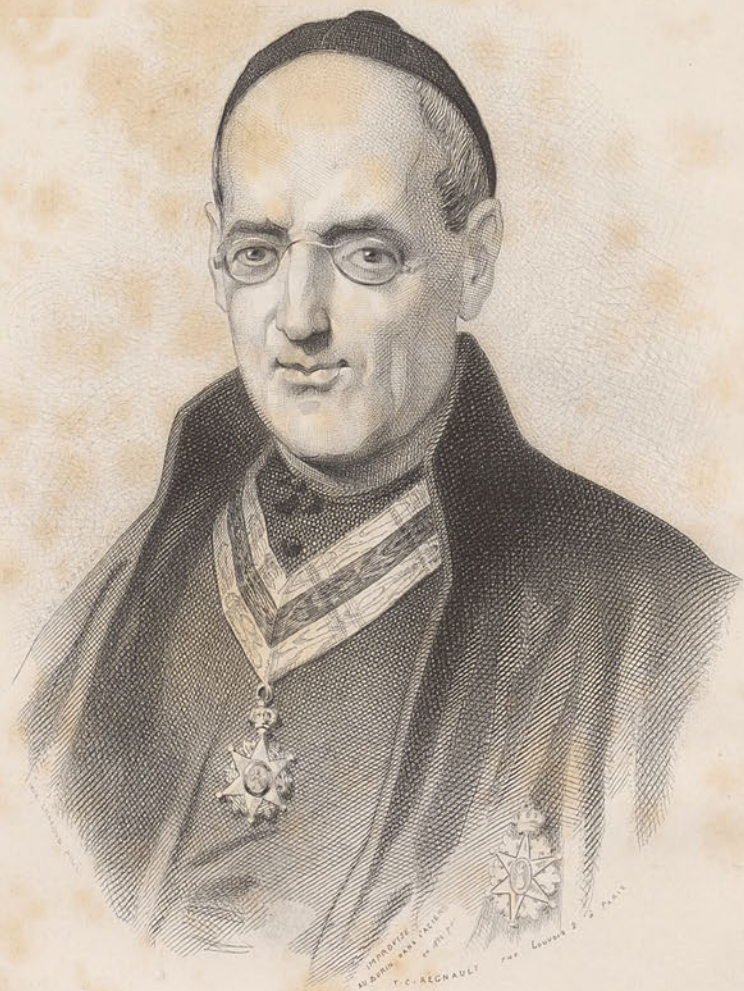
Russell Perry Schold III

DUPRE
FL DRPS FA/1063
0500773100





EL ABATE MARCHENA.



DON GASPAR BONO SERRANO

Es una desgracia bien lamentable para este escritor y aun para la España que le dió el ser, que en lugar de venerar con humilde respeto y conservar constantemente la católica fe de sus buenos y piadosos padres, renunciase á las consoladoras creencias religiosas, entregándose al escepticismo desde muy jóven, y cayendo por fin como era natural en el abismo insondable de la incredulidad y del ateismo, justo castigo del egotístico orgullo que le dominaba. Tal fué el resultado del continuo estudio de los filósofos enciclopedistas, á que se dedicó con hidrópica avidez el escolar andaluz. De aquí nacieron las persecuciones que sufrió mas de una vez, y las extrañas vicisitudes de su novelesca y borrascosa existencia.

Al mismo funesto origen se debe igualmente, el que su renombre, como literato y poeta, no sea mas glorioso y digno. Voltaire no adquirió el envidiable lauro de *primer historiador de la Francia*, por no haber sido escritor cristiano, como observa Chateaubriand. *No hay cosa mas proxima que la incredulidad*, ha dicho nuestro elegante y profundo Lista. En este concepto, bien se puede afirmar, sin temor de equivocarse, que Marchena ocuparía hoy un lugar nada desairado por cierto entre Fr. Luis de Leon y Fernando de Herrera, si hubiera guardado sin extinguirse en el fondo de su corazon, como aquellos ilustres y religiosos vates, el sagrado fuego de la fe católica, principio y fuente del verdadero entusiasmo poético. El mismo Marchena era seguramente de esta opinion, cuando escribió su famosa *oda á Cristo Crucificado*, la mas notable de sus composiciones poéticas, creyendo justamente, que sola la Religion, que tan impiamente habia abjurado, podía inspirarle sublimidad en los pensamientos y grandiosidad en las palabras.

Sepárense por un momento de la historia de nuestra literatura los celestiales escritos de la Santa Reformadora del Carmelo, y los de su digno compañero San Juan de la Cruz, los magníficos libros del venerable Juan de Avila y los de su elocuentísimo discípulo Fr. Luis de Granada; las obras espirituales de los padres Maton de Chalde, Diego de Estella y Alonso

EL ABATE MARCHENA.

Es una desgracia bien lamentable para este escritor y aun para la España que le dió el ser, que en lugar de venerar con humilde respeto y conservar constantemente la católica fé de sus buenos y piadosos padres; renunciase á las consoladoras creencias religiosas, entregándose al escepticismo desde muy jóven, y cayendo por fin como era natural en el abismo insondable de la incredulidad y del ateismo. Justo castigo del satánico orgullo que le dominaba. Tal fué el resultado del continuo estudio de los filósofos enciclopedistas, á que se dedicó con hidrópica avidez el escolar andaluz. De aquí nacieron las persecuciones que sufrió mas de una vez, y las estrañas vicisitudes de su novelesca y borrascosa existencia.

Al mismo funesto origen se debe igualmente, el que su renombre, como literato y poeta, no sea mas glorioso y digno. Voltaire no adquirió el envidiable lauro de *primer historiador de la Francia*, por no haber sido escritor cristiano, como observa Chateaubriand. *No hay cosa mas prosáica que la incredulidad*, ha dicho nuestro elegante y profundo Lista. En este concepto, bien se puede afirmar, sin temor de equivocarse, que Marchena ocuparia hoy un lugar nada desairado por cierto entre Fr. Luis de Leon y Fernando de Herrera, si hubiera guardado sin extinguirse en el fondo de su corazon, como aquellos ilustres y religiosos vates, el sagrado fuego de la fé católica, principio y fuente del verdadero entusiasmo poético. El mismo Marchena era seguramente de esta opinion, cuando escribió su famosa *oda á Cristo Crucificado*, la mas notable de sus composiciones poéticas, creyendo justamente, que sola la Religion, que tan impiamente habia abjurado, podia inspirarle sublimidad en los pensamientos y grandilocuencia en las palabras.

Sepárense por un momento de la historia de nuestra literatura los celestiales escritos de la Santa Reformadora del Carmelo, y los de su digno compañero San Juan de la Cruz, los magníficos libros del venerable Juan de Avila y los de su elocuentísimo discípulo Fr. Luis de Granada; las obras espirituales de los padres Malon de Chaide, Diego de Estella y Alonso

Rodríguez; las de los ejemplares sacerdotes Yepes, Marquez, Sigüenza y demás prosistas ascéticos. Suprimáanse de nuestro Parnaso todas las poesías sagradas, desde la que ensalza y engrandece la Omnipotencia del Señor, por haber concedido á los españoles la mas cumplida victoria en el golfo de Lepanto, hasta las que han escrito en nuestros dias Melendez, Lista y Reinoso, para cantar la Religion de nuestros mayores. Y en tal supuesto, nuestra riqueza, nuestro tesoro literario, que ahora no cede al de ninguna de las naciones de Europa, comó reconocen y confiesan los mismos extranjeros, quedaria reducido con mengua nuestra á la escasez y pobreza mas humillante. Hasta las obras mismas del Príncipe de nuestros ingenios no serian oro de tan subidos quilates, si mezclados con la sal ática de sus gracias y agudos chistes no brillaran en sus inmortales páginas aquel santo temor de Dios, aquella humildad y resignacion y fé cristiana, que lejos de cortar el vuelo á nuestros mas esclarecidos escritores de otros siglos, les prestaban alas para remontarse á las elevadas regiones de la sublimidad y de la grandeza.

Permítaseme repetir aquí (pues viene muy al caso) lo mismo que escribí en la biografía del sábio Obispo de Alba, Marco Gerónimo Vida, impresa al fin del tomo 6.º del célebre catálogo, publicado por mi ilustre amigo el Excmo. Sr. Marqués de Morante:

«Este himno que el piadoso Prelado dirige al Altísimo, como principal objeto de la adoracion del cristiano, es un himno sublime. Sola la fé católica podia sostener el atrevido vuelo, que toma el númen de poeta desde un principio, al celebrar el inefable Nombre del Supremo Hacedor. El mismo Homero no canta con tal grandilocuencia y solemnidad los Dioses del Paganismo. La Religion de Jesucristo enseñando al hombre su alteza y dignidad, y la grandeza de Dios, inspira á sus labios un lenguaje sobrehumano, desconocido de los vates de Grecia y Roma, aunque estos á veces fueron mónstruos de talento, como el Cantor de Aquiles.

«Gerónimo Vida, usando de una apóstrofe admirable, dirige la palabra al mar, á la tierra y á los vientos, preguntándoles por su Dios, y todos le responden unánimes, que son obra de la Omnipotente diestra. Se eleva en alas del génio á la mansion de la luz, y asombrado y lleno de profundo respe-

to; encontrándose frente á frente con los coros de espíritus alados, va á doblar la rodilla para adorar al mas bello y radiante de los ángeles, que le detiene con su voz, entonando un cántico de amor y alabanzas á Jehová, repetido por las sagradas legiones, que con santo júbilo y dulcísima armonía se apellidan obedientes y sumisas criaturas de su Dios y su Señor.»

De tan sencillas reflexiones resulta, que Marchena, por haber sido incrédulo no pertenece al reducido número de nuestros poetas de primer orden, entre los que no le hubiera sido difícil conquistarse un puesto no menos apetecido que honroso. De todos modos son muy dignas de ser leidas algunas de sus obras literarias. Publicadas estas en el extranjero, donde vivió el autor la mayor parte de su vida, no han circulado entre nosotros, como las de otros ingenios, amigos y contemporáneos suyos, que dieron á luz sus composiciones en España.

Don José Marchena nació en Utrera, provincia de Sevilla, el 18 de Noviembre de 1768. Era hijo de D. Antonio y Doña Josefa María Ruiz y Cueto, que le dieron una educacion muy cristiana, destinándole al estado eclesiástico. Por lo que recibió en su adolescencia la tonsura y órdenes menores. Segun informes que he recibido últimamente de un primo suyo anciano octogenario y respetable, que lo trató muy de cerca, no quiso aprender mas que gramática latina en sus primeros años, habiéndose resistido obstinadamente á comenzar la filosofía, y sobre todo á dedicarse á los estudios eclesiásticos, como deseaba su familia. En cambio se ocupaba con el mayor ardor de la lengua y literatura francesa. Algunas de las obras que publicó posteriormente, manifiestan su aprovechamiento en uno y otro idioma.

No es cierto que se ordenara de Diácono como propalaron muchos años despues en son de burla algunos de sus émulos. Además de que no hay de esto la menor noticia en su pueblo natal, donde viven todavía algunos viejos que le conocieron personalmente; mi apreciable amigo el Sr. D. Fernando de Olmedo y Lopez, Canónigo de la Catedral de Sevilla, ha examinado detenidamente por encargo mio los libros de órdenes de aquel Arzobispado, y de sus diligencias resulta, que jamás pasó de grados menores.

Imbuído Marchena en las ideas Volterianas, comenzó á ma-

nifestar opiniones tan osadas como irreligiosas, que no podian ni debían tolerarse en la católica España. Encausado por la Inquisicion y próximo á ser encarcelado, se refugió en Gibraltar, y desde allí se trasladó á Francia, donde acababa de estallar la revolucion. No tardaron en darle á conocer en Paris su actividad y talento, y sobre todo *su facilidad verdaderamente asombrosa en hablar y escribir el idioma del país y otras lenguas*, como dice Michaud.

Marat fué el primero que le buscó y ofreció su amistad, franqueándole las columnas de su periódico, el *Amigo del Pueblo*, de cuya redaccion tuvo el Español la cordura de separarse muy pronto, horrorizado de las ideas de sangre y exterminio que vertía sin cesar aquel cínico y furioso tribuno. A fin de escudarse contra el resentimiento y venganza de Marat, con la proteccion de Brissot, procuró afiliarse en el partido de la Gironda, sufriendo con admirable estoicismo las vicisitudes y horribles padecimientos que le ocasionó aquella adhesion. Precisado á huir precipitadamente de la capital, se dirigió al mediodia de la Francia; mas habiéndole detenido en el camino, lo condujeron á Paris, con el representante Duchatel y el Marsellés Riouffe, autor de las *Memorias de un arrestado*, en las que dice, hablando de Marchena: *Yo no he visto jamás un alma mas enérgica ni mas ardiente*.

Bien lo demostró poco despues, insultando desde un calabozo de la Conserjería á Robespierre, á cuya voz rodaban entonces en la guillotina las mas poderosas cabezas. Degollados por su orden Danton, Desmoulins, Lacroix y otros, fué perdonado Marchena; lo que no era de esperarse. Mas en lugar de dar las gracias como hubieran hecho otros, al opresor y verdugo de la Francia, por su inusitada clemencia, osó desafiar su terrible poder y ferocidad, escribiéndole desde su prision las siguientes palabras en una cuartilla de papel: *Tirano, tú me has olvidado*; y al inmediato dia otro billete concebido en estos términos: *¡Omátame, ó dame de comer, tirano!* Tanta firmeza de alma no pudo menos de hacer profunda impresion en el ánimo de Robespierre, quien no solamente perdonó tamaña audacia, sino que quiso utilizar aquel indomable carácter, para llevar á cabo sus sanguinarios proyectos. Marchena, empero, rechazó con indignacion las muestras de proteccion y benevolencia con que quiso halagarle aquel hombre desalmado.

Al fin fué vencido y ajusticiado este monstruo, á cuya caída contribuyó no poco con su travesura y talento la famosa española Teresa Cabarrús, tan conocida despues con el título de Princesa de Chimay. La Francia respiró, y Marchena recobró su libertad, como tantas otras víctimas, que gemian en las cárceles, esperando hallar en el cadalso el término de sus padecimientos. Entonces fué nombrado de *la comision de salud pública*, y comenzó á escribir en el *Amigo de las leyes*, periódico que dirigia Poulthier. La persecucion le vino entonces de parte de sus mismos correligionarios, que á voz en grito le acusaban de *retrogrado*. No era Marchena muy capaz de perdonar á sus contrarios, que lograron por fin destituirle de su destino. De aquí es, que por vengarse, lanzó contra los gefes del partido dominante, Talien, Legendre y Freron una granizada de folletos, que rebosaban la hiel y el veneno de su ira y de su indignacion. Estos apasionados escritos, al paso que causaban mucho daño á sus adversarios, produjeron á su autor no escasas amarguras y sinsabores. En esta época fué, cuando hallándole en la calle un amigo suyo, y viéndole armado de un sable mas grande que él mismo, dijole con burlona sonrisa: *Marchena, ¿dónde vas, pegado á ese descomunial chafarote?* Este chiste produjo algunos epigramas, con que uno de sus émulos (hombre de talento y buen humor), trató de ridiculizar su pequeña estatura y deformidad repugnante; porque Marchena no solamente era *seamente feo*, sino que mas que figura humana, parecia *un sátiro de las selvas*, como ha dicho uno de sus biógrafos.

En 1797 aparece atacando encarnizadamente al Directorio, el cual aplicándole la ley sobre los extranjeros, le mandó salir del territorio de la república. Mas al ser conducido por la fuerza armada hácia la frontera de Suiza, recibió gracia del *Consejo de los Quinientos*, al que habia apelado, y se le confirmaron como deseaba, los derechos de ciudadano francés, que venia disfrutando hacia cinco años. Esta prerogativa le valió el nombramiento de Secretario, con que le agració el general Moreau, cuando en 1801 se le confió el mando del ejército del Rin.

Parece increíble, que en medio de una vida tan agitada y llena de peligros, tuviera Marchena humor y tiempo para cultivar las letras; y sin embargo, no hay cosa mas cierta. Por en-

tonces escribió una obrilla, que aunque de muy breves dimensiones, llamó la atención de los doctos, dando con ello su autor una prueba mas de su buen gusto, de su ingenio y travesura. Publicó una canción francesa bastante libre, cuya lectura excitó la indignación del austero Moreau, que reprendió con militar aspereza al impúdico vate. Este, por disculparse, aseguró á su jefe, que aquellos versos no eran mas que una versión literal de otros inéditos de Petronio. Efectivamente, á los dos días presentó al general un fragmento latino, que decía haber copiado de un manuscrito antiquísimo de la biblioteca de Sant-Gall.

No dejaba de ser verosímil aquella invención á causa de las numerosas lagunas que ofrece el satiricon de Petronio. Marchena habia llenado una de ellas con tal artificio y destreza, que su adición parecia necesaria para la inteligencia y complemento del testo. Publicado el pretendido fragmento, se hizo una formal averiguación, y algunos literatos lo tuvieron por original de Petronio, y su autenticidad fué reconocida y anunciada en los periódicos por uno de los mas distinguidos críticos de Alemania. Alentado Marchena con el feliz éxito de su ingeniosa superchería, quiso repetirla; pero no pudo conseguir el segundo lauro á que aspiraba. Fingió que habia descubierto en un papiro del Herculano cuarenta versos inéditos del delicado y tierno Catúlo. Pero Eischtaedt, eminente profesor de Jena, hizo patente la falsificación. Mas feliz fué en esta parte algunos años despues el poeta italiano Leopardi, cuyo himno original á Neptuno (como dice mi docto amigo el Sr. Valera), *pasó entre los mas eruditos y perspicaces por traducción de un manuscrito griego recién descubierto*. De todos modos, el humanista español se acreditó en toda Europa de un gran latinista.

Otra prueba dió poco despues de su talento, y sobre todo de su capacidad para aprender los mas difíciles idiomas. Moreau pidió á su Secretario la estadística de una parte no muy conocida de Alemania. No sabia entonces Marchena el alemán. Pero comenzando á estudiarlo inmediatamente con ardor y constancia, pudo muy pronto leer las mejores obras escritas en aquel idioma que trataban de la materia. El informe que dió, fué tan cumplido, que mereció los mas entusiastas elogios. Cuando Moreau cayó en desgracia, volvió á París, y Marchena

tuvo la hidalguía de acompañarle en la adversidad como le habia acompañado en los días de su prosperidad y de su gloria.

Tan noble comportamiento influyó en la colocación de Marchena en 1808, en el que volvió á España como Secretario de Murat. Pero no bien llegó aquel á Madrid, fué encerrado en un calabozo de la Inquisición. El Príncipe francés intercedió en su favor con D. Ramon Josef de Arce, Inquisidor General y Arzobispo de Zaragoza, aunque inútilmente, porque el prelado se negó con firmeza á dar libertad al preso. Entonces Murat envió una compañía de granaderos, que sacó á su Secretario de las prisiones del Santo Oficio. Marchena en venganza escribió contra aquel tribunal el siguiente epigrama, tan escaso de sal y de chiste, como lleno de hiel y ponzoña, y que revela únicamente la irritación y la ira del autor y su ineptitud además para las composiciones favoritas de Marcial y de Quevedo.

La horrible Inquisición, ese coloso
Que del cieno nació de Flegetonte,
Y mamó de Megera el ponzoñoso
Jugó, y bebió el azufre de Aqueronte,
Aun agita sus teas horroroso,
Y entre ruinas descuella, cual el monte
De Olimpo en Grecia mísera desierta
Su frente esconde entre las nubes yerta.

Bien diferentes son los bellos y sencillos versos que dejó escritos el sábio y humilde Fr. Luis de Leon en las paredes de la Inquisición de Valladolid.

Algo mas vale otro epigrama que escribió Marchena para ridiculizar la traducción de la tragedia de Voltaire, *La muerte de César*, publicada entonces por el Ministro Urquijo.

Dice así:

Ayer en una fonda disputaban
De la chusma qué dramas escribia,
Cuál entre todos el peor sería:
Unos Moncin, Comella otros gritaban:
El mas malo de todos, uno dijo,
Es Voltér traducido por Urquijo.

Si Marchena no era poeta epigramático, como se ve por las anteriores muestras, tenia gran disposicion para la poesía elevada, como probarán los versos que insertaré al fin de este artículo.

El gobierno del Rey José nombró al vate redactor de *La Gaceta de Madrid*, y archivero mayor del Ministerio del Interior, concediéndole además una pension para publicar sus traducciones del francés. Las dos que hizo en verso del *Hipócrita y del Misántropo* de Moliere, se representaron con aplauso varias veces en los teatros del Príncipe y de la Cruz; y en recompensa fué nombrado *caballero de la orden española*, instituida por José Napoleon. Moratin solia llamar á esta condecoracion *la Cruz del Pentágono*, aunque tambien tuvo la triste gloria de adornar su pecho con ella.

Cuando dicho Príncipe se vió precisado á salir de Madrid, amenazado muy de cerca por nuestras armas vencedoras y retirarse con su ejército al reino de Valencia; Marchena siguió la corte del intruso con los Ministros, Consejeros y demás comprometidos por aquella causa. En la ciudad del Cid solia reunirse casi todos los dias con algunos literatos y poetas de su partido en la librería de D. Salvador Faulí, en la que hacia procaz alarde de sus opiniones antireligiosas. Melendez, Quinto, Moratin y otros de sus compañeros impugnaban sin tregua al impio abate, que con sus grandes conocimientos y verbosidad inagotable se defendia vigorosamente contra todos. Podia aplicársele muy bien lo que de Ismael dice la Santa Escritura: *Manus ejus contra omnes, et manus omnium contra eum.*

El mencionado librero, que tenia hijos de corta edad, á quienes deseaba educar cristianamente, escandalizado con las peroratas sacrilegas de Marchena, fué á visitar á este en su propia casa, para suplicarle, que se abstudiese de aquellas conversaciones delante de su familia. Mas no fué poco su asombro, al encontrar al volteriano disputador muy engolfado en la lectura de la *Guia de pecadores* del venerable Fr. Luis de Granada. Viendo pintadas Marchena en los ojos del timorato Faulí la admiracion y la sorpresa, le dijo sonriendo y con la mayor formalidad las siguientes inesperadas palabras:

«No es estraño, que V. se espante de verme tan embebecido, estudiando este libro piadoso. Pero va V. á espantarse mucho mas de lo que va V. á oír, advirtiéndole que es la pura

»verdad. ¿Ve V. este volúmen, que por lo ajado manifiesta
»haber sido tan manoseado y leído, como los Breviarios viejos,
»en que rezan diariamente nuestros Clérigos? Pues consiste,
»en que hace mas de veinte años, que lo llevo conmigo, sin
»que se pase dia en que yo deje de leer algunas de sus páginas.
»El me acompañó en tiempo del terror en los calabozos de Pa-
»ris, él me siguió en las precipitadas marchas con los Girondi-
»nos, él vino conmigo á las orillas del Rin, á las montañas de
»Suiza, á todas partes. Me sucede con este libro una cosa, que
»no puedo explicarme á mi mismo. Ni lo puedo leer, ni lo pue-
»do dejar de leer. No lo puedo leer, porque convence mi en-
»tendimiento y mueve mi voluntad de tal suerte, que mientras
»lo estoy leyendo, me parece que soy tan cristiano como V., y
»como las monjas y como los misioneros que van á morir por
»la fé católica á la China ó al Japon. No lo puedo dejar de leer,
»porque no conozco en nuestro idioma un libro tan admi-
»rable.»

Este hecho tan estraño lo oí en Valencia de boca del mismo Faulí en 1827. Me dijo tambien, que habia llamado mucho la atencion de los compañeros de Marchena, cuando supieron el caso. Años despues me hizo referencia del mismo suceso el señor D. Juan Nicasio Gallego, que lo habia sabido por un amigo del abate á quien este se lo habia contado.

Despues de la memorable batalla de Vitoria, en que José Napoleon fué arrojado del territorio español, Marchena se retiró á Francia, fijando su residencia, primero en Nimes, y despues en Montpellier y Burdeos. En 1820 volvió á Madrid, pero ni en el Gobierno, ni en los particulares halló simpatías, por haber servido á Murat, que tan tristes recuerdos dejó en la corte y en toda la nacion con los horribles sucesos del 2 de Mayo. A principios del siguiente año terminó infelizmente sus dias, olvidado de todos, y en el mayor abandono y pobreza. Solo despues de su fallecimiento, se acordaron de él algunos afrancesados, que hicieron sus funerales con alguna pompa, pronun- ciando en su elogio algunos discursos.

Publicó muchas traducciones del inglés y del francés, y varias obras originales en prosa y verso. Conocia muy á fondo los clásicos griegos y latinos, y se esforzó con buen éxito no pocas veces por imitar las admirables bellezas de aquellos modelos de la antigüedad. Quiso latinizar en cierto modo la lengua de

Cervantes, introduciendo en ella los mas osados giros y el híperbaton de Ciceron y de Horacio.

Su tragedia titulada *Polixena*, escrita en vigorosos y magníficos versos, como dice mi ilustrado amigo el Sr. Fernandez Espino, es muy digna de figurar al lado de la *Raquel* de Huerta, de la *Numancia* de Ayala, del *Pe'layo* de Quintana y del *Edipo* de Martinez de la Rosa. Sus traducciones de las dos preciosas comedias de Molier *El Avaro* y la *Escuela de las mujeres*, están hechas con maestría. Tambien tradujo del francés la comedia el *Amigo de los hombres* y el *Egoísta*, y finalmente, *los dos Yernos*.

Sus reflexiones sobre los emigrados franceses, que escribió en compañía de Valmalette, se publicaron en París en 1795, y al año siguiente su *Espectador francés*; y en 1797 su *Ensayo de teología*, que fué refutado por el Doctor Heckel. Los *Anales de viajes* insertaron su *Descripcion de las provincias Vascongadas*. Escribió tambien la biografía de Melendez Valdés, que no pudo imprimir, sorprendido por la muerte.

La obra que tal vez ha dado mas á conocer su nombre entre los que cultivan las letras, es la que publicó en Burdeos á principios de 1820 y se titula *Lecciones de filosofía moral y elocuencia*, que es una coleccion de los mejores trozos de nuestros mas distinguidos poetas y prosistas. Precede un largo discurso preliminar que está escrito con saña verdaderamente volteriana. No eran de esperarse los rasgos de impiedad y de cinismo que hormiguan en aquel opúsculo, cuyo objeto no debió ser otro que recomendar á la juventud las joyas mas preciadas de nuestra literatura, que él por otra parte supo escoger y reunir en su libro con mucho acierto. Este era Marchena. Si se levantaran del sepulcro los venerables Juan de Avila, Leon y Granada, y los piadosos y respetables Mariana, Rioja, Herrera y Solís y tantos otros ilustres y cristianos varones, cuyos nombres y escritos aparecen allí, precedidos de aquella infame sátira de su Religion y de su patria; protestarian á la faz del mundo con toda la enérgica y sublime elocuencia de que eran capaces contra el audaz y sacrilego libelista, que no se avergonzó de falsificar nuestra historia civil y literaria, para aclimatar en España, aunque inútilmente por fortuna, los funestos errores en que él estaba tan imbuido y obcecado. Nadie diria,

que es el autor de algunas estrofas de su ya citada *oda á Cristo Crucificado*. Hélas aquí:

Cantó el Verbo divino,
No cuando inmenso en piélago de gloria
Mas allá de mil mundos resplandece,
Y los celestes coros de continuo
Dios le aclaman, y el padre se embebece
En la perfecta forma no criada;
Ni cuando de victoria
La sien ceñida el rayo fulminaba,
Y de Luzbel la altiva frente hollaba
Lanzando al hondo infierno
Entre humo pestilente y fuego eterno
La hueste contra el padre levantada.

No le canto tremendo
En nube envuelto horrisono tonante
Severas leyes á Israel dictando,
Del Faraon el pecho endureciendo,
Sus fuertes en las olas sepultando,
Que en los abismos de la mar se hundieron;
Porque en brazo pujante
Tú, Señor, los tocaste, y al momento,
Cual humo que disipa el raudo viento,
No fueron, la mar vino,
Y los tragó en inmenso remolino,
Y Amon y Canaan se estremecieron.

Ni en el postrero dia
Acrisolando al orbe con su fuego
Le cantaré, su soplo penetrando
Los vastos reinos de la muerte fria,
Que arrancarse su presa ve bramando.
Truena el Verbo, los mundos se estremecen,
Al voraz tiempo luego
La eternidad en sus abismos sume,
Y lo que es, fué y será, todo consume:
Empero eterno vive
El malo, eterna pena le recibe,

Los justos gloria eterna se merecen.

Señor, cantarte quiero
 Por los humanos en la Cruz clavado,
 El almo cielo uniendo al bajo mundo,
 Libre ya el hombre, y el tirano fiero
 Por siempre encadenado en el profundo
 Infierno con coyundas de diamante;
 Do el pendon del pecado
 Tremolaba, brillando la Cruz santa
 Tu Cruz, que al Rey del hondo abismo espanta,
 Cuando al oscuro imperio
 Descendiste, del duro cautiverio
 Tus escogidos á librar triunfante.

¿Qué es de tu antigua gloria,
 Fiero enemigo del mortal linage?
 ¿Do los blasones, que te envanecian?
 ¿Do está de Adan la culpa y su memoria?
 ¿Do los que Rey del siglo te decian?
 ¿Cómo el hijo del hombre tu cabeza
 Quebrantó con ultrage?
 Tú que en tu fuerza ufano te gozabas,
 Tú que la erguida frente levantabas,
 Mas que de Horeb la cumbre,
 O coloso de inmensa pesadumbre,
 Yaces, postrada al suelo ya tu alteza, etc.

Los anteriores versos prueban en mi opinion lo que ya llevo indicado, á saber, que si el vate de Utrera hubiera sido sinceramente religioso, y se hubiera dedicado con asiduidad á la poesia sagrada, para la que le adornaban las mas bellas dotes, no solo hubiera dejado en la historia de nuestra literatura un renombre tan esclarecido como envidiable; sino que tal vez la nacion española no tendria que envidiar el dia de hoy ni á Inglaterra su Milton, ni á la Alemania su Klopstock, ni á Italia, en fin, su divino Cantor de la *Jerusalen libertada*.

GASPAR BOÑO SERRANO.

ESCENAS CONTEMPORÁNEAS.

EN LA MUERTE

DEL

EXCMO. SEÑOR DON ANGEL SAAVEDRA,

DUQUE DE RIVAS.

MADRID.

IMPRESA DE MANUEL B. DE QUIROS.—PRETIL DE LOS CONSEJOS, 3, BAJO.

1866.

Onorate l'altissimo Poeta.

DANTE.

*Ceñid al inmortal Duque de Rivas
corona de laurel y siemprevivas.*

TRADUCCION LIBRE.

ROMANCE I.

Rio grande, rio grande,
Que á Córdoba los pies besas,
La sultana de occidente,
La señora de cien reinas;

Corte de ilustres Califas,
Patria de augustas Princesas,
Alcázar de amor; y emporio
De las armas y las letras;

Tú, que brotar en Europa
La palma viste primera
Por Abderrahman insigne
Plantada en tu verde vega;

Rio feliz, que en silencio
La cuna un tiempo mecieras
De Góngora y de Lucano,
De Séneca y Juan de Mena;

Guadalquivir delicioso,
El de apacible y risueña

Y adormecida corriente,
Que los pesares alegra;

Ese tu blando murmurio
En gemido se convierta,
Y haga enmudecer de espanto
Los torrentes de la sierra.

Con lastimeros bramidos
De abatimiento y de queja,
Anuncia á la mar vecina
La amargura de tus penas.

Levanta , oh rey de los rios,
Tu venerable cabeza,
De oscuro tejo ceñida,
Y negro cipres y adelfa.

Y mira huérfano y triste
La mas dolorosa escena,
Si no oscurece tus ojos
Nube opaca de tristeza.

Escena de horror y luto,
Que llora la madre Iberia,
Y aun las estrañas naciones
Enternecidas lamentan.

Al dulce y canoro cisne,
Orgullo de tus riberas,
Inanimado cadáver,
Oh sacrorio , contempla.

Enmudeció para siempre
La voz sublime , halagüena,
Que tu prez llevó del orbe
Hasta las zonas opuestas.

Oye el clarin de la fama,
Que melancólico suena,
Cuando su muerte publica
Desde la azulada esfera.

Mas el dolor de su acento
Dulcifican las Pimpléas,
De tu cantor presagiando
La gloria imperecedera.

Por los amenos jardines,
Que tus puras linfas riegan,
Y vivifican tus auras,
Y los de Zahara recuerdan;

Halagan sonoros plectros,
Que concertados alternan,
Y así los ecos repiten
En monte y valle y floresta:

«Loor al vástago digno
»De la española Grandeza,
»Republico tan preclaro,
»Como guerrero y poeta.

»Loor al inclíto Prócer,
»Que indelebles dejó impresas
»Del honor y la victoria
»En el campo nobles huellas.

»Loor al Duque de Rivas,
»Que de su prosapia egregia
»Con su espada y con su pluma
»Los blasones acrecienta.

»A su frente oscurecida,
»En que ya no centellea
»La viva llama del génio,
»Cual inextingible hoguera;

»Tributad , hijos del canto,
»En filial y digna ofrenda,
»Guirnalda de siemprevivas,
»Lauro eterno y verde yedra.

»Sus amarillos despojos
»Reciba la madre tierra,
»Del mas entrañable afecto
»Entre lágrimas y endechas.

»Rota su cítara de oro,
»Mudas sus divinas cuerdas
»Colocad en el sepulcro
»De ingenio tal por emblema.

»Y en lápida funeraria
»Orlado su nombre lean

»Con admiracion profunda
»Las edades venideras.»

ROMANCE II.

Estos humildes cantares
De respeto y de cariño,
Que del vate á la memoria
Ofrecia el fiel Argiro,

Guadalquivir escuchaba
Silencioso y abatido,
Cual padre infeliz, que muerto
Llora al mejor de sus hijos.

De su cavernosa gruta,
Que robles ciñen y riscos,
Sacó la cabeza ornada
De verdes ovas y olivo:

Y con vigoroso acento,
Tras un amargo suspiro,
Del sentimiento desahogo,
El buen anciano así dijo:

«Fué, ¡ya no es!... ¡ Quien pudiera
»El plazo alargar escrito
»En las páginas de muerte,
»Que cierra y abre el destino!

»Mas si á la Parca fue dado
»Cortar de su vida el hilo,
»Su renombre y altas glorias
»Vivirán siglos y siglos.

»Primero que oscurecerlas
»Con sombras pueda el olvido,
»O destruirlas el tiempo
»En su despiadado instinto;

»El ruiseñor melodioso,
»De estos vergeles hechizo,
»Asombrará á los pastores
»Con fatídicos graznidos;

»Y de la árida Siberia
»El cuadro horrible y sombrío
»Copiado vereis del Darro
»En los cármenes floridos;

»Y los reyes Alhamares
»De la Alhambra en el recinto
»Ostentarán orgullosos
»El cetro de su dominio;

»O de Tarif la alta cumbre,
»Inglés hoy día castillo,
»Arrebatar cual arista
»Podrá el mar embravecido;

»Y la morisca Giralda,
»Cual tierno y endeble pino,
»Arrancarán de su asiento
»Los notos enfurecidos.

»Antes, como frágil polvo,
»Arrollará el torbellino
»La defensora muralla
»Del celeste imperio antiguo.

»Antes caerán en la arena
»Las pirámides del Nilo,
»Sepulcrales monumentos
»De los principes egipcios;

»Y los de París y Roma
»Celebrados obeliscos,
»De nuevo al templo de Menfis
»Irán por el mar tranquilo;

»Y vagarán por la esfera
»Cual átomos fugitivos,
»Que las auras con su aliento
»Agitan á su albedrío,

»Peñalára y el Moncayo,
»Y cien montes primitivos,
»Precursores del dilubio,
»De la creacion testigos.

»El monarca de los astros,
»Que cual triunfador altivo,

»Ilumina y señorea
 »Tantos orbes de zafiro;
 »En la radiante aureola
 »De mi poeta querido
 »Jamás, jamás estinguirse
 »Verá el espléndido brillo:
 »Pues vivirá la memoria
 »De sus poemas divinos,
 »Cual tesoros de hidalguía,
 »Amor patrio y heroísmo;
 »Mientras haya corazones,
 »Que los sentimientos dignos
 »De lo bello y noble y grande
 »Aplaudan con sus latidos.»

ROMANCE III.

En tanto que el padre Betis
 Ufano así vaticina
 El futuro alto renombre
 Del esclarecido Rivas;

Los españoles ingenios
 A despecho de la envidia,
 Escuchan respetuosos
 La solemne profecía.

A las palabras del río
 Responden con gratos vivas,
 Y el prez á cantar del Duque
 Comienzan sus blandas liras.

Cual celebra del soldado
 El civismo y energía,
 Con que á la patria ofreciendo
 Los abriles de su vida,

Voló al campo de batalla,
 Donde su arrojo atestiguan
 Las que recibió lidiando
 Once mortales heridas.

Aquel repite sus himnos
 De belisona armonía,
 Que al combate y la victoria
 Al español conducian;

Cuando el nuevo Carlo Magno
 Con su planta quiso altiva
 Hollar armas y blasones
 De Aragon y de Castilla.

Por sus populares dramas
 En que aparecen unidas
 Fecundidad y grandeza,
 Dignidad y bizarría,

De Calderon y de Lope,
 Que el orbe atónito admira,
 Digno sucesor algunos
 Lo saludan y apellidan.

De los infantes de Lara,
 Víctimas que sacrifica
 Venganza cruel por mano
 De traicionera perfidia,

Al recordar la tragedia,
 Otros gimen y suspiran,
 Y alumno y rival de Ariosto
 A su cantor preconizan.

No falta, no, quien encomie
 La flor pura y esquisita,
 Que á su guirnalda enlazaron
 Las tres leyendas divinas;

En las que el pintor-poeta
 Dibuja con maestría,
 Al par que sublimes hechos,
 Usos, costumbres antiguas

De sencillez y rudeza,
 Ornadas y ennoblecidas
 Con las creencias cristianas,
 De aquellos tiempos divisa.

En su loor tambien suenan
 Las lágrimas de Florinda,

Que si ablandar no pudieron
Al sucesor de Witiza,

En saña al protervo conde
Inflamando vengativa,
Fueron, ¡oh Dios! de mi patria
El escándalo y ruina.

Mas nunca su bello ingenio
Con mas esplendores brilla,
Ni su vena creadora
Corre tan fácil y rica,

Como en aquel romancero,
Que la madre España mira,
Cual monumento glorioso,
De orgullo y júbilo henchida.

A Góngora y á Melendez
Nadie tan feliz imita
En la frescura y matices
Y urbanidad siempre fina:

Ora en pos de mil peligros,
Que airado el mar oponia,
Saludando un nuevo mundo
Al gran Colon nos describa;

O despues de cien combates,
Y de hazañas inauditas,
A Motezuma doblando
Ante Cortés la rodilla;

O bien celebre las palmas
De Bailen y de Mengibar,
Que España recuerda siempre,
Que Francia jamás olvida.

O pinte de noble Prócer
El palacio hecho cenizas,
Porque de un traidor osado
Las plantas lo contaminan.

Si acompañais al poeta
A los campos de Pavía,
Vereis que á rey extranjero
Soldado español cautiva.

Su *Desengaño solemne*
A los ojos patentiza
La conversion admirable
Del buen duque de Gandía.

¡Quién no llora, del de Luna,
Cuando su estrella se eclipsa,
Viendo rodar la cabeza
Bajo la fatal cuchilla!

En fin, su *Villamediana*
Con discrecion nos avisa,
Que siempre funesta muerte
Sigue á borrascosa vida.

Por eso los trovadores
Con entusiasmo publican
De su Nestor ya difunto
La envidiable nombradía;

Y con su voz y su ejemplo
Los elogios autoriza
Corporacion respetable,
Que Don Angel presidia:

La Academia por Felipe
De Borbon establecida,
Que el idioma de Cervantes
Abrillanta, pule y fija.

ROMANCE IV.

Lejos de los doctos bardos,
Que de Saavedra pregonan
Los poéticos laureles
Y las hazañas heróicas,

Un anciano sacerdote
Su fallecimiento llora,
Porque amistad con el muerto
Lo enlazaba cariñosa.

Apenas por el Oriente

El alba espléndida asoma,
Se dirige mesurado
Al santuario de Atocha.

Templo, que Gracian Ramirez,
Caudillo de raza goda,
Después de arrollar valiente
Los pendones de Mahoma;

Cumpliendo sagrado voto
Por tan preclara victoria,
Erigió á la augusta Reina
Que los ángeles adoran.

Gracian, abuelo de Rivas,
Que en su antigua ejecutoria
Cual patriarca aparece
De su estirpe generosa.

Por eso tenia el nieto
La costumbre meritoria
De visitar con frecuencia
La basilica famosa;

Que realzan mil banderas,
Y cual trofeos de gloria,
Al escabel de María
Sirven de ornato y alfombra.

Allí veneraba el Duque
A la celestial Señora
Con cánticos de alabanza,
Con tiernas jaculatorias:

Pues de Córdoba el patricio,
Con la hidalguía española
Del antecesor ilustre,
Su fe heredó religiosa.

Llega el ministro de Dios,
Y ante la imagen se postra
De *Aquella* que por humilde
Ciñe en el cielo corona.

De la cruz, como cristiano,
En la frente el signo forma,

Y se da golpes de pecho,
Pidiendo misericordia.

Para el alma del finado
Perdon y descanso implora,
En hondo recogimiento,
Con plegarias fervorosas.

Levántase al fin del polvo,
Y reza preces devotas,
En tanto que se reviste
Negra casulla y estola.

Al punto ofrece temblando
La santa y divina Hostia,
Inmolada por el odio
De la impía Sinagoga.

Humilde ruega á María,
Que aquella ofrenda preciosa
Formada en su casto seno
Con su pura sangre propia,

En sufragio del difunto,
A quien en la misa nombra,
Presentar se digne al trono
De Dios, cual madre amorosa.

Consumado el sacrificio,
La rodilla otra vez dobla,
Y en hacimiento de gracias
Llanto de sus ojos brota.

Llanto dulce y apacible
De ternura afectuosa,
Porque con el Sacramento
Recibió en su indigna boca

El cuerpo y sangre del Verbo
Que á los débiles conforta,
Nutre vírgenes y santos,
Y á pecadores perdona.

Como benéfica lluvia,
Que cayendo gota á gota,
El valle agostado y místico
En verde jardín transforma,

Al pecho del sacerdote
Desciende consoladora
La esperanza desde el cielo,
Que calma las penas todas.

Su anterior duelo y tristeza
Se disipan como sombras
De la denegrada noche,
Al resplandecer la aurora;

Cuando sale de la iglesia,
Gozosos los fieles notan,
Que la mas pura alegría
De su corazon rebosa:

Pues de Dios en la clemencia,
Y en la piedad protectora
De María, á quien los hombres
En vano jamás invocan,

Santa confianza abriga,
Que ya feliz en la gloria
De paz y dicha inefables
El prócer cristiano goza.

GASPAR BONO SERRANO.

5

A LA PREMATURA MUERTE

DEL PRECOZ Y AVENTAJADO POETA

DON JESUS RODRIGUEZ CAO

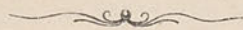
QUE FALLECIÓ

á la edad de 15 años en la casa parroquial del
Retiro de esta Corte.

ROMANCE ELEGIACO

POR

D. GASPAR BONO SERRANO.



MADRID:

IMPRESA Y LIBRERÍA DE LA VIUDA DE AGUADO É HIJO,
Impresores de Cámara de S. M. y de su Real Casa.

1868.

ROMANCE.

¡Quante esperanze se ne porta il vento!

(PETRARCA.)

Florestas, bellos jardines,
Umbrías de negros pinos,
Que dais variedad amena
Al madrileño Retiro,
Mostradme el apartamiento
Mas ignorado y sombrío,
Para poder confiarle
Mis lágrimas y suspiros.

Mostrádmelo complacientes,
Y pediré agradecido
Al Cielo, que nunca os falten
La lluvia, el grato rocío,
Y del estanque las aguas,
Que este frondoso recinto
Trasforman en las delicias
Del terrenal paraíso.

Lejos de la Corte, lejos
Del rumoroso bullicio
Con que alegre muchedumbre
Ensordece mis oídos,

Quiero desahogar mi pena,
Sin que importunos testigos
Rían tal vez, mientras lloran
A raudal los ojos míos.

Allí la cúpula humilde
 Del sacro templo diviso,
 Parroquia de los colonos
 Que alberga este Real Sitio,
 Donde el Poeta rezaba,
 Y su corazón sencillo
 A Dios y á la Virgen Madre
 Ofrecía compungido.

Cabe las santas paredes
 Veo el modesto edificio,
 Donde en los maternos brazos
 Exhaló el postrer gemido.

Por estos gratos vergeles,
 Al pie quizá de ese tilo
 Que con su apacible sombra
 Me convida enternecido,

El mas precoz y fecundo
 Ingenio de nuestro siglo,
 Pulsaba de oro las cuerdas
 En armónico sonido.

Feliz él, que candoroso
 No conoció los peligros
 Del mundo, ni amor insano,
 Ni desleales amigos.

Feliz él, porque á su pecho
 Tan solo el filial cariño
 Hizo palpar con dulces
 Emociones y latidos.

Feliz, feliz: de las letras
 El incesante cultivo
 Guardó su inocencia pura,
 Cual cristal diáfano y limpio.

Mas ¡ay de ti! Patria mia;
 Si él fue feliz, porque hundido
 Cayó en la huesa, ni el nombre
 Conociendo de los vicios,

Tú gimes, cual tierna madre,
 Por ver tan preclaro hijo
 Cual rosa morir temprana
 Que hiela viento maligno.

¡O malogrado talento!
 Pobre cantor, pobre niño,
 Que ya duerme en las mansiones
 De la paz y del olvido!

A los tres lustros, el Angel
 De la muerte cortó el hilo
 De sus apacibles dias,
 De sus abriles floridos.

¡Cuántas bellas esperanzas,
 Cuanto esplendoroso brillo,
 Cual rapidísimo lampo
 Vemos ¡ay! desvanecido!

Esa verde umbrosa calle,
 Que de tantos reyes dignos
 Embellecen y decoran
 Las estátuas de granito,

Era el mas grato paseo,
 Que frecuentó de continuo
 Al alba, ó cuando sus rayos
 El sol mostraba ya tibios.

Mil veces ¡ay! con asombro
 Mis propios ojos lo han visto
 En hondas meditaciones,
 Arrobadado, embebecido

Al pie de la noble imagen
Del inmortal Carlos Quinto,
Entusiasta recordando
Los láuros de su heroísmo.

¡Pobre Rodriguez! Su plectro,
Ya ¡ó dolor! enmudecido,
Consagrar á la memoria
De aquel gran príncipe quiso.

Mas la santa Providencia,
Que el mundo donde vivimos
Gobierna y rije, y alarga
O abrevia nuestro destino,

Cortó en flor aquella planta,
De cuyos frutos opimos
Queda sazónada muestra,
Quedan eternos vestigios.

¡Pobre Rodriguez! Él solo
Con su ingenio peregrino
A las glorias de la Patria
Alzára el noble obelisco,

Que por desgracia no vemos
Majestüoso y erguido
Entre los láuros de España,
Nunca lácios ni marchitos.

El bello idioma de Homero,
El de Tasso, el de Virgilio,
El de Klopstok y de Milton,
El de París y Ulisipo,

Todos tienen una joya
De valor grande, infinito,
Prez de pueblos tan dichosos,
Cual nobles y esclarecidos;

Una brillante Epopeya,
Que eternizó con el ritmo
Los nombres, las altas glorias
De sus reyes y caudillos.

La Madre España tan solo.....
¡O mengual!.... ¿Por qué, Dios mio,
Murió adolescente el bardo,
Y viejo inútil yo vivo?

Perdon, Señor siempre justo,
Que humillas de los impíos
La razón loca y soberbia,
Como Padre compasivo,

Permitiendo que lozano
Prosperere estéril espino,
Mientras viven solo un día
Rojo clavel, blanco lirio.

Perdon, Señor siempre justo,
¿Quién es tan audaz y altivo
Que á residenciar se atreve
Tus inescrutables juicios?

Murió el Vate, cuando el bozo
Aún no había ennegrecido
Aquel delicado cutis
De sus labios purpurinos;

Murió el Vate, que invocaba,
Arrodillado y sumiso
En el polvo al pie del ara,
Tu nombre santo y divino;

Mientras navidades ciento
Alumbra el sol al inícuo,
Y á los que en la sima yacen
Del ciego materialismo,

Que sin corazon, y sordos
Oir no quieren los himnos
Con que los cielos pregonan
Tu gloria y poder á gritos.

¡Triste condicion humana!
A su réprobo sentido
La razon al confiarse
Allá en su orgullo maldito,

Solo ve sombras, tinieblas,
Como en su lóbrego nido
El buho, que de natura
No descubre los prodigios.

La humildad, virtud sublime,
Admirable distintivo
De Gerónimos, Ambrosios,
Crisóstomos y Agustinos,

En el alma de Rodriguez
Tuvo su plácido asilo:
Por eso fue tan cristiano,
Como bardo enaltecido.

Desde aquel aciago dia,
En que sauz negro y sombrío
Cubre su ataud, las Musas
Lanzan dolientes gemidos.

Sombra de Pelayo augusta,
Noble Cid, Gonzalo invicto,
Y vosotros vencedores
En las Navas y Clavijo;

Oigo vuestra voz, los ayes
Oigo roncós, doloridos,
Con que llorais del Poeta
El prematuro destino.

Tambien Hesperia solloza,
Porque él hubiera podido
Llenar de sus *Bellas letras*
El degradante vacio.

El solo á sus doctos labios,
Por pátrio amor impelidos,
La marcial trompa sonante
Del Vate aplicando argivo,

En sus números acordes,
Inimitables, divinos,
Con aliento sobrehumano
Cantado hubiera atrevido

Los inmortales laureles
En árabe sangre tintos,
Que la sien régia decoran
De Alfonsos y de Ramiros.

¡Humanidad miserable!
Audaz eleva castillos,
Que hundirse contempla al soplo
De Aquilon embravecido.

Engañosas ilusiones
Que formó nuestro delirio,
Súbito desaparecieron,
Como sueño fugitivo.

En vano al cisne las hijas
Del canto inspiraron himnos,
Que repitieron sonoros
Patrios y extranjeros rios.

En vano de la belleza
Mostraba los atractivos,
Y de juventud naciente
La robustez y los brios.

Llegó la Muerte en silencio,
Y de su guadaña el filo,
Del doncel contra la vida
Asestando de improviso,

Cayó de la eternidad
En el insondable abismo,
Como las marchitas hojas,
Que arrebató el torbellino.

Al golpe fatal, en ronco
Melancólico tañido,
Consuelo de los finados,
Despertador de los vivos,

No bien sonora campana,
Que convoca en el Retiro
Los fieles al templo augusto
Para el santo sacrificio,

Su fin anunció, los ecos
Que callaban adormidos
Despertaron, y llorosos,
Y con doliente suspiro,

Murió, exclamaron, *murió*
El ruiseñor, cuyos trinos
De estas verdes arboledas
Eran encanto y hechizo.

Murió, repite la Fama
Por cañadas y altos riscos,
Y praderas que humedece
Manzanares cristalino.

De Madrid los claros Vates,
Por el rumor sorprendidos,
Dirijense de la iglesia
Hacia el sagrado recinto.

Y contemplan consternados
Aquel cadáver ya frío,
Que animó una alma tan bella
Mientras Dios así lo quiso.

Cadáver de tierra y polvo,
Que enalteció Jesucristo
Con la santa y pura sangre
De su costado divino.

Dichoso el precoz Poeta,
Dichoso el cándido niño,
Que con lágrimas filiales,
Y devoto y compungido,

Logró en su lecho de muerte
Recibir el Cuerpo mismo
Del que á lavar nuestras culpas
Del cielo á la tierra vino.

Mil y mil veces dichoso,
Porque á los coros unido
De las angélicas huestes
Que á Dios loan de continuo,

Repetirá: *Santo, Santo,*
En cantar no interrumpido
Nunca jamás por la serie
De los venideros siglos.

4
EN UN CONVITE DE CONFIANZA.

—
IMPROVISACION.
—

AUNQUE soy viejo y cesante,
Mas no propenso á gemir:
De hacer versos y reir
No he de cesar un instante,
Y rabie el diablo tunante,
Que me acosa y hostiliza
Para que en tan ruda liza
Pierda yo mi buen humor:
Con la gracia del Señor
Voy á darle una paliza.

(Diciembre de 1868.)

GLOSA NO IMPROVISADA.
—

I.

BENDITO sea mi Dios
Por sus perennes bondades,
Consuelo en mis Navidades,
Que son ya sesenta y dos.
De tanto diciembre en pos,
No es, pardiez, un desatino
Cuando con plectro sonante,
Y sopitas y buen vino,
Me burlo de mi destino,
Aunque soy viejo y cesante.

II.

Ni muela, ni un solo diente
 En mi despoblada boca
 Dejó la fortuna loca,
 O sea el tiempo inclemente.
 Vértigos, tos, reuma ardiente
 A lo dicho hay que agregar.
 De estas cuitas á pesar,
 Y otras que puedo añadir,]
 Soy amigo de cantar,
Mas no propenso á gemir.

III.

Aunque me lleven al Ponto
 Como al desdichado Ovidio,
 Cuyo destierro no envidio,
 Y el mundo me llame pronto
 Coplero infeliz y tonto,
 Y otras cosas que sé yo,
 Que la ignorancia inventó
 Y no se deben decir,
 Nunca dejaré, no, no,
De hacer versos y reir.

IV.

Que yo no tenga pan tierno,
 Y me siga la desgracia,
 Y venga la democracia,
 Y venga todo el infierno,
 Y con su rencor eterno
 Me combata Lucifer;
 Cual aragonés constante,
 A las Musas ¡ó placer!
 Dulce culto de ofrecer
No he de cesar un instante.

V.

Cuando mis coplas aliño,
 Aunque escasas de valía,
 Mi júbilo y alegría
 Esceden á la del niño
 A quien besa con cariño
 Mamá sensible y amante:
 Y si no hallo consonante,
 Me rio de mi memoria
 Cual otro bobo de Coria,
Y rabie el diablo tunante.

VI.

Con mi lira ó mi guitarra
 (Llámela usted como quiera)
 Canto mas que la cigarra,
 Del estío pregonera:
 Y al decirme algun vecino,
 Que mi voz hiere y desgarrar
 Su oído, y lo martiriza,
 Le respondo algo mohino:
 «Culpad al cruel destino,
Que me acosa y hostiliza.»

VII.

En este siglo de prosa
 Y de política odiosa,
 Es anacronismo extraño
 Cultivar con fe ardorosa
 La Poesía de antaño.
 ¿Y qué importa? A mí me hechiza,
 Me divierte y electriza.
 ¿Quereis saber el por qué?
 Pues clarito lo diré:
Para que en tan ruda liza

VIII.

De partidos y opiniones,
Que en vez de cordial saludo
(Aunque parezca increíble)
Suelen andar á menudo
A palos y mojicones;
Como cosa preferible,
Y á todas luces mejor,
En medio de tanto horror
Sea del todo imposible
Pierda yo mi buen humor.

IX.

Luzca luego el fausto dia
En el que á la Patria mia
Rija dignísimo Rey,
Que con la espada y la ley
Nos libre de la anarquía;
Y á la católica España,
Enemiga del error,
Que sus blasones empaña,
No aflija *civil* campaña,
Con la gracia del Señor.

X.

En fin, con sus cien legiones
Mueva contra mí el demonio
Envidias, persecuciones,
Y mas y mas tentaciones
Que padeció San Antonio.
Aunque Satán horroriza,
De la fe visto á la luz,
Tan poco me atemoriza,
Que armado yo con la cruz
Voy á darle una paliza.

Gaspar Bono Serrano.

5
Á MI CARÍSIMO Y ESCELENTE AMIGO

EL BIZARRO GENERAL

D. MANUEL BUCETA

AL SALIR DE MADRID

PARA INCORPORARSE AL EJÉRCITO DE LA ISLA DE CUBA.

SONETO.

¿Sucumbirá por fin la hermosa Antilla,
A pesar de blandir fulmíneo acero
Tanto leal intrépido guerrero,
Por salvarla de oprobio y de mancilla?

¿Se empañará la perla que ahora brilla,
Mas que la clara luna del enero
Y el matutino espléndido lucero,
En la diadema augusta de Castilla?

Así exclamaba yo, como buen hijo
De la Patria del Cid, cuando fulgente
La noble sombra de Colon me dijo:

No, que Buceta, campeon valiente,
Dando á España victoria y regocijo,
Con lauro de oro ceñirá su frente.

Gaspar Bono Serrano.

Madrid: febrero de 1869.

6
A LA SERENÍSIMA SEÑORA

INFANTA DE ESPAÑA

DOÑA MARÍA LUISA FERNANDA,

DUQUESA DE MONTPENSIER,

dando el Autor las gracias á S. A. R. por haberle encargado
celebrar algunas Misas en sufragio de su augusto y difunto
Padre, el Sr. D. Fernando VII. (q. e. p. d.)

—o—o—o—
SONETO.

Desde las playas, do en arenas de oro
Mezclada tu corriente al Océano,
En el suelo se arroja lusitano,
Tajo inmortal, con ímpetu sonoro,

Modelo de piedad y de decoro,
La Infanta, honor del pueblo castellano,
Recordando á su Padre y Soberano,
De amor filial bañada en dulce lloro,

Encárgame que ofrezca en sacrificio
La Sangre del Cordero sin mancilla,
De la cruz inmolado en el suplicio;

Y ruego yo, doblando la rodilla,
Que á su sierva el Señor mire propicio,
Y al difunto Monarca de Castilla.

Madrid 30 de enero de 1869.

Gaspar Bono Serrano,
Presbítero.

EPÍSTOLA

AL EXCMO. SEÑOR

D. JUAN DE LA PEZUELA,

CONDE DE CHESTE,

SOBRE LA PROTECCION Á LA POESIA EN ESPAÑA,

POR

D. GASPAR BONO SERRANO,

Capellan Párroco castrense retirado, Benemérito de la Patria, Caballero de la distinguida Orden española de Carlos 3.º, Comendador de la Americana de Isabel la Católica, condecorado con las Cruces de distincion de Bilbao y Morella, ex-Preceptor de latinidad del Establecimiento complutense agregado á la Universidad Central, ex-Profesor de historia, Religion y moral en el Colegio de Cadetes de Caballería, entre los Arcades de Roma Argiro Lalmio, Socio Corresponsal de la Academia de Buenas letras de Sevilla, Individuo de mérito literario de la Bibliográfico-Mariana de Lérida, Socio de la Económica Numantina de Soria y de la de Amigos del pais de Zaragoza.

MADRID:

IMPRENTA DE LA VIUDA DE AGUADO É HIJO.—PONTEJOS, 8.

1869.

*Sint Mæcenates, non deerunt, Flacce, Marones,
Virgiliumque tibi vel tua rura dabunt.*

(MARCIAL, EPIG. 56, LIB. 8.)

Cuando brillen espléndidos Mecenas,
Amantes de la noble Poesía,
Ostentará feliz la Patria mia
Riojas, Lopes, Góngoras y Menas,
Cual ostentaba con orgullo un día.

(TRADUCCION LIBRE.)

DOS PALABRAS.

Era el año de gracia 1834. Yo vivía en Alcañiz, mi pueblo natal, dedicado únicamente á los deberes de mi sagrado ministerio y al cultivo de las letras, sin acordarme de la política; porque entonces, como ahora, la aborrecía muy cordialmente. Al menos en esto, tengo la gloria de parecerme á Moratin, á quien tampoco agradaba mucho, que digamos, la *ciencia de engañar y de mentir* (¡vaya una ciencia bonita!), como se colige de sus cartas familiares últimamente publicadas en esta Corte. Ya comprenderás, amigo lector, sin que yo me tome la pena de indicártelo, que no hablo de la política recta, fundada en la moral y en los inmutables y severos principios de la justicia: política, como sabes muy bien, que hace felices á gobernantes y gobernados, y eleva á las naciones al mas alto grado posible de prosperidad y grandeza.

Alcañiz en aquella época era una plaza de armas fortificada, y guarnecida por tropas de la Reina. Con este motivo llegó á la ciudad el Comandante D. Juan de la Pezuela, y se alojó en

casa de mi excelente amigo y paisano D. Pantaleon Ejea. Este abogado, con sus ribetes de humanista y erudito, despues de tener varias conversaciones literarias con su alojado, me lo manifestó complacido, añadiendo que habia hablado de mi aficion á la poesía con el ilustrado militar, el cual á su vez habia tenido la bondad de manifestar vivos deseos de conocerme, y de leer algunos de mis ensayos poéticos. No tardé en visitarle, y de pasear mas de una vez en su compañía por las deliciosas márgenes del Guadalupe, teniendo ocasion con este motivo de ver por mis propios ojos, que el amigo Ejea no habia exajerado al hablar con entusiasta elogio de la instruccion y amabilidad de aquel joven y gallardo gefe de Caballería. Desde tan remota época me honro con su amistad, y me honraré hasta la muerte.

Hace muy pocos dias que he sabido, por una feliz casualidad, una cosa que yo ignoraba; y es que en 1863, el Sr. D. Juan de la Pezuela me hizo un señalado favor *literario*, que es tanto mas de agradecer, cuanto que yo no diriji al digno caballero y General ilustre, ni ruego, ni frase, ni indicacion alguna sobre el particular. Hay mas: aunque varias veces he comunicado despues con tan caballeroso amigo, ya por escrito ya de palabra, jamás ni directa ni indirectamente me ha mentado el beneficio que tan espontáneamente se sirvió hacerme. No todos son tan loablemente reservados y nobles, al favorecer á sus amigos y

á los que no lo son. ¿Y estrañarás, lector benévolo, que me complazca yo en imitar al preclaro Conde de Cheste? Si tienes el alma noble, como piadosamente creo, de seguro merecerá tu aprobacion el que yo publique mi gratitud al frente de esta sencillísima epístola, á fin de que sepan la hidalguía del ilustre patricio y soldado valiente, los lectores presentes y futuros de tan humildes versos.

El dia de hoy, el Sr. D. Juan de la Pezuela está caido y en desgracia. Este es un motivo y una razon mas para publicar yo mi obrilla. He concluido, lector carísimo. Dios te guarde, y que á mí no me olvide en su infinita misericordia, ni á la desventurada España, que por culpa de unos, por culpa de otros, por culpa de todos, no se halla ¡mal pecado! en mucho mejor situacion que en el susodicho año 1834.

Madrid 18 de agosto de 1869.

EPÍSTOLA.

Siempre fue, siempre fue, mi dulce amigo,
El poético numen y el ingenio,
De la naturaleza don precioso,
Y un favor especial del alto cielo.
Con él antiguos bardos, cuyo nombre
En caracteres de oro brilla impreso,
Adornado de fúlgida aureóla
De la gloria inmortal allá en el templo,
A la estirpe de Adan degenerada
Orden y leyes y cultura dieron,
Y las tribus errantes por los bosques
Forman despues civilizado pueblo.
En bellos cantos que, á su ingrato siglo
Legaron al morir Tassos y Homeros,
Herrerias y Leones, inspirados
Por pátrio amor y por sublime génio,
Los lauros de cien héroes, que marchitos
En el oscuro panteon del tiempo
Olvidados yacieran, resplandecen
Cual del alba el espléndido lucero.
Sin el Cisne de Smirna, ¿el fin glorioso
Quién hoy sabria del bizarro Héctor,
Inmolado en las aras de su patria
Por el furor del hijo de Peleo?
¿A quién sino al Cantor de Caledonia
Deben Oscar, Fingal y otros guerreros
De heroismo sin par famoso nombre,
Que entusiasta repite el universo?
Sin la lira de voz melodiosa
Que al valor eterniza con su acento,
¿Recordaria España nobles lauros,

Arrancados con sangre al agareno?
 Loor, loor á los ilustres vates,
 Que, lumbreras del siglo en que nacieron,
 Dejan en pos, cual sol en Occidente,
 De su fúlgida gloria mil destellos.
 ¿Qué importa que la envidia y la ignorancia,
 Abominables monstruos del Averno,
 En vida los persigan, cual milano
 Al dulce rui señor acosa fiero?
 ¿Qué importa que la suerte caprichosa
 Sonria á los malvados y á los necios,
 Y desdeñosa mire como á Párias
 A la virtud modesta y al talento?
 ¿Qué importa que á los inclitos poetas,
 Víctimas ¡ay! de su destino adverso,
 Hasta la muerte aflijan de consuno
 Pobreza, soledad y apartamiento?
 La Providencia santa les prodiga
 Inefables, dulcísimos consuelos,
 Que comprender no pueden los profanos
 De mente fria y corazon plebeyo.
 Cuando el mundo cruel los abandona,
 Alzan ojos y voz al firmamento,
 Y Dios acoje, cual bondoso Padre,
 Sus lágrimas de amor, su filial ruego.
 De afectüosa gratitud á impulso,
 Dobladas las rodillas en el suelo,
 Pulsando de Sion el arpa santa,
 En himnos á Jehová prorumpen ellos:
 Cánticos que tal vez desdeña el mundo,
 O los acalla con su ronco estruendo,
 Mientras al vate religioso aplauden
 Las legiones angélicas del cielo.
 Tú, caro amigo, que en tu pecho hidalgo
 Sientes del entusiasmo el santo fuego,
 Y como alumno de las nueve hermanas,
 Sueles pulsar el apacible plectro;

Tú, que del Tasso y Dante has merecido
 En las alas feliz alzar el vuelo,
 Y ceñir á tu sien honrosos lauros,
 Mas que el oro y el mármol duraderos;
 Deplora la dureza de este siglo,
 Que á los pies del aurífero becerro
 Se postra degradado, en sus altares
 Para ofrecer, ¡oh meungua! vil incienso.
 Férreo siglo, en que vivir debieran
 Idólatras y bárbaros hebreos,
 Que libertó Moisés, y blasfemaron
 De su Padre y su Dios en el desierto.
 Siglo en que es cultivar la *gaya ciencia*
 Tan insólito y raro privilegio,
 Que á quien, cual tú, la amó desde la cuna,
 Debe la madre patria agradecerlo.
 Mas perdóname, Conde. Yo deliro.
 ¿Dónde están en España los Gobiernos
 Amantes decididos de las letras,
 Protectores celosos del talento!
 Desde que en la miseria y el olvido
 Espiraron Cervantes y Quevedos,
 Y Ercillas, y Villegas, y Espineles,
 Prez de la humanidad y orgullo nuestro,
 ¿Hubo jamás benévolo Mecenaz
 Que á la ciencia y virtudes diera premios,
 Aunque ofrecieron en sus aras culto
 Varones probos de florido ingenio?
 ¡Doloroso es decirlo! Busco nombres
 De loa dignos y laurel eterno
 En los anales de la patria mia,
 Envidia, admiracion del universo;
 Y entre Próceres mil, que allí aparecen,
 Uno tan solo con dolor encuentro,
 El Duque de la Alcudia generoso,
 Que de España (¡infeliz!) espiró lejos.
 A Don Manuel Godoy vivas y aplausos,

Pues de Píndaro el arte protejiendo,
 Enalteció las españolas Musas,
 Y realzó á Batilo y á Celenio:
 A Celenio y Batilo, en cuyos cantos
 El bondadoso prócer extremeño
 Vivirá laureado, mientras viva
 La lengua de Madrid y de Toledo.
 Aquellas ¡ay! que el Príncipe dejara
 Huellas profundas con su noble ejemplo
 En el camino de la gloria impresas,
 ¿Siguió alguno despues? ¡O vilipendio!
 ¡O afrentoso baldon....! ¿Quién, dulce amigo,
 En la patria de Séneca y Prudencio
 Tan fea mancha lavará dichoso,
 Borrón tan colosal, deforme y negro?
 En tanto que el Mecenas aparece,
 Deseado varón, que me recelo
 Vendrá por fin.... cuando el Mesías venga,
 A quien espera de Israel el pueblo;
 Permite que mi epístola prosiga,
 Tu blando corazón de luto y duelo
 Llenando á mi pesar, los que ya sabes
 Al recordarte dolorosos hechos.
 En el siglo que llaman de las luces,
 Porque inventó *quinqués* y reverberos,
 ¿Cuántos vates en sábanas de Holanda
 Y colchones de pluma fallecieron?
 No hablaré de Abenámbar y Espronceda,
 Monroy, Cea y Arolas y otros ciento,
 Tan pobres de fortuna, como ricos
 Por su ciencia, invención y lauros bellos.
 Los gratos nombres callaré este día
 De tan sonoros Cisnes. que, mancebos,
 La fresca y pura flor de sus abriles
 A la guadaña de la Parca dieron.
 Mas omisión imperdonable fuera
 Dejar en el abismo del silencio

Al mas desventurado de los vates,
 A Mor de Fuentes, de las letras Néstor.
 Su cuna ilustre ornada de blasones,
 Que en Sobrarbe ganaron sus abuelos
 Con Aristas y Abarcas, en el Cinca
 Las hermanas de Apolo remecieron.
 Entusiasta despues y valeroso
 Guardia marina, su fulmineo acero
 Defendió, de Tolon allá en las aguas,
 El pabellón de España con denuedo.
 La *ciudad siempre heroica*, sin sorpresa
 Vió en su edad viril noble ardimiento
 Mostrar contra invasor envanecido
 Con Ulma y Austerlitz, Jena y Marengo.
 Sus bélicos laureles ornar supo
 Con la hiedra, pacífico ornamento
 De sienes doctas, que á Minerva solo
 Consagran sus afanes y desvelos.
 Él cantó de la invicta Zaragoza
 Las palmas inmortales y trofeos,
 Que hasta el postrer suspiro de su vida
 Lloró de rabia Napoleon Primero.
 Él cantó con su cítara enlutada,
 Entre lágrimas tristes y lamentos,
 El que vió Trafalgar combate horrible,
 Combate de titanes gigantes,
 Do á los bravos marinos españoles
 No venció, vive Dios, no venció Néelson,
 Mas los venció envidiosa alevosía
 De falaz *coronado* Maquiavelo.
 Él del año cantó las Estaciones,
 Y en cuadros de su Patria pintorescos
 Vió España alborozada los pinceles
 De Sant Lambert y Tompsom hechiceros.
 Él cantó de doncella malograda
 Las gracias, la inocencia y el gracejo:
 Serafina bellísima, tu muerte

Aún lamentan las Náyades del Ebro.
 Él exornó con doctos comentarios,
 Y castellanos y sonoros metros,
 Las odas del difícil Venusino,
 Para instruccion de alumnos y maestros.
 Él á sábios franceses y alemanes
 De esclarecida prez y alto respeto
 Mereció estimacion, mereció aplausos,
 De amistad fiel y de entusiasmo llenos.
 El erudito Wolf y el noble Duque
 A quien Montmorencí dió nombre y feudo,
 La gloria del Cantor, hijo del Cinca,
 A los siglos futuros transmitieron.
 ¡Anciano respetable...! Cuando plugo
 De España al Rey la antorcha de Himeneo
 Encender cuarta vez, á propia estirpe
 Para legar de San Fernando el cetro,
 En la ciudad preclara, de Argensola
 Cuna inmortal, yo, joven inesperto,
 Celebré el nombre augusto de Cristina,
 Dulce esperanza del hispano pueblo.
 Mor de Fuentes, cual padre afectüoso
 Me estrechó en su regazo, y mis acentos,
 Aunque insonoros, encomió entusiasta
 Con el cariño de indulgente viejo.
 Lloro conmigo, llora, ilustre Conde,
 La muerte del anciano, el fin funesto,
 El deplorable fin que, como daga,
 Tras años veinte me desgarró el pecho.
 De Berenguer en la vetusta Corte,
 Que fundó Amílcar en lejanos tiempos,
 Ya lustros diez y seis cumplido habia
 El noble veterano, el caballero.
 En áurea medianía allí tranquilo,
 Con sus libros feliz y con su plectro,
 Vivía ni envidioso ni envidiado,
 Mas alegre y ufano que cien Cresos.

Allí dichoso en apacible calma
 Esperaba á la muerte como bueno,
 Para entregar á Dios el alma pura,
 Y dormir en la paz del cementerio.
 Cuando cual rayo, que tonante rasga
 De espantadora nube el pardo seno,
 La desgracia le hirió con férrea mano,
 Descargando feroz golpe tremendo.
 Los frutos de loable economía,
 Que en almacén impuso del comercio,
 Declarados en quiebra, vió agostarse
 Como temprana flor que hiela el cierzo.
 Sin fuerzas ya para escribir, doliente
 Y pobre, y desvalido y sin aliento,
 En carreta prosáica el digno hidalgo
 Se dirigió á Monzon, su amado pueblo.
 Tras infortunio tanto y desventura,
 Mala estrella guió sus pasos lentos,
 Pues de su patria al saludar los muros,
 Cayó entre riscos y quedó mal trecho.
 Meses despues, con báculo y muleta,
 Andrajoso cual vago pordiosero,
 A la cristiana caridad pedia
 El sufrido varón frugal sustento.
 ¡Espectáculo triste! También Grecia,
 La infame Grecia vió mendigo y ciego
 Al sobrehumano Cisne, á quien su gloria,
 Su gloria toda deben los helenos.
 ¡Y qué mucho que España, indiferente,
 Al vate aragonés viera muriendo
 En miseria humillante, cual madrastra
 Que los hijos morir contempla ajenos!
 Años ¡ay! antes, siglo diez y nueve,
 Presenciaste el cruel fallecimiento
 Del Cantor inspirado *de las Artes*,
 Del mas dulce Cantor del patrio suelo.
 ¡Melendez inmortal! Dame la lira

Que oculta el funerario monumento,
 Donde mudo reposas, pues tu muerte
 Contar horrorizado al mundo quiero.
 Mas no temas, Batilo, que yo turbe
 La paz de tu sepulcro y el silencio;
 Si tú á la madre patria perdonaste,
 Perdonarla tambien todos debemos.
 Cual á restaurador del noble ritmo,
 Que mil grajos y mil envilecieron,
 Te proclamó el benéfico reinado
 Del bondadoso Carlos el Tercero.
 A los alumnos de las Musas todos
 Guiaste con tu voz y con tu ejemplo,
 Estravíos fatales evitando
 En tan oscuro y áspero sendero.
 Sacerdote de Astrea, honor del foro,
 Cual digno juez y magistrado recto.
 Tu toga fue del inocente egida,
 Terror del asesino y del perverso.
 Náufrago años despues en las tormentas
 Que á la española nave combatieron,
 Menesteroso y desvalido anciano
 Te miró sin piedad rio estrangero.
 Dos lustros, ¡ay! cubrió mezquina losa
 En su ribera tus mortales restos,
 Despues que el dulce nombre de la patria
 En tu gemido resonó postrero.
 Mas dos nobles discípulos, que en vida
 Padre te apellidaban y maestro,
 El sublime Cantor del *Dos de Mayo* (1),
 Y del *Buen Conde de Haro* el digno nieto,
 De amor filial y gratitud á impulso,
 A Montpellier su planta dirijieron,
 Y entre mármoles y oro colocaron

(1) Don Juan Nicasio Gallego y el Excmo. Sr. Duque de Frias, difunto.

Tu ataud en honroso monumento.
 Loor á los perínclitos patricios
 Que de veneracion y de respeto
 A Batilo y sus manes, ya olvidados,
 Tan dulces pruebas de consuno dieron.
 Loor, loor al que despues, ó Mantua,
 Cuyos muros pacífico y risueño
 El Manzanares besa, las cenizas
 Trajo del Bardo á tu recinto regio.
 Así de Calderon y Garcilaso
 Al par de los sepulcros, noble fuego,
 Inspiracion y patriotismo ardiente
 Infundirán en jóvenes iberos.
 Jóvenes ¡ay! que tal vez olvidaron,
 Jóvenes ¡ay! que tal vez no leyeron
 Del Zurguen y el Otea al blando Cisne,
 Orgullo de la España y embeleso.
 Solo el noble Cantor *de las Estrellas*,
 Solo el Cantor dulcísimo *del Viento*,
 Poético entusiasmo el mas ferviente
 Puede inspirar en tan aciagos tiempos.
 ¡Desventurados tiempos! Otros siglos
 Que á Cervantes sin pan ni capa vieron (1),
 Y morir de hambre al portugués Camoens,
 Oian á los vates por lo menos.
 Cuando cantaban sus divinas trovas,
El mundo todo, el universo entero (2)
 Estático, gozoso, embelesado
 Escuchaba sus cantos halagüeños.
 ¡Qué galardón mas grato á los Poetas!
 Si hoy cantara en Hesperia el sacro Homero,

(1) Cervantes dice en su Viaje al Parnaso (y es preciso creerlo), que en su ancianidad no tenia capa para cubrir su desnudez. Mis lectores harán los comentarios que gusten: yo los haria muy negros. Los dejo, por tanto, para otra ocasion.

(2) Verso de Quintana.

Y Píndaro y Virgilio, el de Venosa,
 Y Tibulo, y Simónides, y Alceo,
 Madrid, la España toda, escucharía
 Sus celestiales métricos acentos,
 Cual hoy el Avapies y sus contornos
 Las coplas oyen de Perico el Ciego.
 ¿Dudas de mis palabras, Conde mio?
 ¿Crear acaso puedes que los metros
 De los Genios del canto mas ilustres
 Entre nosotros hallarian eco?
 Pues pregunta á Durán, pregunta á Sanchez,
 Pregunta, en suma, á todos los libreros,
 Y te dirán que ni siquiera un tomo
 De Quintana se vende y de Gallego,
 De Leon y de Herrera y Argensolas,
 De Moratin, de Lista y de Cienfuegos,
 Y en fin, de los perínclitos Cantores,
 Del Parnaso español prez y ornamento.
 ¿Y por qué, dulce amigo? Tú lo sabes,
 Y todos por desgracia lo sabemos:
 La Fe ¡ó dolor! la Fe cristiana hoy dia
 Se entibió en la nacion de Recaredo.
 ¡Sacrilego baldon! Aun en las Cortes,
 ¿Lo podrian creer nuestros abuelos?
 A la Madre de Dios, nefanda lengua
 Quiso manchar con torpe vilipendio.
 La fe de nuestros padres venerandos,
 Fuente de lo sublime y de lo bello,
 Amortiguada, ¿pueden sonar dulces
 La blanda lira y el sagrado plectro?
 No soy yo, no soy yo de estas verdades
 La Casandra fatal ó el agorero;
 Es Proudhom, el filósofo del siglo,
 El *Sábio*, el mónstruo que abortó el infierno.
 ¡Con qué placer, con qué feroz sonrisa,
 Propia de Satanás, aquel Ateo,
 Vió de la Poesía, reina augusta,

Caido en tierra y desdorado el cetro!
 Mas consuélate, amigo, y la esperanza
 Arda en tu hidalgo y religioso pecho
 De Poeta, y católico, y soldado,
 Cual del sol arde inestinguible el fuego.
 La Fe del Redentor y Poesía
 Vivirán en feliz ayuntamiento
 Mientras el astro luminoso dore
 Por orden del Señor los hemisferios.
 Otros siglos vendrán mas ilustrados
 Que este décimo nono, á quien los necios
 Proclaman de las luces..... *apagadas*
 Añadir acostumbran hombres cuerdos.
 El ritmo entonces lucirá brillante,
 Y Magnates, Ministros, palaciegos,
 Y Monarcas, en fin, á los Poetas
 Mirarán con amor y con respeto.
 Mas en tanto esperamos claros dias,
 Dias de ilustracion y de fe llenos,
 ¿Quién del siglo presente no se rie,
 Cual siglo de sainete y menosprecio?
 ¿Quién en la actualidad, ni por el forro
 Mira los libros? Cuatro pobres viejos,
 Desde su tierna infancia acostumbrados
 A dar al alma sólido alimento.
 Los mozos, y aun la gente ya madura,
 Que viven de políticos enredos,
 ¿No limitan su estudio y su lectura
 A periódicos solos y folletos?
 ¡Y qué folletos, Conde! Dios me valga,
 De adulacion ó de calumnias llenos,
 Donde hallar la verdad es tan difícil
 Cual en Sahara benéfico arroyuelo.
 ¡Lectura provechosa! La mentira,
 El servilismo y el atroz veneno
 Allí dominan. Jóvenes incautos,
 No lo olvideis, os lo suplico y ruego.

Quizás mañana deslumbrados muchos
 Con sueltas hojas y *papeles nuevos*,
 De Danton, Robespierre y Marat dignos,
 Desnudarán el toledano acero,
 Y de horrores y luto, sangre y muerte
 Mancharán otra vez el patrio suelo,
 Y la discordia triunfará que muerta
 Los verdes campos de Vergara vieron.
 Himnos de gloria á las bizarras huestes,
 Himnos de gloria al inclito Espartero,
 Y á nobles adversarios que, leales,
 Abrazo fraternal allí se dieron.
 No permitais, Dios mio, en vuestro enojo,
 Que pendon fratricida flote al viento
 En mi patria infeliz. ¡Sus nobles hijos
 Destrozarse cual tigres carniceros!
 ¡Otra guerra civil....! De justa infamia,
 De execracion y de baldon eterno
 Se cubrirá la frente del que osado
 Mortífera bandera alce el primero.
 ¡No lo permita Dios! ¿Quién lo desea?
 Muchos, ¡ay! muchos con ardiente anhelo.
 Mas no son hijos de la madre España,
 Son todos..... miserables extranjeros,
 Que, envidiosos, la patria de Pelayo
 Quisieran ver en el inmundo cieno,
 Cual de Carlos Segundo el enfermizo
 Allá en los tristes malhadados tiempos.
 Cantad, Poetas, de la paz los dones,
 Y con santo fervor pedid al cielo
 Que para siempre de intestinas lides
 Pronto veamos estinguído el fuego.
 No importa, hijos del canto, que hoy el mundo
 Desdeñe sordo líricos acentos:
 Pulsad el arpa, que su voz süave
 Resonará en los siglos venideros:
 Resonará inmortal, y los que ahora

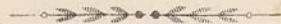
Publiqueis gratos y apacibles metros
 Repetirán los niños y doncellas,
 Aplaudirán generaciones ciento.
 Los futuros cantores, alentados
 Por Principes y nobles y plebeyos,
 No olvidarán vuestro querido nombre,
 De España al ensalzar preclaros hechos.
 Y si extranjeros conquistarla intentan,
 Alumnos y rivales de Tirteo
 Con su enérgica voz y su entusiasmo
 Inflamarán á jóvenes iberos,
 Que intrépidos al campo de batalla
 Se lanzarán con saña y ardimiento,
 Guiados por valientes Capitanes,
 Dignos del español heróico pueblo.
 Entonces, ¡ay! entonces, con asombro
 Verá otra vez, ó patria, el universo
 De Calatañazor las altas glorias,
 Del Salado y las Navas los trofeos.
 Y brotarán, como brotaron siempre,
 Los verdes lauros de inmortal recuerdo,
 Que Gerona y Bailén y Zaragoza
 Con fementida sangre enrojecieron;
 Lauros que ensalzarán en trompa de oro
 Bardos de noble y generoso aliento,
 Como los Genios á Minerva gratos
 Que en Atenas y Roma florecieron:
 Y en sus himnos patrióticos, sublimes,
 La juventud, virtudes aprendiendo,
 De los Cides y Minas y Velardes
 Emulará los bélicos esfuerzos.
 Nosotros, de la vida en el otoño,
 Que ya en la frente nuestra solo vemos
 Tantas canas cual negros desengaños
 Lamentamos con pena y desaliento,
 No tan bellas auroras, caro amigo,
 Contemplar con el júbilo podremos

Con que verlas podrán quizá algun día
 Los hijos de tus hijos y sus nietos.
 Terminaré mi epístola, asaz luenga,
 De un trovador contando alpujarreño
 La historia deplorable. Ya descansa
 En pobre y olvidado enterramiento.
 ¡Mozo infeliz! Nació para la gloria,
 Que fue su afán y su dorado sueño;
 Mas ¡ay! sin protección, oscurecido
 Murió cual muere el ignorante y necio.
 Hijo de labradores, en el campo
 Vivió desde inocente rapazuelo,
 De la siempre feraz naturaleza
 Silencioso admirando los portentos.
 Los mágicos preludios de su lira
 Le enseñaron la alondra y el jilguero
 Y el dulce ruiseñor, en los vergeles
 Que el Dauro baña y el Genil ameno.
 Imberbe todavía, por su juicio
 Y grave discreción, era embeleso,
 Orgullo de sus padres y familia,
 Admiración y asombro de los viejos.
 Soldado por la suerte, su bravura
 Y noble lealtad mostró en Marruecos,
 Hasta que herido de fatal gumía,
 Vino á Madrid inválido y hambriento.
 Consagrado al estudio desde entonces,
 Con decisión, con voluntad de hierro,
 Comenzó á cultivar la Poesía,
 Esperando encontrar el justo premio.
 ¡Vana ilusión! Tan solo desengaños
 Hallaron su valor y su talento,
 Por no existir un alma generosa
 Que diera pan al bardo y al guerrero.
 En mezquino portal que alquilar pudo,
 Con escasez ganaba su sustento,
 Regando el pan con lágrimas acerbas.

Memoriales y cartas escribiendo.
 Pidió favor á poderosa dama
 Que, aunque vana y de altivos pensamientos,
 En su casa feudal, y aun en su mesa,
 Recibe á prestamistas y toreros.
 Mas allí la acojida encontró el vate
 Que á Lázaro infeliz, pobre y enfermo,
 Dió el rico mas famoso de los ricos
 Por su dureza y corazón protervo.
 Un poema escribió, do el amor patrio
 Brillaba noble con su ardiente fuego,
 Consagrado al renombre del caudillo
 Conquistador del mejicano imperio.
 A un General de espada ociosa y virgen,
 Y nariz roma y romo entendimiento,
 Lo quiso dedicar; mas el buen gefe,
 Ni vió al Poeta ni admitió sus versos.
 Con esperanza de mejor fortuna
 Buscó entonces amigos, buscó empeños,
 Y se creyó feliz porque sus cantos
 Logró poner en manos de un banquero.
 Ilustrado varón, que el manuscrito
 Recibió tan formal, tan grave y sério
 Cual insensible autómatas, y dejólo
 Entre gacetas y papeles viejos.
 Llegó despues un bárbaro criado
 (Era digno del amo), prendió fuego
 Con periódicos, fósforo y poema
 A las estufas, y quedó tan fresco.
 Lo que lloró sus números acordes,
 Ya ceniza, el Autor; su sentimiento
 Por la pérdida aciaga, irreparable,
 A tu profunda reflexión lo dejó.
 En tamaño infortunio, en pena tanta,
 ¿Hubo reparación? Ni aun de portero
 Al vate recibió, que lo ansiaba,
 El ricachón brutal y berroqueño.

Original comedia de costumbres,
 Que hacia recordar al buen Moreto,
 A un Ministro ofrecer de la Corona
 Intentó el infeliz con mal acuerdo.
 Ministro con sus ínfulas de sabio,
 Aunque era un escritor nada correcto,
 De servir á los hombres poco amigo,
 Y de servir á Dios ¡ah! mucho menos:
 Escéptico, tal vez materialista,
 ¿Podia oir su corazon de hielo
 De la divina caridad las voces,
 De la pobreza y la orfandad los ruegos?
 Pudo el memorialista al fin hablarle
 Despues de mil afanes y rodeos,
 Y ¿para qué...? Mandóle su Escelencia
 No volviera á pisar el Ministerio.
 Perdidas ya sus ilusiones todas,
 Lo presentó cristiano caballero,
 De sus prendas y mérito entusiasta,
 A renombrado Senador del reino.
 Era un señor que se jactaba ufano
 De proteger las letras y el talento;
 Mas cual de Augusto César el valido
 No logrará renombre duradero.
 A la torpe lisonja sordo el vate,
 Manifestó sus nobles sentimientos
 Al egregio aristócrata cien veces,
 En fáciles, castizos, dulces versos.
 No eran indiferentes al Mecenas;
 Aprendió de memoria muchos de ellos,
 Que en horas de expansion y de alegría
 A sus amigos recitaba y deudos.
 En vida, solo con urbanas frases
 Agradeció al Cantor aquel obsequio.
 ¿Y al fallecer? Escucha, Conde mio,
 Veraz historia que parece cuento.
 La Parca inexorable, que destruye

Enanos juncos y gigantes cedros,
 Y á Pontífices mata y sacristanes,
 Y al rico, al pobre y al Monarca escelso.
 Tocó el hilo vital con su guadaña
 Del digno Senador, y quedó yerto
 Escuálido cadáver. Su alma fria
 Piadoso Jehová tenga en el cielo.
 Antes del funeral, de escasa pompa,
 Se leyó su cerrado testamento,
 Asombro de parientes y de estraños,
 Escarnio de Sevilla y otros pueblos.
 Aunque pingües legados en sus fojas
 Escritas de su puño dejó el muerto
 A limpia-botas, pinches y lacayos,
 A lavandera y rapador barbero,
 El nombre del poeta quedó á oscuras,
 Por su ausencia brillando, sin recuerdo,
 En veinte codicilos, do el difunto
 Habló hasta de sus gatos y sus perros.
 Pocos meses despues, ¡estrella infausta!
 De un hospital en el angosto lecho,
 Olvidado de estúpidos magnates,
 Mas no de Dios, amparo de los buenos,
 En santa paz el joven fallecia
 Con la muerte del justo. ¡Noble ingenio!
 Las lágrimas recibe en el sepulcro,
 Que á tu memoria con dolor ofrezco.
 No serás tú la víctima postrera
 Que la historia imparcial del siglo nuestro
 Ofrecerá de infortunados vates
 Para leccion de siglos venideros.



EPÍSTOLA

AL SEÑOR

D. GUILLERMO PICARD,

POR

DON GASPAR BONO SERRANO,

Capellan Párroco castrense retirado, Benemérito de la Patria, Caballero de la distinguida Orden española de Carlos 3.º, Comendador de la Americana de Isabel la Católica, condecorado con las Cruces de distinción de Bilbao y Morella, ex-Preceptor de latinidad del Establecimiento complutense agregado á la Universidad central, ex-Profesor de historia, Religión y moral en el Colegio de Cadetes de Caballería, entre los Arcades de Roma Argiro Latmio, Socio Correspondal de la Academia de Buenas letras de Sevilla, Individuo de mérito literario de la Bibliográfico-Mariana de Lérida, Socio de la Económica Numantina de Soria y de la de Amigos del país de Zaragoza.

MADRID:

IMPRENTA DE LA VIUDA DE AGUADO É HIJO.—PONTEJOS, 8.

1869.

Sr. D. Guillermo Picard.

Madrid 4 de junio de 1869.

Tu epístola he recibido
Con profundo sentimiento,
Amigo nunca olvidado,
Mi carísimo Guillermo.
¡Con que aliviarte no pueden
Las boticas y Galenos,
En esa que te atormenta
Enfermedad de los nervios!
¡Pobre humanidad!.... Ya sabes
Que también yo estoy sufriendo
Tan aflictiva dolencia
Hace dos años y medio.
Cuando empezó á molestarne,
Gasté paciencia y dinero
En consultas muy costosas,
En inútiles remedios.
Viajé mucho, tomé baños
En verano y en invierno,
Quina en polvo, quina en rama,
Píldoras, tila, refrescos.
Busqué en la homeopatía
Un lenitivo, un consuelo,
Mas todos sus globulillos
De nada, nada sirvieron.
Con rábanos cuatro meses,

De un físico por consejo,
 Interpolé caldo y sopa
 En la comida y almuerzo.
 Se lo dije á otro doctor,
 Inclinado al vino añejo,
 Y me ordenó que bebiera
 Cariñena y jerez seco.
 Otros, despues de escucharme,
 Recetáronme paseos,
 Y del pátrio Guadalupe
 Los aires puros y frescos.
 Un cirujano latino
 Quiso con tenaz empeño
 Sangrarme, mas yo le dije:
No en mis dias, vade retro.
 A todos, á escepcion de este,
 Obedecí, cual cordero
 Al balido de su madre,
 Cuando brama ronco el trueno.
 Mas mi infantil obediencia
 Fue cual ventosa de fuego,
 Que el practicante novel
 Ensayá en cadáver yerto.
 Quien la salud ha perdido,
 ¡Qué tonterías, qué esfuerzos
 No hará con valor heróico,
 A fin de ponerse bueno?
 ¡Y estrañarás, dulce amigo,
 Que en tamaño aburrimiento
 Yo consultára *de occultis*
 A un charlatan curandero?
 El buen hombre, aficionado
 A la escopeta y lós perros,
 Una partida de caza
 Me preparó desde luego.
 Marché á los montes del Pardo
 Con él y cuatro podencos,

A perseguir dia y noche
 Corzos, aves y conejos.
 ¡Y qué conseguí? Volverme,
 Tan desabrido y enfermo
 Cual antes, á mi casita,
 A mi dulce apartamiento.
 A un médico, en fin, recurro,
 Hombre de maduro seso,
 A quien hace muchos años
 Entre mis amigos cuento.
 Es alegre y decidor,
 De sus canas á despecho,
 Y gusta de la ironía,
 Mas con discrecion y tiento.
 En la ciencia de curar,
 Hospitales y colegios
 Desde que era estudiantillo,
 Admiraron sus progresos.
 Entre sus laudables dotes
 Hallo solamente un pero,
 Y es que mira de reojo
 La poesía y los versos.
 Le llamé, vino á mi casa,
 Y en pos de los cumplimientos
 De educacion, y sentarse
 En blando sillón de cuero,
 Me toma el pulso, la lengua
 Mira con detenimiento,
 Y me hace varias preguntas
 A que yo solo contesto:
 Yo ¡Ah! doctor de mis pecados,
 Yo me muero, yo me muero;
 Y á mis palabras de angustia
 Él me dice sonriendo:
 Médico. ¡Morir sin permiso mio!
 Os guardareis muy bien de ello,
 Y no hareis tal disparate

Hasta el postrimer momento.
 Decidme en frases muy breves
 Qué síntomas son los vuestros,
 Pues os dan algun cuidado,
 Cuando pensais morir luego.
 Para morir, ¿qué es preciso?

Yo... ¿Quién lo ignora? No estar muerto.

Méd... Razon teneis, y nosotros
 Morirnos ahora podemos.
 Explicaos.

Yo... Permitidme
 Que tome el agua de lejos,
 La gota de agua que hoy forma
 Un torrente, un mar inmenso.

Méd... ¿Desde qué edad, desde cuándo
 Vienen los padecimientos
 Que os martirizan crueles
 El espíritu y el cuerpo?

Yo... Desde el año diez y seis.

Méd... Larga es la fecha.

Yo... Lo veo.

Méd... ¿Qué edad teniais?

Yo... Dos lustros.

Méd... ¡Vaya un mozo macareno!

Yo... Es verdad. Era un rapaz
 Vivarachillo, travieso,
 Muy amigo de reir
 Con Bertoldo y Cacaseno,
 Aficionadillo al trompo,
 A escuchar coplas á ciegos,
 A correr por verdes llanos,
 A trepar por altos cerros,
 Buscando y cogiendo nidos
 De calándrias y jilgueros,
 Que despues me deleitaban
 Con dulcisonos gorjeos.

Méd... ¿Desde entonces padeceis?

Yo... Me explicaré. Mas ó menos,
 Aunque con interrupciones,
 Desde aquel año padezco.

Méd... ¿Cuál fué el visible motivo
 Del ataquillo primero,
 En que esa larga dolencia
 Sacó las uñas? Saberlo
 Necesito.

Yo... Os hablaré,
 Como cuando me confieso,
*La verdad pura, sencilla,
 Hija divina del cielo.*

Méd... Sed muy breve.

Yo... Lo seré
 Cuanto pueda.

Méd... Lo deseo.

Yo... Yo tambien.

Méd... Decidlo todo.

Yo... Lo diré, y en el tintero
 Absolutamente nada
 Quedará.

Méd... Asi lo creo.

Yo... Me haceis justicia, y os doy
 Las gracias. Oidme atento,
 Como acostumbrais con todos
 Cuando en la calle y paseo,
 O en las casas, os consultan.

Méd... Al grano, al grano.

Yo... Comienzo.
 En el año diez y seis
 (Cual os dije ya) vinieron
 A mi lugar comediantes,
 De la legua, por supuesto.
 Eran pobres, desdichados,
 Sin hogar, abrigo y puerto
 Do vivir, casi desnudos.
 Descoloridos, hambrientos.

MÉD. . . Dejad á un lado la paja.
 Yo. Pues, amigo, los arrieros
 La paja y cebada mezclan
 Cuando á los burros dan pienso.
 No es alusion personal.
 ¡Válgame San Hemeterio!
 ¿Seriais tan malicioso
 Que creyerais....?

MÉD. Siga el cuento.
 Yo. No es cuento, amigo doctor,
 Es una historia, es un hecho
 Tan exacto, como somos,
 Yo aragonés, vos manchego.
 Errantes, como gitanos,
 Eran actores de aquellos
 De quienes nos da Cervantes
 El retrato verdadero.

MÉD. ¡Pues en hacer sus papeles
 Tendrian feliz pergeño....!

Yo. No lo sé; solo una cosa
 Decir, afirmaros puedo,
 Y es que á mí, chiquillo entonces,
 Gemir y llorar me hicieron,
 Como cuando me zurraba
 En la escuela mi maestro.

MÉD. ¿Pues cómo?

Yo. Muy fácilmente;
 Lo recuerdo, lo recuerdo.
 Representaron un drama
 De ayes y lágrimas lleno;
 Melancólico poema,
 ¡Qué tristísimo, qué serio!
 Otro igual posteriormente
 A oír ó leer no he vuelto.

MÉD. Explicaos.

Yo. Figuraba
 En él la muerte de Héctor,

Y de Andrómaca su viuda
 El dolor y los lamentos.
 Ahora mismo me parece
 Que escucho y pálida veo
 A la joven que infelice
 Lloraba al esposo muerto.
 Era de gentil figura,
 De hermoso, de noble aspecto,
 Melancólica mirada,
 Algo morena, ojos negros;
 Desprendidos en desorden
 Por los hombros sus cabellos,
 Larguissimos, tan oscuros
 Como las alas del cuervo;
 De los pies á la cabeza
 Cubierta de triste duelo,
 Parecia las estátuas
 Que adornan los cementerios.
 Con mas gemidos que voces
 (Porque el dolor no es parlero)
 Y muy propios ademanes
 Y melancólico acento,
 Aquella pobre muchacha,
 A quien su destino adverso
 Afligia, y no de Aquiles
 El odio y fatal acero,
 Desempeñó su papel
 Con tal verdad, tal acierto,
 Que lágrimas como ella
 Yo derramé sin consuelo.
 Un espectador cercano,
 Un solemne majadero,
 Al ver mi llanto gritó:
 ¿Por qué llora ese zopenco?
 ¡Qué lástima de levita
 La que adornaba aquel cuerpo,
 En vez de cubrir sus lomos

Con albarda y aparejo!
 Aristocrática dama,
 Notable por su talento
 Y virtudes, defendiόμε
 De las burlas del tal necio;
 Y le dijo: «Señor mio,
 »Si llora ese rapazuelo,
 »Es porque su corazon
 »No es corazon berroqueño.»
 Y acercándome á sus brazos
 Y en mi frente dando un beso,
 Me acarició bondadosa,
 Y añadió con dulce afecto:
 «Calla, chiquitin, no llores,
 »Y toma esos caramelos,
 »Que á la verdad los mereces
 »Por tan sensible y tan bueno.»
 Mas yo, lejos de callar,
 Y de reir aún mas lejos,
 Cual reía el avestruz
 Que me dijo un improprio,
 Mientras duró la tragedia
 Estuve siempre vertiendo
 Tanto lloro, que á secarlo
 Na bastaba mi pañuelo.
 Y no sollocé tan solo
 Aquella noche; creedlo:
 Derramé copioso llanto
 Por mucho, por mucho tiempo.

MÉD. . . . Es historia muy curiosa:
 Mas descansad un momento,
 Porque estareis fatigado
 De tanto hablar.

Yo. . . . Nada de eso.

MÉD. . . . Pues proseguid en buen hora,
 Porque el desenlace espero.
 Con impaciencia.

Yo. . . . Allá voy,

Con ese permiso vuestro.
 De Andrómaca los suspiros,
 El trágico fin de Héctor
 Se grabaron de tal suerte
 En la cera de mi pecho,
 Que dia y noche pensaba
 En los esposos aquellos,
 Separados por la tumba
 Que abrió el hijo de Peleo.
 ¡Desventurados esposos!
 Tan lúgubres pensamientos,
 Un malestar y tristeza
 En mí por fin produjeron,
 Que ni comia con gusto,
 Ni tomar podia el sueño,
 Ni me agradaban cual antes
 Las diversiones y juegos.

MÉD. . . . ¿Y cómo alejar pudisteis
 Aquel enfadoso tedio,
 De los infantiles años
 Tan improprio, tan ageno?

Yo. . . . Con un libro.

MÉD. . . . ¡Con un libro!

Yo. . . . Sí, Señor: de Samaniego
 Con las fábulas preciosas,
 Que me regaló mi abuelo.
 ¡Con qué avidéz, con qué gusto
 Ví los diálogos amenos,
 Que de animales en boca
 El autor pone discreto!
 Aquel tan claro lenguaje,
 Y sus naturales versos,
 Cuya sencillez encanta
 A los niños y á los viejos;
 Los cuadros en que nos pinta
 La inocencia del cordero,

La astucia de la raposa
 O la estupidez del cuervo;
 Su candor inimitable,
 Y su moral de alto precio,
 Devolverme al fin lograron
 La alegría y el sosiego.

MÉD. . . . ¡Estraña historia! Me llama
 La atencion..... ¡Y mucho tiempo
 Salud tuvisteis?

Yo. Cinco años.

MÉD. . . . ¡Y despues?

Yo. Deciros debo,
 Que cuando cumplí los quince
 Sufrí un ataque tan fiero
 De *spleen*, ó como se llame,
 Que al mentarlo me estremezco.

MÉD. . . . Y entonces ¿cómo os curásteis?

Yo. Con otro libro.

MÉD. . . . Ya veo
 Mas clara vuestra dolencia,
 Que de mi mano los dedos.

Yo. Mas vale así. De esta suerte
 Están ya en casa los medios
 De hallar pronto la salud,
 Que asaz quebrantada tengo.

MÉD. . . . Decidme, por vuestra vida,
 ¿Qué otro libro el privilegio
 Tuvo de daros dichoso
 Aquel segundo remedio?

Yo. *El Hombre feliz*. La calma,
 Las virtudes de Miseno,
 Y de la amable Sofía
 Los varoniles esfuerzos,
 Por corregir á un malvado
 De sus instintos perversos,
 Y salvar al inocente
 De patíbulo sangriento;

En fin, el poema todo
 Fue mi solaz, mi embeleso,
 Mi antídoto, cinco años
 De cruel padecimiento.

MÉD. . . . ¿Y cesó la enfermedad?

Yo. De repente, por completo.

MÉD. . . . ¿Cuándo á la feroz arpia
 Volvisteis á verle el pelo?

Yo. ¿Cuándo? Cuando mi cabeza,
 Tan calva como San Pedro,
 Comenzó, gracias á Dios,
 A cumplir sesenta eneros.

MÉD. . . . Llevais muy bien vuestros años:
 Estais tan ágil y tieso,
 Que un muchacho pareceis.

Yo. ¡Un muchacho....! Cuando duermo.

MÉD. . . . Vaya, no os quejeis, compadre.

Yo. ¿Pues por ventura me quejo?
 Al contrario, á todas horas
 Bendigo ferviente al cielo.

MÉD. . . . Es justo. ¿Cuántos ancianos,
 Sin dientes, de achaques llenos,
 A vuestra edad solo pueden
 Mascar sopitas y huevos!
 Mas volvamos al asunto:
 ¿Cuál fue la causa, el comienzo
 De la negra hipocondría
 Que estais ahora sufriendo?
 ¿Tuvisteis algun disgusto,
 Desgracia ó pesar acerbo,
 A que atribuir podamos
 Aquel ataque postrero?

Yo. Tuve mas de uno. Los males,
 Los infortunios, los duelos,
 Solos nunca, siempre vienen
 Con algunos compañeros.
 En breves, muy breves dias

Perdí á mi madre, que lejos
De mis brazos, por desgracia,
Exhaló su último aliento;
Además, á dos amigos,
Cual muy pocos verdaderos (*),
Que distraerme solian
En mi ordinario paseo.

MÉD. . . Desgracias son una y otra
Que de veras compadezco,
Y os acompaño, aunque tarde,
En el justo sentimiento.

Yo. . . . De todos modos, doctor,
Ese pésame agradezco;
Mas ¡á qué fin otras penas
Añadir? Las dejaremos,
Si os parece.

MÉD. . . ¿A quién le faltan?
Los clérigos y los legos,
Los Papas, Reyes y Duques,
Ricos, nobles y plebeyos,
Sin escepcion, todos, todos,
Los unos mas, otros menos,
Sufren aquí: para el pobre
¡Vaya un mezquino consuelo!

Yo. . . . Algo es algo. Sobre todo,
Olvidar nunca debemos
Que el hombre *solo ha nacido*
Para merecer sufriendo.

MÉD. . . Con esa filosofía,
De prez y victoria cierto,
Desafiar denodado
Podeis al destino adverso.

(*) Don José Arias, Capellan y Rector del Oratorio de Irlandeses, y el Presbítero D. Ramon Lopez Pantoja, distinguido profesor de latinidad.

Yo. . . . Como un Salomon hablais.

MÉD. . . Gracias.

Yo. . . . Yo, por mí, no encuentro
Otra que dé al desgraciado
Mayor solaz, mas esfuerzo.
¿No es verdad?

MÉD. . . ¡Y quién lo duda!

Yo. . . . ¿Quién lo duda? Los ateos,
Cien y cien sábios, que dicen
Muy formales y muy serios,
Que en vez de ser, como antaño,
Hijos de Dios y herederos,
Hoy somos hijos de burra,
Como cualquier pollinejo.

MÉD. . . ¡Filosofía sublime,
Que pensadores modernos
Hallaron en el Olimpo
De su elevado cerebro!
Y á Dios, amigo, otro dia
Volveré, y comenzaremos
Plan eficaz curativo,
Que os dejará como nuevo:
En tanto que el plan yo estudio,
Leed, medita atento
Las páginas luminosas
De este libro que os entrego.—
Dijo el médico, y se fue,
Dejando un libro pequeño
En mis manos, empastado
Con elegancia y esmero.
Al abrirlo, en la portada:
Higiene del alma leo,
Publicada en este siglo
Por filósofo tudesco (*).

(*) El baron de Feichtersleben.

Tantas veces la repasó,
 Que de memoria la aprendo,
 Aunque la tengo muy frágil,
 Como sucede á los viejos.
 Nada del docto volumen,
 Nada saqué de provecho;
 Como sacerdote honrado,
 Mi desengaño confieso.
 El que me lo dió obsequioso,
 Médico de ciencia lleno,
 Y de buena fe (que es mas),
 Díjome despues modesto:
 MÉD. . . . Vuestra oscurilla dolencia
 Me parece que comprendo,
 Y me es penoso deciros
 Que no hallo fácil remedio.
 El alma vuestra no cabe
 En la materia, en el cuerpo.
 Yo. . . . No os dé cuidado, que pronto
 Saldrá del prosáico encierro.
 MÉD. . . . ¡Cómo! ¿Deseais la muerte?
 Yo. . . . No, señor: mas no la temo,
 Gracias á Dios; cuando venga,
 Cerraré el ojo, y *laus Deo*.
 MÉD. . . . ¿Sois poeta por desgracia?
 Yo. . . . Algo, doctor, algo hay de eso.
 MÉD. . . . Pues con ese algo tan solo,
 No os curára ni Galeno.
 ¡Poeta! ¡Y en este siglo,
 En este siglo de cieno!
 Yo. . . . No han sido mucho mejores
 Los siglos que precedieron.
 MÉD. . . . Si he de decir la verdad,
 No comprendo, no comprendo
 En las presentes calendas
 Tamaño alucinamiento.
 Yo. . . . Otros lo comprenden bien.

MÉD. . . . ¿Quién hoy se acuerda de versos,
 Cuando no tienen lectores,
 Ni hallan Mecenas ni premios?
 Yo. . . . ¿Para qué los necesitan
 Los poetas verdaderos,
 Cuyo corazon inflama
 De *fe literaria* el fuego?
 MÉD. . . . Opino que la mató
 Con su mortífero aliento
 La indiferencia, y reposa
 De la tumba allá en el seno.
 Yo. . . . Pues, doctor, opinais mal;
 Todavía alientan pechos,
 Pechos nobles, que no enfria
 De la indiferencia el hielo.
 MÉD. . . . Será verdad.
 Yo. . . . Y lo es.
 MÉD. . . . Enhorabuena. . . . Yo os ruego
 Que olvideis la poesía,
 En que hallais tanto embeleso.
 Yo. . . . Amigo, me es imposible.
 MÉD. . . . ¡Imposible! No lo entiendo.
 Yo. . . . Ella es mi salud, mi vida,
 Doctor querido; sabedlo.
 MÉD. . . . Pues no os curareis.
 Yo. . . . No importa.
 MÉD. . . . ¿Y por qué en otros objetos
 No fijar la mente vuestra?
 En este siglo de hierro,
 Bien lo sabeis, todos buscan
 Posicion grande, altos puestos,
 Cruces de honor, relumbrones,
 Y sobre todo. . . . dinero.
 Yo. . . . Y decidme, ¿el oro da
 Júbilo, contentamiento,
 La paz del alma y ventura,
 Propias de los hombres rectos?

MÉD. . . El oro y letras de cambio
 Producen ricos banqueros.
 Yo. . . . ¡Y en verdad que son felices!
 Que lo diga Mollinedo,
 Y lo digan otros muchos
 Ricachones, opulentos,
 Que por *quitadme esas pajas*
 Se degüellan: buen provecho.
 No, pues yo, si Dios escucha
 Mis oraciones y ruegos,
 Me moriré hecho una momia
 El año mil novecientos.
 MÉD. . . ¿Y qué producen las Musas
 Y los estudios amenos?
 Yo. . . . Llenar mas á nobles almas
 Que los tesoros de Creso.
 Preguntádselo á Cervantes,
 Al Tasso, Píndaro, Homero,
 A Calderon, á Virgilio,
 A Moratin y á Terencio.
 MÉD. . . Pues bien, en dorada lira
 Cantad, y sublime acento,
 A Pelayo, al Cid, Gonzalo,
 Y á otros invictos guerreros,
 Que lidiando valerosos
 Contra el feroz agareno,
 A la Patria libertaron
 Con su sangre y su denuedo.
 Cantadlos enhorabuena,
 Y sacareis lo que el negro
 Del sermon, los pies helados,
 Y acalorado el cerebro.
 Sacareis, amigo mio,
 Lo que orador majadero,
 Que muy mal aconsejado
 Predicára en el desierto.
 Si al fin cantárais los nombres

De cien políticos nuestros,
 Verdugos de aquella España
 Que los abrigó en su seno,
 Entonces. . . . ya es diferente,
 Pescador seriais diestro,
 Que echa sus redes con maña,
 Y en rio pesca revuelto.
 Creedme, vuestra barquilla
 Botad hoy al Ponto inmenso
 De la política, y ella
 Os llevará á feliz puerto.
 Hablad mucho de la Patria.
 Yo. . . . ¡Y qué medrada la vemos!
 ¡Qué feliz es!
 MÉD. . . ¡O costumbres!
 ¡O tiempos, felices tiempos!
 Perdonad, ya me exaltaba
 Con la política; hablemos
 De vuestro mal, que esperanzas
 Daros vivamente quiero.
 Yo. . . . ¡Esperanzas!
 MÉD. . . Muy fundadas.
 Ya hace rato que deseo
 Deciros, que en vuestra mano
 Está el curaros muy presto.
 Yo. . . . ¿De veras?
 MÉD. . . Como lo oís.
 Yo. . . . Pues mandad. Como un borrego
 A la voz de sus pastores
 Vereis cómo os obedezco.
 MÉD. . . Mando pues, mucha atencion:
 Lo primero, lo primero,
 Que nunca jamás tengais
 Elevados pensamientos.
 Yo. . . . ¡Hombre!
 MÉD. . . No hay hombre que valga.
 Yo. . . . Ya veis que no es hacadero;

Que me mandais imposibles.
 MÉD. . . ¡Imposibles! No los veo.
 Pensad tan solo en la panza,
 Y, gordo como un flamenco,
 Procurad hacer fortuna
 Por todos, todos los medios.
 No repareis en pelillos,
 Ni, cual joven inesperto,
 Tropeceis en cañamones,
 Y criareis mejor pelo.
 No leais poco ni mucho
 Libro científico y serio;
 Nada de Feijóo y Mariana,
 Arias Montano y Sarmiento.
 Sobre todo (no olvidarlo),
 Jamás escribais un verso,
 Aunque os amague un verdugo
 Con la cuestión de tormento.
 En vez de estudiar á Lista,
 A Melendez y Gallego,
 O la prosa de Jovino,
 De Balmes ó de Toreno.
 Leed las hojas volantes,
 Folletines y folletos
 Que llueven tarde y mañana
 Cual graniza en el invierno.
 Allí, no en Solís ni Herrera,
 Argensolas y Moretos,
 Teneis invencion, decoro,
 Lenguaje noble y correcto.
 Leed traducciones hechas
 Por intrépidos mancebos,
 Que el francés y el castellano
 Saben..... lo mismo que el griego.
 Mucha ambicion, ocio mucho;
 Y libros que os tienen seco
 Cual espárrago, tiradlos

Por inútiles al fuego.
 Id al café por la noche,
 Y á tertulias y liceos,
 Donde se habla por los codos
 De política y gobierno.
 Imitad á mozalbetes
 Que muy formales y frescos,
 Despues de beber diez copas,
 Arreglan el universo.
 Dejad, dejad el retiro
 De vuestro dulce aposento,
 Y en reuniones y zambras
 Hablad á diestro y siniestro.
 En vez de bosques umbríos,
 Mas tristes que un cementerio,
 Donde dais de vez en cuando
 Un solitario paseo,
 Frecuentad la Castellana,
 Y el Prado verde y ameno,
 Donde por la mucha gente
 Andar apenas podemos.
 Mucho trato, mucho trato,
 Y jolgorio y poco encierro,
 Y echar las canas al aire
 Con pajarete y burdeos.
 En fin.....

Yo..... Amigo doctor,
 ¿No advertís que estais perdiendo
 La saliva de la boca,
 Y lo que es peor, el tiempo?
 MÉD. . . ¿No quereis obedecerme?
 Pues buenas noches, os dejo,
 Y perdonad, que me aguarda
 Otro mas dócil enfermo.
 Yo..... Esperad un solo instante.
 MÉD. . . Amigo y señor, no puedo:
 Si no haceis cuanto os he dicho,

Por esta casa no vuelvo. —
 De pie ya, me dió la diestra,
 Y calándose el sombrero,
 Se fue mas listo que un gato
 Que va arrastrando cencerro.
 Sin tomarme yo la pena
 De indicarlo, buen Guillermo,
 De tan prolija visita
 Comprenderás los efectos.
 Marchó el doctor, quedé solo,
 Sin esperanzas mi pecho,
 Meditabundo, entregado
 A tétricos pensamientos.
 Lejos mi mal de aliviarse
 Aumentaba con exceso,
 En términos que ahora mismo,
 Solo al recordarlo tiemblo.
 Hipocondríaco, débil,
 Imagen de un esqueleto,
 Aborrecí hasta los libros,
 Mis mejores compañeros.
 La soledad me agradaba,
 No de jardines y huertos,
 Sino de selvas y bosques,
 Donde domina el silencio.
 Un día que solitario
 Recorria vasto yermo,
 Do solo el grito sonaba
 De la corneja y los cuervos,
 A un anciano venerable,
 Que leía el Evangelio,
 Encontré, no sin sorpresa,
 Junto á plácido arroyuelo.
 Su cabellera nevada,
 Sotana y pobre manteo,
 A los mismos ateistas
 Infundirian respeto.

De humilde y cercana aldea
 Era el párroco modesto,
 Padre de sus feligreses,
 Y de virtudes modelo.
 Le conté la historia mia,
 Y el cruel padecimiento
 Que me aquejaba, y responde
 Con rostro afable y sereno:
 «Lo sabeis, hermano mio:
 »En este libro que tengo
 »En la mano, encontrareis
 »Vida, salud y consuelo.
 »Olvidad á las lumbreras
 »Que hoy admira el universo
 »Cual pensadores profundos
 »Del infeliz siglo nuestro.
 »Siglo fatal, que buscando
 »Con ánsia el mejor gobierno,
 »¡O estupidez! ¡ó demencia!
 »Rechaza al divino Verbo:
 »Al buen Jesus, que triunfó,
 »Con doce indoctos plebeyos,
 »Del *siglo de oro* de Augusto,
 »De Nerones y Tiberios.
 »Al buen Jesus, cuya gracia,
 »¡Maravilloso portentoso!
 »A hombres-tigres mudar puede
 »En palomas y corderos.
 »Con Jesus siglos y siglos
 »El español, noble pueblo,
 »¡Qué feliz fué, qué valiente,
 »Qué pacífico y qué bueno!
 »Por eso venció en las Navas,
 »En San Quintín y en el Ebro
 »Con Palafóx, y en Gerona,
 »Bailén y los Castillejos.
 »Con él brillaron el Cid,

»Y Guzman y Recaredo,
 »Y San Fernando y Luis Vives,
 »Y el Abulense y Juvencio.
 »¡Dios mio! Quizá mañana
 »El español verá, lleno
 »De amargura, alzar pendones
 »A Mahoma y á Lutero.
 »Pedid, pedid, caro hermano,
 »Como yo, con filial ruego,
 »Que ilumine Dios á gefes,
 »Hoy gobernantes del reino.
 »Mi voz embargan y ahogan
 »Las lágrimas, lo estais viendo:
 »¡Dulce Patria de mi alma!
 »Hermano, á Dios, yo me alejo;
 »Pues la campana ya anuncia
 »Con sonoro clamoreo,
 »Que mis ovejas esperan
 »A su pastor en el templo.
 »El Héspero grato asoma,
 »Y es el dichoso momento
 »De saludar con mis hijos
 »A la Reina de los cielos;
 »A la Virgen sin mancilla,
 »Madre del divino Verbo,
 »Que visitó en Zaragoza
 »A Santiago, hijo del trueno.
 »Cuando ofrezcais, dulce hermano,
 »El Sacrificio incruento,
 »No olvideis, os lo suplico,
 »A este pobre, inútil viejo.»
 ¿Qué dices, amigo caro,
 Qué dices, mi buen Guillermo,
 De aquel cura, honor de España,
 Y prez y gloria del clero?
 Tú, que inestinguible guardas
 De fe católica el fuego,

Herencia santa y preciosa
 De tus cristianos abuelos,
 ¿Qué te parece el anciano,
 Al derramar llanto acerbo
 Recordando de la España
 El estado lastimero?
 ¡Cuántos patriotas habrá,
 Que parecen Mongibelos
 Chispeantes de amor patrio....
 Y á su Patria amarán menos!
 Si he de hablarte en puridad
 Cual deseas, y yo debo,
 Te diré, que entre mil penas
 Me aflige un gran sentimiento,
 Y es que políticos muchos,
 Que en materia de gobierno
 Presumen ser Campomanes,
 Jovellanos ó Cisneros,
 Al buen clérigo no pidan
 Sanos, muy sanos consejos,
 Cuando la española nave
 Boga entre escollos y riesgos.
 ¿De la paz y la ventura
 Arribará al feliz puerto,
 Si los pilotos no elevan
 Sus ojos al alto cielo?
 Dios los alumbre cual Padre,
 Para que no sean ciegos,
 Que al querer guiar á otros
 Naufraguen con todos ellos.
 Y perdóname, querido,
 Pues pesadillo voy siendo,
 Y prolijo y hablador,
 Y machacon y molesto.
 A la epístola presente
 Cuando yo daba comienzo,
 Hacer pensé un romancillo

Tan breve como ligero.
 ¿Qué me sucedió? Lo mismo
 Que al goloso rapazuelo:
 Comió dos ó tres cerezas,
 ¿Y despues? todito el cesto.
 Resumo por fin, y digo,
 Que aunque mejor, sigo enfermo,
 Como tú, sin esperanzas
 De curarme, por supuesto.
 ¿Y por qué, mi dulce amigo?
 No hay necesidad de esfuerzos
 Intelectuales. Me agobian
 Como á ti sesenta inviernos.
 Cuando me aflijen achaques,
 Cuando tiritó y me hielo,
 Mientras bailan en camisa
 Los chicos de mi portero;
 Cuando me acosan dolores,
 Y se alborotan mis nervios,
 Y por falta de apetito
 Voy á comer y no puedo,
 Me digo lo que decia
 Muñoz, el gran marrullero:
Señor Don Roque de Urrutia,
En la edad está el misterio.
 Por lo demás, dulce amigo,
 Manifestarte no quiero
 Que solo en la Religion
 Hallar alivio podemos.
 Lo sabes por experiencia,
 Y necesidad no tengo
 De hacer esta indicacion
 A un cristiano caballero.
 Dios alivie nuestros males
 Si conviene, ó por lo menos
 Nos dé paciencia en tamaños
 Crónicos padecimientos.

A tu dignísima esposa
 Mis paternales afectos,
 Y que viva mas que Sara,
 Gloria del devoto sexo.
 Dios conceda á tus sobrinas,
 De sus virtudes en premio,
 Su bendicion, y maridos
 De amor conyugal modelos.
 Y ordena y manda al que vive
 Calle del Humilladero,
 Número décimo cuarto,
 Segundo piso del centro.

FIN.

GLORIFICACION

DEL DOCTOR

DON FRANCISCO SUÑER Y CAPDEVILA.

GLORIFICACION

DEL DOCTOR

D. FRANCISCO SUÑER Y CAPDEVILA,

Linterna, candil, farol,
Y vela y cirio pascual,
Cuya luz descomunal
Oscurece al mismo sol;

Y JUSTO Y MERECIDO ELOGIO

De católicas Damas españolas,
Dignas de refulgentes aureólas,
De alabanza y magníficos loores
Tributados por dignos trovadores;

Humilde produccion ó quisicosa,
Escrita, y no limada, en verso y prosa

Por ferviente católico Romano,
Español por supuesto ciudadano,

A quien de Dios y Patria amor inflama.
¿Quiere saber usted cómo se llama?

GASPAR BONO SERRANO,

CURA PÁRROCO CASTRENSE RETIRADO,

Benemérito de la Patria, Caballero de la distinguida Orden española de Carlos 3.º, Comendador de la Americana de Isabel la Católica, condecorado con las Cruces de distincion de Bilbao y Morella, ex-Preceptor de latinidad del Establecimiento complutense agregado á la Universidad Central, ex-Profesor de historia, Religion y moral en el Colegio de Cadetes de Caballería, entre los Arcades de Roma Argiro Lalmio, Socio Corresponsal de la Academia de Buenas letras de Sevilla, Individuo de mérito literario de la Bibliográfico-Mariana de Lérida, Socio de la Económica Numantina de Soria y de la de Amigos del pais de Zaragoza.

MADRID:

IMPRENTA DE LA VIUDA DE AGUADO É HIJO.—PONTEJOS, 8.

1869.

ADVERTENCIA,

PRÓLOGO,

aviso, proemio, preámbulo, prolegómeno, ó lo que sea.



No es difícil ni inverosímil que haya españoles tan ignorantes y españolas tan estúpidas, que en todos los días de su vida hayan oído hablar de Cervantes, de Don Quijote y Sancho Panza.

No es imposible que á las Batuecas y aldehuelas mas pobres y olvidadas, y cortijos mas trasconejados de la Península, no hayan llegado todavía los nombres de S. A. el Regente del Reino, y del general Prim, y del brigadier Topete, y del ciudadano Rivero, y del diplomático Don Salustiano, y otros y otros, en fin, no menos famosos y renombrados en Europa y todo el orbe.

Si pescan entre sus uñas
Este opusculo mio,

Que bien tasado no vale
 Ni un ardite ni un comino,
 Las manos de algun lector,
 Feo, ceji-junto, bizco,
 Crítico mal humorado
 Y muy descontentadizo,
 Grave me dirá: «Buen viejo,
 »El sensorio habeis perdido,
 »Y estais tocando el violon
 »Como un travieso chiquillo.
 »No hay hombre, mujer ó anciano,
 »Joven, rapazuela ó niño
 »Que pueda ignorar los nombres
 »De sus gefes y caudillos.»

A tal objecion responderé con la serenidad y continente de Ajax, al desafiar los rayos de Júpiter, segun cuenta el buen Homero; que siendo yo mozalbete estuve en la Zoma, lugarejo insignificante de la sierra de Aragon, donde á escepcion del cura, que era el único que sabia leer, nadie habia oido mentar á Napoleon I, ni á sus huestes invasoras, que es mas, á pesar de haber estas hecho tanto ruido el 2 de mayo en Madrid, y despues en Zaragoza, Gerona, la Albuera, los Arápiles y Vitoria. Repito, pues, y reflauto, como decia Fr. Gerundio, que no es un imposible lo susodicho.

Lo que yo no creeria jamás de los jamases, aunque dijera lo contrario el mismo lucero del

alba, es que haya un solo español aquende y allende los mares, que no conozca el nombre del Sr. D. Francisco Suñer y Capdevila.

Mucho han escrito, para ensalzarlo por supuesto, clérigos, seglares, periodistas, teólogos, hombres doctos, literatos de tijera, folletineros, etc., etc. Si se reuniesen todos los escritos que en su loor se han publicado, formarian razonable número de volúmenes.

Como yo tambien, por mis pecados, pertenezco á la turba-multa de los que embadurnan papel (porque al presente somos mas los que escribimos que los que leen), quise dias pasados publicar algunos articulejos sobre las filosóficas, y sanas, y religiosísimas doctrinas del sábio doctor y diputado ilustre.

Pero pensándolo mejor, despues de haber leído y aun estudiado algunos importantes y sólidos opúsculos, que graves y doctos varones han publicado sobre el particular, he creído, y creo, que terciar yo con mi mal tajada péñola en el asunto, además de no poderlo hacer tan bien como los dichos escritores, era lo mismo *que llevar vasos á Samos*, como decian los cultos griegos, ó arrojar una vinajera de agua en el fondo del océano, como dirian los sacristanes de Santurce, Castrourdiales ó Sopusuerta.

No obstante lo dicho, si desistí de echar mi cuarto á espadas, como dicen los gariteros, renunciando sin dificultad á escribir en prosa, no

pude resistir á la tentacion (Dios me perdone) de perjeñar el romance ó jácara siguiente, que suplico á mis benévolos lectores se sirvan recibir con indulgencia, en gracia de mis buenos deseos de realzar y enaltecer mas y mas, como buen español que soy por la misericordia divina, el ya famoso renombre del famosísimo Sr. Don Francisco Suñer y Capdevila.

Si niegas como yo á Dios,
Cual filósofo profundo,
Sábios de pro, voto á brios,
Asombraremos al mundo
Nosotros, nosotros dos.

(*Poesias inéditas, anónimas y acéfalus.*)

ROMANCE.

Respetable ciudadano,
Esplendorosa lumbrera
De las Cortes, sol del siglo,
Honor y gloria de Hesperia.....
¿De Hesperia dije? de Europa,
De la humanidad entera,
Desde los tiempos de Adán
Hasta la presente fecha;
Permite que estos renglones
De ocho sílabas (que fueran
Versos dulces y elegantes,
Si el noble ingenio y la vena
De Moratin ó Melendez
Yo venturoso tuviera),
Te saluden este dia
Con urbanidad modesta.
Soy un Clérigo vejete,
Calvo, sin dientes ni muelas,
Flaco, enclenque, chiquitin,
Con tos, ictericia y reuma;
En fin, con mas alifafes
Que tiene una burra vieja,

Salva la comparacion:

Hombre soy, y burra es ella.

Pero, compadre, á pesar
De mi estatura pigmea,
De mis muchas navidades
Y de todas mis dolencias,

Todavía, todavía
Mi feliz naturaleza
Me tiene en pie, y mas alegre
Que sonaja ó castañuelas.

Todavía no me asusto
Al ver matones que ostentan
Largos bigotes, trabuco,
Puñal y espada tremenda.

Todavía, con bonete
Hablaria, ó con montera,
Sin temblar mis pantorillas
Ni trabármeme la lengua,

Al capitan Serrallonga,
Que cual si fuesen cerezas,
Díz que cien chiquillos crudos
Se tragaba por merienda.

Todavía de paseo
Acostumbro andar tres leguas,
El dia que no estoy cojo,
Por no dolerme las piernas.

Todavía á la pelota
Suelo jugar con frecuencia,
Tiro á la barra y al canto
Cual los jaques de mi tierra,

Porque soy aragonés
(Muy cerrado de mollera),
Para servir á mi Dios,
Y á ti tambien, dulce prenda.

Todavía contar suelo,
Como allá en mi adolescencia

Cuando lucia el tricornio,
Chascarrillos, historietas,

Que al aire arrojan mis canas,
Y á mis oyentes alegran.
Y á todos reir nos hacen
Como lelos ó babiecas.

Todavía en tono grave,
Y gimiendo de tristeza,
Prolijo, cual otro Nestor,
Suelo referir escenas

De horror, de sangre y de luto
Que la nacion aún lamenta;
Escenas que presencié
Allá de Andía en la sierra,

En las cumbres de Arlabán
Y del Nervion en la vega,
Cuando hermanos con hermanos
Lidiaban con saña fiera.

Dios perdone á pecadores
Que la discordia fomentan,
Y en otra lucha intestina
Sumir á España desean.

Todavía, si Espartero
A desenvainar volviera
El acero de Luchana,
De Guardamino y Morella,

Yo tornaría á su lado
Como en la civil contienda,
Y á sus héroes moribundos
Absolveria mi diestra:

Héroes ornados de lauros,
Que con la calma serena
Del varon justo morian,
Porque católicos eran.

Oyelo, Suñer, abriendo
De par en par las orejas,

A fin de que esta verdad
Que te digo llegue á ellas.

Mas dejemos, camarada,
Melancólicas ideas,
Pues no es fácil nos aflija
Otra fratricida guerra.

Quiéralo el cielo, y así
Dichosa la patria nuestra
No llorará, en tanto rian
Las naciones extranjeras.

Hablemos de otro negocio,
Es decir, de la *materia*
Que á tu noble y levantado
Corazon mas lisonjea.

Me refiero á la aureóla
De gloria imperecedera
Que embellece, que realza,
Que da luz á tu cabeza.

Es tan admirable y tanto
El brillo de la luz esta,
Que de una noche de truenos
Puede ahuyentar las tinieblas.

No, no morirá tu nombre:
Aunque yo no soy profeta,
Ni lo fueron mis abuelos,
Ni nadie en mi parentela,

Yo te juro por Apolo
Y por sus hermanas bellas,
Que vivirás de la historia
En las páginas eternas.

¡Suñer, vivirás!!! La grande,
Alta, sublime y escelsa
Nombradía que adquiriste
Con tus folletos y arengas,

Ha dejado ya en el mundo
Mucho mas brillante huella

Que el matutino lucero
Y la lámpara febea.

Del esplendor de tu fama
¿A quién la fúlgida estela
Eclipsar es permitido
En el cielo ni en la tierra?

Recibe, pues, de este Cura
La cordial enhorabuena,
El parabien mas cumplido,
La alabanza mas completa.

No considero imposible
Que allá en el siglo noventa,
Ó en el milésimo siglo
(Si hay aún varones y hembras),

Nadie recuerde á Galeno,
A Hipócrates y Avicena,
Y en el arte de curar
A otras fúlgidas lumbreras.

No es muy difícil que entonces
De Pirro, Alejandro, César,
Napoleon, Jaime el Barbudo,
Y Timantes y Orbaneja,
Muertos de risa, olvidados
En el panteon ó huesa,
Los nombres hoy retumbantes
La fama calle parlera.

¿Quién asegura á Bismarc,
O al vencedor de Magenta,
Que llegará su renombre
A tan lejanas calendas?

De seguro la grandiosa
Maravilla que hoy ostenta
El Escorial, realzando
El génio del grande Herrera,
Habrá desaparecido
Como el polvo de las eras,

Cuando la paja y el grano
Furioso aquilon avienta.

¡Morir, empero, tu nombre!
Caro Suñer, no lo creas,
Aunque el orbe todo entero
A una voz te lo dijera.

Al médico, al diputado
Por la Numancia moderna (*)
Aplaudirán entusiastas
Las edades venideras.

Lo creo, ni mas ni menos
Que creo que es la pez negra,
Blanca la nieve, y oscuras
Las alas de la corneja.

Antes el Tajo y el Ebro,
Guadalquivir y Pisuerga
Dejarán con sus corrientes
De fecundizar á Iberia,

Que tu ilustre nombradía
Oscurecer, borrar pueda
El cruel tiempo, ó el diablo
Con su atezada caterva.

¿Por qué, Suñer de mi alma,
Por qué yo no soy poeta,
Sino insípido coplero
Que halla lectores apenas?

¿Por qué, por qué este romance,
Digno de las callejuelas,
Escribir tan solamente
Me permiten las Pimpleas?

¿Por qué soy soldado raso,
O mejor, pobre trompeta
En la república insigne
De las Musas y las letras?

(*) Gerona.

¡Oh, si mis hombros ornáran
Las brillantes charreteras
Que lucian Garcilaso,
Y Noroña y Espronceda!

Entonces ¡ay! mi renombre
En magnífica epopeya,
Enlazado con el tuyo
Volaria á las estrellas;

Y desde allí descendiendo
Con rápida voltereta,
Llegaría á los confines
Mas opuestos de la tierra;

Y salvaria los siglos
Al par de tu fama egregia
Yo, yo, ¡qué dicha! cual otro
Preclaro cantor de Tebas.

¿Por qué soy un mentecato?
¿Por qué en mi pobre mollera
Hay poca sal, como dicen
Los del Perchel y Mairena?

¡Perdon, Dios mio, perdon!
Adoro tu Providencia
Y voluntad siempre justa,
Que á unos da lo que á otros niega.

Dadme amoroso, Dios mio,
Resignacion y paciencia,
Por no adornarme el talento
Que tanto Suñer demuestra.

Ese talento admirable
Que ha negado tu existencia,
La que ven hasta los topos
Aunque no tienen linternas.

¡Filosofía sublime!
¡Gran capacidad y ciencia
Las del doctor, que enaltece
A Barcino la opulenta,

Y á la ilustre Cataluña,
Donde felices nacieran
Paulo Orosio y Jaime Balmes,
Y tantos hombres de letras!

Pero, pardiez, tales sábios
¿Qué valen en competencia
Con Suñer y Capdevila?
Lo que niños de la escuela.

Prosigue, exímio Doctor,
En tu laudable tarea
De predicar ateísmo
Que las virtudes fomenta.

Te lo voy á demostrar
Con historia verdadera,
Que ilustre paisano tuyo
En doctas páginas cuenta.

El que *la Filosofía*
Publicó de *la elocuencia*,
Y otros libros inmortales
Que son prez y gloria nuestra.

Refiere un hecho curioso (1),
Que pega aquí como pegan
En un baile de candil
La bandurria y la vihuela.

Oyelo con atencion,
Sin perder sílaba ó letra,
Y de tan grave suceso
Sacarás la consecuencia.

Cuando nos vino de allende
La famosa Enciclopedia,
Algunos la fe abjuraron
De la católica Iglesia;

Entre ellos preclaro ingenio
Como el tuyo (no se ofendan
De mi sincera lisonja
Tu gravedad y modestia).

El tal ingenio casó
Con bellissima doncella,
Tan candorosa y cristiana
Como su madre y su abuela.

El ilustrado, el discreto
Marido, al ver tantas prendas
De virtud y de hermosura
En su dulce compañera,

Creyó estaban desdoradas
Por la infantil inocencia,
Por la fe y la devocion
De su amada Timotea.

Repugnábale muy mucho
Al pie de las aras verla
Con el rosario en la mano,
Rezando humilde y modesta.

Quiso, pues, filosofarla,
A fin de lucir con ella
En reuniones brillantes
Y en su tertulia casera,

Donde sábados y jueves
El buen Don Gil Bengochea
Reunia á los amigos
Y compinches de su escuela,

Enciclopedistas puros,
Privilegiadas cabezas,
Muy pensadoras, de nobles,
Y dignas y altas ideas.

Comenzó por enseñar
A su consorte la lengua
Del gran Voltaire, como llaman
Al de Ferney las francesas.

Desde luego tradujeron
La *Pucelle* y otras novelas (2)
Del mismo, con la *Eloisa* (3)
Que publicó el de Ginebra.

Tambien quemó el digno esposo,
Sin que su mujer lo viera,
El Kempis, devocionario
Y obras de Santa Teresa,

Que la regaló otro tiempo,
Allá en la casa paterna,
El viejo Prior del Carmen,
Director de su conciencia.

En suma, trabajó tanto
Con argumentos, leyendas,
Sofismas, chistes picantes,
Y burlas y chanzonetas,

Sobre todo con su ejemplo,
Que al fin logró hacer atea
A su costilla, y ufano
Cantó victoria completa.

Ahora viene lo mejor,
Es decir, la moraleja,
El efecto, el resultado,
La precisa consecuencia.

Era la Semana Santa,
Viernes por cierto; la Iglesia
Con luto y grave silencio
Día tan triste celebra.

Las campanas de las torres
No sonaban vocingleras,
Y Madrid al sacro Oficio
Asistía de Tinieblas.

El buen marido entretanto,
En alegre francachela
Con sus amigos, de Dios
Se reía á boca llena.

Albricias, chicos, albricias,
Apurando una botella
Esclamó, mientras los labios
Limpió con la servilleta.

«Albricias! triunfo admirable
Hoy logré. Mi Timotea
En Viernes Santo almorzó
Jamon, anguila y chuletas.»

—*Viva Don Gil*, todos claman,
Y le dan la enhorabuena,
Y con báquico entusiasmo
Al triunfador victorean.

Vamos á ver la Señora,
Ya por fin es de las nuestras,
Uno grita algo beodo
Con mirada picaresca.

—*Poco á poco* (amostazado
Responde Don Gil), *mi buena*
Y fiel mitad no es de nadie:
¿Oye usted, señor bodega?

—*No lo decia por tanto,*
El camarada constesta
Con sonrisita burlona,
Algo, y aun mucho, siniestra.

«Señores, paz entre amigos,
»Dejad á un lado reyertas;
»No hagais caso, amado Gil,
»De dichos y bagatelas.
»Que no se hable mas del caso.
»Las copas, el café vengan;
»Bebed en buena armonía,
»Amistad jurando eterna;»

Conciliador así dice
El director de la fiesta,
Y Don Gil abraza al otro,
Y este en su seno lo estrecha,
Y beben, cantan y brindan,
Y suena blando y resuena,
Cual dulce acorde en el arpa
Que mano pulsa maestra.

El nombre de la heroína,
De la filósofa egregia,
Que se mofó del ayuno
De la vigilia y Cuaresma.

Y continúan bebiendo,
Tanto que alguna cabeza
A medios pelos ya estaba;
Tal vez á peluca entera.

Uno mal aconsejado,
Que veía candilejas
Al mirar do quier, un libro
Sacó de la faldriquera,

La Lira de Medellín,
Que escribió el festivo Iglesias,
Y riendo á carcajadas,
A gritos comenzó á leerla,

Don Gil, filósofo grave,
Que odiaba las borracheras,
Indignas de hombres como él,
De formalidad y ciencia,

Tomó al instante el sombrero
Frunciendo torvo las cejas,
Y se dirigió á su casa,
Asaz mohino y de priesa.

Aquí fué Troya: en sus lares
No encontró á su compañera,
A su idolatrada esposa,
Al consuelo de sus penas.

Buscóla con inquietud
Entre amigas y parientas
Y vecinas: ¡Cosa estraña!
Hasta la buscó en la iglesia;

Mas ¡ay! en vano. Tras muchos
Días, noches, diligencias,
Sudor y angustias y afanes,
Y preguntas y respuestas,

Supo al fin que á la Señora,
Disfrazada de pasiega,
Con otro prójimo vieron (4)
Embarcarse en Cartagena.

Letrillas poco embozadas,
Sarcásticas espinelas,
Coplillas á lo Quevedo,
Con picantes indirectas,

Llovieron y granizaron
Sobre la pobre cabeza
De Don Gil, que perdió al cabo
Su estoicismo y su flema.

Una mañana de abril,
Del Canal por la pradera
Digno padre con sus hijas
Ufano andaba de huelga,

Cuando vieron con espanto
De las aguas verdinegras
El cadáver estraer
Del infeliz Bengochea.

Venerable Sacerdote,
Al presenciar la tragedia,
Contó al padre de familias,
Y á sus niñas, de horror llenas,

La triste y aciaga historia
Del matrimonio, que hubiera
Sido modelo admirable
De cónyuges en la tierra,

Si el filósofo Don Gil,
En vez de la Enciclopedia,
El *Kempis* y *Año cristiano*
A su consorte leyera.

¿Qué tal, compadre Suñer?
No te dije que son buenas,
Muy rebuenas y loables
Tus religiosas ideas?

Sigue en tu filosofismo.
 Habla como un sacamuelas,
 Predica, perora, suda
 Para que suden las prensas,
 Y las columnas ocupes
 De periódicos ochenta,
 De ciento, de mil: escribe
 Mas que el Tostado escribiera,
 Ya que tienes, picaruelo,
 Fecundidad y elocuencia
 Mas que el orador de Roma,
 Mas que el orador de Atenas;
 Prosigue un año y dos años,
 Y toda la vida entera
 En tan honrosos afanes,
 En tan laudables tareas.
 A la España sin ventura,
 Donde todos somos bestias,
 Pero bestias, *nota bene*,
 De albarda y largas orejas,
 Menos tu, vástago digno
 De los sábios y lumbreras
 Del siglo décimooctavo,
 Astros y soles de ciencia;
 A la envilecida España
 (Este Cura te lo ruega)
 Hasta desasnar del todo
 No desistas de tu empresa.
 ¿Quieres que todos seamos
 Gente de pro, de decencia,
 Dignos de alternar contigo
 Sin que te cause vergüenza?
 ¿Quieres buenos ciudadanos,
 Que sumisos obedezcan
 A la voz de los Alcaldes,
 Cual soldados en la guerra?

A propósito, Suñer:
 Si Luis Napoleon intenta
 Honrarnos y engrandecernos
 Con otro Pepe Botellas,
 ¿Quieres que España se lance
 Cual un hombre á la pelea,
 Un hombre solo, y humille
 Cual entonces al de Jena?
 ¿Quieres que padres y madres,
 Hijos y nietos y nietas,
 Hombres, mujeres..... y todos
 De virtud modelo sean?
 ¿Quieres trasformar á España
 En otra Jauja? ¿Deseas
 Que atemos con longanizas
 A los perros y las perras?
 ¿Pretendes que en Paraiso,
 Donde la pícara Eva
 Comió la negra manzana,
 Esta nacion se convierta?
 Pues prosigue, Suñer mio;
 Que si en trabajar no cesas,
 Y logras por fin hacernos
 Ateistas como anhelas,
 En lugar de los Cisneros
 Y políticos de acelga
 Que á la nacion española
 Gobernaron otra era,
 Tendremos aquí Dantones,
 Robespierres y otras prendas,
 Que en Francia de amor fraterno
 Dejaron brillantes huellas.
 En lugar de Arias Montanos,
 Y Cervantes y Teresas,
 Y otros mil escritorzuolos
 Que no merecen la pena,

Nos ilustrarán ¡ó dicha!
 En la política ciencia,
 Literatura y moral,
 Marat y cien de su escuela.
 Suñer, Suñer, continúa:
 Ya veo que no te arredra
 De los curas y del pueblo
 La ignorancia crasa, ¡espesa!
 ¿Y las benditas mujeres?
 ¡Válgame Dios con las hembras!
 Diz que á muerte, despiadadas,
 Te han declarado la guerra.
 ¿Es verdad que cada día
 Recibes, pero á docenas,
 Cartas en prosa y en verso
 Escritas por manos bellas?
 Quiero hablarte en confianza:
 Aseguran malas lenguas
 Que el apetito y el sueño
 Te quitan las bachilleras.
 ¿Por qué airadas te combaten
 Como leonas, sin tregua
 Ni reposo? ¿No estarian
 Mejor haciendo calceta?
 ¡Pobrecillas! ¡Pretender
 Andar con la pluma á vueltas,
 Y en lides con el Doctor
 Mas famoso de la tierra!
 ¿Y por qué, Suñer amigo?
 ¡Pse! por una friolera,
 Porque negaste á la Virgen
 Su *integridad y pureza*....
 Pureza que como dogma
 Desde su origen veneran
 En Oriente y Occidente
 La Iglesia latina y griega.

Pureza que hasta los moros
 Hoy acatan y respetan,
 Sin esceptuar los kabilas
 Que en montes viven y selvas.
 Pureza y virginidad
 Loadas con reverencia,
 De Toledo y toda España
 En concilios y asambleas.
 Pureza que veneraron
 Las Badas y Recibergas (5),
 Y Marías de Molina,
 Isabeles, Berenguelas;
 En suma, cuantas mujeres,
 Ricas y pobres y reinas,
 Hijas humildes del pueblo,
 Infanzonas ó plebeyas,
 Nacieron en suelo hispano,
 Desde que en la fértil vega
 Del Ebro, el Pilar bendito
 De la Virgen se venera.
 ¡Y por tan poquita cosa,
 Por tan fútil bagatela,
 Olvidadas de la aguja,
 Del dedal y las tijeras,
 Hoy las damas españolas
 Con billetes te molestan,
 Y te zurren la badana,
 Y mal parado te dejan!
 ¡Y briosas y valientes
 Mas que heroínas de Grecia,
 Contra tu noble persona
 Y tus doctrinas pelean!
 No hacer caso, buen Suñer.
 ¿Qué tienes que ver con ellas?
 O aturrúllalas, cual sabio,
 Y que callen á la fuerza.

Y si no te fuere fácil
 En un zapato meterlas,
 O al silencio reducir las
 Para que á charlar no vuelvan,
 En vez de paños calientes,
 Y folleticos y arengas,
 Publica luego ese libro
 Que los doctos de ti esperan.
 Ese in-folio, ese volúmen,
 Que consta ya de dos resmas
 De papel, segun afirman
 Tu aguador y lavandera.
 Cuando imprimas esa obra
 (La mas científica y seria
 Que vió la luz en la patria
 De Séneca y Juan de Mena),
 Entonces, ¡ó Dios! entonces
 (El cielo piadoso quiera
 Que este pobrecito anciano
 Tan feliz aurora vea),
 Entonces, caro Suñer,
 Los de *estrangis*, que detestan
 Por envidia al español,
 Y su heroismo y sus letras,
 No nos llamarán *salvajes*,
 Cual Voltaire á boca llena
 Nos ha llamado en un libro,
 Que tengo en mi biblioteca.
 Entonces ya no dirán,
 Cual hoy dicen, que comienza
 La bárbara Mauritania
 En las faldas pirineas.
 Al contrario, con respeto
 Y cortesía y modestia,
 Al oír de España el nombre,
 Descubrirán su cabeza;

Y la patria agradecida,
 Cual madre amorosa y buena,
 Te levantará una estatua,
 No de yeso ni de piedra,
 Sino de oro y de diamantes
 Mas gruesos que berenjenas,
 Y pimientos de Logroño,
 Y melones de Valencia.
 No faltará algun banquero,
 Digno, espléndido Mecenas,
 Que aflojando los cordeles
 De sus cerradas talegas,
 Aprontará generoso
 Diez ó doce mil pesetas,
 Para que sirvan de premio
 Y de estímulo á las letras.
 Certamen se abrirá honroso,
 Y lo dirá la *Gaceta*,
 El *Imparcial*, la *Esperanza*,
 En suma, toda la *Prensa*.
 Al tratarse de una gloria
 Nacional, y hasta europea,
 ¿Quién reparará en pelillos,
 Opiniones y miserias?
 Trovadores y prosistas
 En loable competencia,
 Cortarán muy bien la pluma
 Para celebrar la fiesta.
 Y el mas fecundo de todos,
 Despues de noches cincuenta
 De sudor y de vigiliass
 Y pasar la pena negra,
 Estudiando, discurrendo,
 Rascándose la mollera
 Y mordiéndose las uñas
 Para hacer una quarteta,

Recibirá el noble lauro,
De su ingenio recompensa,
Por la siguiente inscripcion
A la estatua gigantesca:

Catalanes, españoles,
Pueblos todos de la tierra,
Soy Suñer y Capdevila;
¿Y no os quitais la montera?

(Octubre de 1869.)

NOTAS.

(1) De este notable y trágico suceso habla el célebre catalán D. Antonio Capmani y Montpalau en un opúsculo que tengo á la vista, precioso como todas sus obras, y publicado en Cádiz en la imprenta Real, año de 1811. Hé aquí su título: *Carta de un buen Patriota que reside disimulado en Sevilla, escrita á un antiguo amigo suyo domiciliado hoy en Cádiz*. Aquel esclarecido y cristiano escritor no hace mas que indicar por incidencia el hecho en cuestion, porque otro era el principal objeto de su importantísima carta.

Las especiales y tristísimas circunstancias referentes al matrimonio de D. Gil y Doña Timotea, al olvido del santo temor de Dios en que incurrió esta desventurada señora, á sus extravíos y abandono de la casa conyugal, al suicidio, en fin, del bárbaro y criminal marido; estas circunstancias y particularidades, repito, me las contaron D. Eugenio Tapia, D. Juan Nicasio Gallego y la Princesa de la Paz, que conocieron y trataron con mas ó menos intimidad á los infortunados esposos. Tapia y Gallego me recitaron, y no una vez sola, algunos de los epigramáticos versos (dignos por cierto de Quevedo y de Iglesias) con que ingenios anónimos y malignos zahirieron cruelmente al desdichado D. Gil.

La Princesa de la Paz, que hasta su muerte me trató con suma benevolencia, porque en el Colegio militar de Valladolid fui maestro de su nieto D. Carlos Arturo Godoy, me dijo varias veces, hablando de la figura de Doña Timotea, que era tan hermosa, sobre todo su cabeza, que esta era digna de ser modelada en bronce ó en mármol para adorno de un Museo. ¡Qué lástima de cabeza! ¡Pobre señora! ¡Pobre marido!

(2) El infame Voltaire, entre otras fazañas dignas de

su corazón corrompido y hediendo y de su estraviada cabeza, quiso poner en ridículo, en su libelo *la Pucelle*, á la angélica y valerosa Juana de Arco, heroína la más ilustre que tienen los franceses. ¡Qué buen patriota era Voltaire!

(3) La *Nueva Eloisa*, de Juan Jacobo Rousseau, ciudadano de Ginebra. Otro santo Padre de la Iglesia, como el anterior. Estos dos penitentes, aunque se picaban de filósofos, por *envidia literaria*, que es feroz y cruel en superlativo grado, se mordían como perros con rabia ó como demonios del infierno. ¡Cuánto se reirá el pensador D. Francisco Suñer y Capdevila cuando lea estos mis últimos renglones! Eso más tiene que agradecerme su merced.

(4) Este *prójimo* era un escritor envidioso, y voltariano por añadidura. Los Sacerdotes y Confesores (con perdón del Sr. Suñer) podemos decir el pecado, pero no el pecador.

(5) La reina Bada era digna esposa del católico y piadoso Recaredo. Reciberga, virtuosa reina goda, mujer de Recesvinto. Doña Berenguela fue madre de San Fernando; y no digo más en su elogio, aunque habría mucho y muy bueno que decir.

Doña María la Grande, ó de Molina, no está desairada ni mucho menos al lado de Doña Isabel la Católica, una de las princesas más ilustres que han reinado en la tierra.

(6) Al folleto *Dios*, publicado por el Sr. Suñer y Capdevila,

EPIGRAMA.

Aunque magnífico es,
Capdevila, tu volumen,
Mil envidiosos presumen
Lo escribiste con los pies.
Pero no tienen razón,
Voto al diablo: lo aseguro,
Gran filósofo, y te juro
Que es digno de Salomón.

(7) Este folleto consta de 46 páginas. En la octava dice el autor con mucha formalidad, *que Dios no cabe en la ciencia*. Es preciso hablar con seriedad, y dar á cada uno lo que le corresponde en justicia. Alfonso el Sabio, Luis Vives y Fray Luis de Granada, y el Maestro Leon, y el Abulense, y Melchor Cano, y Cervantes, los Argensolas, Jovellanos, Balmes, etc., etc., no sabían lo que se pescaban cuando invocaban al Omnipotente con las rodillas en tierra. Si hubieran estudiado los luminosos escritos del Doctor de Barcelona..... ¡Pobrecillos, no fueron tan dichosos!

Otro pelo les luciera,
Otro gallo les cantara,
Y su luz resplandeciera
Como resplandece clara
La de Suñer..... ¡Gran lumbrera!...

(8) En la pág. 12 dice, que *Dios es posterior* al hombre. Una pregunta suelta, mi respetable doctor: ¿Qué fué antes, la gallina ó el huevo? Si me respondeis categóricamente, os prometo pedirlos prestado por favor el bisturí, y cortarme las orejas (de los zapatos).

(9) Página 25. Dice que *Dios es un vestido de arlequin, aquí roto y allí descosido*.

De su jaula en un rincón
 El pobre loco Beltrán
 Me dijo en cierta ocasión:
 «Ni son todos los que están,
 »Ni están todos los que son.»

No quiero infernar mi alma, ni que me llamen *Pelagiano* en lugar de *plagiario*, como decía una monjita novicia al leer las crónicas de su Orden en el refectorio mientras comía la *santa comunidad*, como decían nuestros piadosos mayores.

La quintilla anterior no es obra mía. Solía cantarla mi abuela cuando estaba de buen humor, que era pocas veces, porque era muy vieja y regañona.

(10) Página 28. Habla de sus dos niñas, Carolina y Julia, que, según nos dice su buen padre, *no van nunca á la iglesia, ni menos se arrimarán jamás al confesionario*. ¡Ángeles de paz y de inocencia! ¡Criaturas tan candorosas como desgraciadas! Dios las bendiga, y las mire con ojos de misericordia.

Para esas bellas niñas
 Al cielo pido
 Fe cristiana, virtudes
 Y un buen marido.
 Y de este modo
 Serán las más dichosas
 Del mundo todo.

Santa Teresa de Jesús nos dice, que uno de los mayores beneficios que podemos recibir de Dios Nuestro Señor, *es nacer de padres cristianos y virtuosos*.

A JESUS CRUCIFICADO.

ORACION.

Dios mío, que en esa cruz
 Clavado, con tanto amor
 Esperas al pecador;
 Ilumina con tu luz
 Al incrédulo Doctor.

Y al grito de la conciencia,
 Sus errores en el templo
 Abjurando sin violencia,
 De sus hijas la inocencia
 Imitará el buen ejemplo.

No quiero privarme de la grata satisfacción de copiar aquí literales las bellísimas y sentidas frases del Sr. D. Nicolás María Serrano, joven y distinguido abogado del colegio de Madrid, en las páginas 8 y 9 de su precioso opúsculo: *El Dios de Suñer y Capdevila*. Son las siguientes. «Poneos frecuentemente en trance de última despedida de vuestras queridas hijas Julia y Carolina; y cuando la nada no os aterre, id al pie de los sepulcros á interrogar qué se hizo el orgullo de aquellos muertos. En mis pobres oraciones ruego por vos y por vuestras hijas queridas Julia y Carolina; ruegan por vos también mi esposa querida (de quien aprendí lo poco bueno que practico), mis amados padres, y unos ángeles como vuestras hijas; hijas que os dió Dios, ¡quién sabe si para salvaros con la pureza de su alma y la pureza de su corazón!» Hasta aquí mi tocayo de apellido.

No terminaré esta nota sin referir á mis bondadosos lectores una cosa, que sin duda los dejará bizcos y tu-

relatos, como yo quedé cuando me lo contaron testigos de vista de mayor escepcion.

Cuando D. Enrique O'Donell fue atacado en el palacio de las Cortes del súbito accidente que lo hundió en la eternidad á los pocos momentos, el Sr. Suñer y Capdevila, que presencié aquel ataque mortal (como todos los demás diputados), y cual doctor en medicina conoció mejor que otros que el General se moria sin remedio, gritó en alta voz: *¡La Uncion! ¡Que traigan la Uncion! ¡Que den la Uncion al General!.... ¡Que está en la agonía!*

Es para volverse loco.
No lo entiendo, no lo entiendo,
Y por lo que yo comprendo,
Ni Capdevila tampoco.

(11) Página 35. Dice que con su ateismo *nos abre los ojos para salir del engaño y para que encontremos la verdad.*

Gracias, amable Doctor,
Gracias por tanto favor:
Aunque me llames *cegarra*,
No lo admito, buen señor.....
Soy Clérigo de zamarra.
Ilumine tu parola
A otros mil, y tu aureola
Siga despidiendo luces:
No todos son avestruces,
Ni arrimados á la cola;
Como este Cura insensato,
Que tu ciencia y tu talento
Por no entender, mentecato.....
Se libra de ser jumento
O mulo de maragato.

Oiga V., Doctor desventurado, sírvase V. escuchar á un Sacerdote anciano, que cuenta mas Navidades que V., y quizá que su señor padre, si es que para dicha de V. vive todavía. Le hago á V. el favor de suponer, que por

hablar con Curas que tenemos tantas canas (*cabellos blancos* las llaman los galo-parlistas) como pocos dientes y muelas, no creerá V. desdorar su muceta y su *bolrra*.

Calrros el de *Belrranga*
Va por melrruza,
Y encontrando á la *Pelrra*
Ella se *bulrra*.
Y al ver su *bolrra*,
Le dice: *Calrros, Calrros*.
Vaya una honra.

VARIACIONES.



Queridísimo Suñer,
Olvida, te ruego, olvida
La anterior descabellada
Insípida seguidilla,
Que *jugandillo* escribí,
Como allá en Andalucía
Suele decir gente *crua*,
Y á veces la gente fina.
Si te acomoda y te place,
Respóndeme por tu vida
A una pregunta pueril,
A una pregunta sencilla.
Si de Dios no somos hijos,
Como dice la doctrina
Que las madres nos enseñan
En nuestra feliz puericia,
¿Quién el padre fué del hombre
Primero y de su costilla,
Por cuya union nuestra raza
Se ha propagado hasta el día?
Si de Dios no somos hijos,
Por consecuencia precisa,

Que jamás podrá negar
Toda tu filosofía;
¿No es forzoso que seamos,
Cual pollinos y pollinas,
Hijos de burra..... ó de monos,
Que Sierra-Bullones cria?
Si á ti te agrada esa alcurnia
Tan ilustre como antigua,
Buen provecho, y nunca temas
Te la dispute la envidia.

Con una gravedad verdaderamente catoniana, el sábio Doctor catalán, hablando de los clérigos, dice estas literales palabras: *Confesad que el Cura es feo, horriblemente feo.*

A MI AMIGO ROQUE.

ROMANCE.

El filósofo Suñer
(Nadie conmigo se enoje)
Es por su gentil figura
El mas bello de los hombres.
Me contó un paisano suyo,
Ampurdanés formalote,
Que le conoce y le trata
Desde que lleva calzones,
Que al estudiar Medicina
En Cervera, ó no sé dónde,
El Doctor hoy envidiado
Por su glorioso renombre,
Solteras pollas, jamonas,
Señoritas, maritornes,
Gitanas, blancas, morenas,

Artesanas, ricas, pobres,
Al ver gallardía tanta,
Y su andar airoso y noble,
Y su aquel..... por él toditas
Dábanse de mojicones.
¿Por qué fatal desventura
De Grecia los escultores,
Al Adonis de Barcino
Nunca vieron los vigotes?
¡Ah! si hubieran atisbado
Al hermosísimo joven
Aquellos grandes artistas,
Prez y admiracion del orbe,
Por sacar con el cincel
Su busto, querido Roque,
Se hubieran roto la erisma
Cual palurdos con garrotes,
Y la estatua de Suñer
Desde los tiempos de estonces
Serviria de modelo
A extranjeros y españoles.

Habrán ustedes sin duda visto en manos de fosforeros, fumadores ú otras personas, cajillas de fósforos que tienen en la tapa una caricatura de nuestro Doctor. Las tales cajillas corren por toda la villa de Madrid. Mirándolas de cierto modo aparece la cabeza de un jumento, tan parecido al Rucio de Sancho, como un huevo á otro huevo. Dando la vuelta á la cajilla, aquella cabeza se transforma en la cabeza del Sr. Suñer con esta inscripcion debajo: *el Doctor*. Cotejando la cara de la cajilla con el retrato que se ve al frente del folleto *Dios*, resulta la mas completa semejanza. ¡Válame Dios, qué abuso tan prosáico de la libertad! Tener la osadía de poner en ridículo y convertir en cabeza asnal la filosófica, la pensadora cabeza del profundo y grave Doctor barcelonés!

Me han asegurado personas dignas de crédito, que dias pasados recibió el Sr. Suñer un regalo anónimo, y

era una caja preciosa y elegante llena de paja, con el siguiente billete:

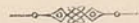
En esa bonita caja
 (Perdonad la pequeñez)
 Remito por esta vez
 La adjunta ración de paja.
 También cebada al instante
 Quisiera poder enviar;
 Pero, Suñer, no ha lugar,
 Es mi marido cesante.

¿No lo dije? Ya pareció el peine. Apenas comenzaron á referirme el cuento, dije para mi balandrán: «Ese obsequio al sabio Doctor, es obsequio de alguna de esas muy Señoras mías, que no se ilustran y desasnan, y sueltan el pelo de la dehesa, leyendo el folleto *Dios*, publicado por el doctísimo y laureado Doctor. Estoy seguro que la obsequiadora que ha tenido tan mal gusto y tan poquísimas discreción, no ha leído jamás (¡fanaticona!) ni los dos famosos libros de Ernesto Renan, ni las filosóficas y morales novelas de Eugenio Sué, Jorge Sand, Víctor Hugo y otras no menos bellas y románticas; ni los folletos, en fin, en que se enseñan las mismas doctrinas que quiere enseñarnos por caridad el esclarecido Sr. Suñer. Apuesto mis zapatillas del año pasado y mis calzoncillos más viejos, á que esa buena Señora pasa las horas muertas, especialmente los domingos y fiestas de guardar, leyendo con profunda atención (vaya una cachaza) la *Guía de pecadores* de Fray Luis de Granada, la *Perfecta casada* del Maestro Leon, la *Filotea* de San Francisco de Sales, el *Combate espiritual* del Benedictino español Fray Juan de Castañiza (y no del teatino Lorenzo Escúpoli, como pretenden las beatas italianas), la *Fabiola* del Cardenal Wisseman, los *Mártires* de Chateaubriand, los escritos de Fernan Caballero, y otros librotos, en fin, con que ignorantísimos clérigos, y estupidísimos frailes, y fanatizadísimos seglares están obstruyendo el paso á la civilización en España y en todo el mundo, sirviendo,

¡qué horror! de maticandelas para apagar las luces del siglo. Esto dije, y esto repito ahora, y concluyo:

Damas cristianas, discretas,
 Con regalos y tarjetas
 (Lo van ustedes á ver)
 Al filósofo Suñer
 Meterán en calzas prietas.
Mala la hubiste, Francés,
En eso de Roncesvalles.

 Compadrito ya lo ves.....
 Mejor será que te calles,
 Médico barcelonés.



Á LA FELIZ TERMINACION

DE

LA GUERRA CIVIL

SONETOS

Por D. GASPAR BONO SERRANO.

Despues de noche tormentosa y negra
El Sol asoma de sereno dia,
Que á corazon entristecido alegre
Así la Patria mia,
Ante el Iris de paz y de consuelo,
Tributa en efusiones de alegría
Himnos de amor y gratitud al cielo.

MADRID:

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE G. ESTRADA, C.^a
Doctor Fourquet (antes Hiedra), 7.

1876

23

Á LAS MADRILEÑAS.

SONETO I.

Hijas del apacible Manzanares,
Vírgenes bellas, ínclitas matronas,
Entonad, cual guerreras amazonas
De victoria dulcisonos cantares,
Y premiad á españoles militares
Con cívicas guirnaldas y coronas,
Orgullo nuestro, envidia de otras zonas,
Que allende bañan contrapuestos mares.
Ornen manos de rosa y azucena
Del Rey la frente con laurel y oliva,
Pues del averno encadenó las Furias;
Mientras yo digo en dulce cantilena,
*¡Vivan las madrileñas; viva, viva
La Princesa dignísima de Astúrias.*

PLEGARIA Á LA VÍRGEN.

SONETO II.

Vírgen inmaculada, bella y pura,
Más fúlgida que el sol del verde Mayo,
Cuando en la cumbre del feraz Moncayo
Realza de las flores la hermosura;

Amor mostrando y virginal ternura
A la nacion cristiana de Pelayo,
Ruegas por ella y de mortal desmayo
Vuelve, al gozar de paz y de ventura.
La pátria digna de Fernando el Santo,
Con filial gratitud hoy reconoce
Tanta y tanta merced y favor tanto.
Para que España un siglo se alboroce,
Escuda un siglo, ¡oh Madre! con tu manto
Al augusto doncel Alfonso Doce.

BODA FELIZ.

SONETO III.

No queremos aquí rey extranjero;
Decia un Zapador á su manola,
Y ella que blasonaba de española,
Respondióle: *Tampoco yo le quiero;*
Y viva Alfonso, viva un siglo entero,
Añadió con sus labios de amapola,
O naciente clavel, que su corola
Entre violetas mil abre altanero.
Los dos con frases de cordial cariño
Interpolando acentos de amargura,
La atroz guerra civil daban al diablo;
Y puleros y aseados como armiño,
Dias despues de boca de su cura
La Epístola escuchaban de San Páblo.

Hoy loca de ventura
Dice la esposa á todos mis oyentes:
Gloria al Monarca, gloria á sus valientes.

AL REY.

SONETO IV.

¡Gloria á Dios, gloria á Dios!.... Madrid espera
Ver ornada tu sien de verde oliva,
La discordia, ¡oh Alfonso! vengativa
Ahogada ya por la nacion ibera.
Del Manzanares la feliz ribera,
Madre de dignos Príncipes altiva,
Contemplar quiere, de tu amor cautiva,
A la Paz tremolando su bandera.
Sin verter sangre, triunfador asomas
Al frente de belígeras legiones,
Aguilas al ganar muros y lomas.
Hoy, jóven Rey, te rinden sus pendones,
Y son mansos corderos y palomas
Los que fueron ayer bravos leones.

EL CONSUELO.

SONETO V.

Gemia augusta y pálida matrona,
Sus ojos tristes fijos en el cielo,
Con sangre al ver enrojecido el suelo,
Para usurpar de Alfonso la corona.

« Dios de bondad, Padre de amor, perdona
« De mis hijos el crimen. Sin consuelo,
« En mi acerbo dolor y pena duelo,
« ¿Tu severa justicia me abandona? »

Dijo la noble España, y un torrente
De amarguísimas lágrimas vertía.

Tras la plegaria que exhaló ferviente.

Mas el Custodio de la Pátria mia
Respondió: *Calma tu llorar doliente;*

El Angel soy de Paz, que Dios te envía.

SANCHO Y SU AMO.

SONETO VI.

Aquel que de los Cárlos llaman *Siete*,
Sin renunciar la no madura breva,
Como el alma infeliz que el diablo lleva,
A todo escape corre sin almete.

Se interna en Francia el volador ginete,
Y antiguo sacristan de Villanueva,
Al fugitivo su adhesion renueva,
Y le dice quitándose el bonete:

Señor! Dejais atras los Pirineos!
¿Me quereis admitir de Sancho Panza,
Para matar de España Filistéos?

Y el amo respondió: *Ten esperanza:*
Volveré y hallarán mis Macabéos
La que hoy perdí trotando régia lanza.

Pensando en la pitanza,
Replicó el del hisopo: *A largo trote!*
Adios ínsula mia, Don Quijote.

LA DESPEDIDA.

SONETO VII.

Véte, Don Cárlos, aunque sea al cielo:
Huye como los gamos, Pretendiente,
Ya que te quiere la española gente,
Como en Vergara á tu infeliz abuelo.

¿No ves, no ves, que de mi pátrio suelo
No te halagó, al nacer, el puro ambiente,
Ni el idioma oriental, grandilocuente,
Que arrulla á los chiquillos en Pozuelo?

Marcha con Dios; y en Francia, en Inglaterra,
En fin, donde te dé la *Real* gana,
Busca paz y quietud; no des más guerra.

¿Con terquedad pretendes inhumana,
Que te apellide cien siglos mi tierra,
De civiles discordias la manzana?

LA DEL HUMO.

SONETO VIII.

En la pátria de Wamba y Sisebuto,
De Quintana y Martinez de la Rosa,

Aunque el sábio Merlin diga otra cosa,
No cabe, ni cabrá rey absoluto. (*)

Solo al siglo negar pueden tributo,
Que la justicia exige rigurosa,
La nécia mogigata Sinforosa,
Y su nécio padrino Don Canuto.

Si al ver á España cási ya sin gente,
Don Cárlos continuó cruel su tema,
Hoy el Vascon y Cántabro valiente,

Del tamboril al son cantan con flema
Al fugitivo iluso Pretendiente:

Viva la Paz: no es tuya la diadema.

Leyendo mi poema,
Clamará la nacion, segun presumo,
Hijo de Juan sin tierra::: la del humo.

(*) En vano se hacen esfuerzos para reorganizar un partido que apoye el gobierno absoluto de uno solo: los principios elementales de este gobierno se han perdido; y á la par de los principios, han cambiado tambien los hombres. Los reyes se obstinan en conservar lo que ya no pueden sostener. En España y Portugal las ideas han avanzado más que los hombres.

A S. A. R.

la Sma. ^{ra} D.ª Isabel de Orleans

y Borbon Condessa de Paris;

(9. D. 9.)

su obligacão y respetoso Capellan

Gaspar Bono Serrano

2
AL FELIZ ENLACE

DE S. M. CATÓLICA

EL SR. D. ALFONSO XII

(Q. D. G.)

CON SU AUGUSTA PRIMA

LA

SERMA. SEÑORA INFANTA DOÑA MERCEDES.

LEYENDA

POR

D. GASPAR BONO SERRAÑO.



MADRID:

IMPRESA DE LA VIUDA É HIJO DE D. EUSEBIO AGUADO,
calle de Pontejos, núm. 8.

1878.

¡POBRE POETISA!

SONETO.

Sucumbió al fin, herida por la mano
De parricida y bárbaro verdugo,
Que al nacer de las hienas mamó el jugo
Cual un dia Neron y Diocleciano.

Ignorante, orgulloso, necio y vano,
Sacudió de la Cruz el santo yugo,
Sin recordar que al almo Verbo plugo
Morir por el judío y el pagano.

Si al exhalar su postrimer aliento
El mónstruo aquel de pecho diamantino,
Gimió de contricion y sentimiento,

Dios de bondad y amor, ¡Jesus divino!
Que á Dimas perdonásteis al momento,
De BLANCA perdonad al asesino.

GASPAR BONO SERRANO.

I.

Orillas del Guadalope,
Que baña al Bajo Aragon,
Hay un solitario valle
Ameno y encantador.
Hacia el norte se descubren
Colinas que dora el sol,
Cuando asoma radiante,
Alabando al Criador.
Cerca del humilde rio,
Que jamás el aquilon
Rugiendo horrisono agita
Del invierno en el rigor,
Aparece pobre aldea,
Mas pequeña que Alcorcon,
Do sus habitantes viven
En la paz santa de Dios.
Y ¿por qué? Porque es el Cura
Un respetable varon,
Digno de ser Arcediano
Por su ciencia y su candor.
Allí no hay ociosidad,
Ni pleitos sin ton ni son,

**

Ni menos pronunciamientos,
 O sea anarquía atroz.
 El Párroco bondadoso
 Consigue conciliador
 Decapitar la Discordia,
 Si asoma cual escorpion.
 Él de higiene sabe tanto,
 Como Benito Feijóo,
 Gloria del siglo diez y ocho,
 Gloria del Clero español.
 Es Canonista además,
 Y conoce á Fenelon,
 A San Agustin y Homero,
 Como á David, como á Job.
 Podria ser Prebendado,
 Mas tamaña tentacion
 Le asusta, por no dejar
 La casita en que nació.
 En sus floridos abriles,
 Con intrépido valor,
 De Doña Isabel Segunda
 Cuna y solio defendió;
 Mas la licencia absoluta
 Le dieron en Badajoz,
 Y alegre como unas Pascuas,
 A su tierra se volvió.
 Trascurridos pocos años,
 El soldado era Doctor
 En sagrada Teología,
 Y sacerdote de pro;
 Cura Párroco además,
 O católico Pastor
 De agrícola pueblecillo,

Do su madre le parió.
 Cuando cual hórrido trueno
 Infernal revolucion,
 Anunciando muerte y sangre,
 En España rebramó,
 Ni uno de sus feligreses,
 Para engrosar la faccion
 Y entristecer al buen Cura,
 Sus lares abandonó.
 Venturosos lugareños,
 Que por padre y por Mentor
 Han merecido tener
 Al viejo Mosen Zenón.
 Por fin, el buen Sacerdote
 Es músico y es cantor,
 Y esclarecido Poeta,
 Alabad por ello á Dios.

II.

Gloria á Dios en las alturas,
 Hoy es Pascua y es Domingo,
 Y al Niño Dios, pobres pajas
 En un portal dan abrigo.
 El sol brillante refleja
 En modestos edificios,
 Que besa con sus corrientes
 Guadalupe, manso rio.
 Son las cuatro de la tarde,
 Y de pobre pueblecillo
 El Cura y sus feligreses
 En la iglesia reunidos,

Cantan el Rosario á coros,
 Alternando con los niños
 Las doncellas, emulando
 A los querubines mismos,
 Cuando ante el solio de Dios,
 Con amor y regocijo
 Preconizan á la Virgen,
 Madre sin mancha de Cristo.
 El Cura con voz sonora
 Acompaña complacido
 Al son de un arpa que tañe
 Con gusto el mas esquisito.
 No bien termina el Rosario,
 Comienzan los villancicos
 De Mosen Zenon: cantares,
 Tan dulces como sencillos.
 Al oír la melodía
 De los armónicos himnos,
 Que de Jesus en loor
 Suenan en aquel recinto,
 Lloran de gozo y ternura,
 O exhalan de amor suspiros,
 Las mujeres y los hombres,
 Niñas, ancianos y chicos.
 Es un trasunto del cielo
 El templo aquel, que bendijo
 San Vicente de Ferrer
 Hace mas de cuatro siglos.
 Loor al virtuoso Cura,
 A quien acatan sumisos
 Los feligreses, al paso
 Que él los quiere como á hijos.

III.

Como en la feraz Sicilia,
 Cuando en erupcion ardiendo
 Sin cesar arroja llamas
 Por su crater Mongibelo;
 En la plaza de una aldea,
 Junto al Guadalupe ameno,
 Brilla hoguera colosal,
 Que mantiene un roble entero.
 Hermosa luna riela
 En estanques y arroyuelos,
 Presidiendo la alegría
 De los honrados labriegos,
 Que son los mas venturosos
 Vivientes del universo,
 Porque allí nunca les faltan
 Pan y rocío del cielo,
 Ni el santo temor de Dios,
 Del alma sano alimento,
 Que les distribuye el Cura
 Con su voz y con su ejemplo.
 Al son de rabeles gratos
 Y otros dulces instrumentos,
 Bailan muchachas y mozos
 De la lumbrada no lejos.
 La danza feliz, que alegre
 Coronar suele Himeneo,
 Sentados, locos de gozo
 Padres contemplan y abuelos.
 Cuando mas embebecidos

Los sencillos lugareños
 Dan señales de entusiasmo,
 Y de júbilo y contento.
 En la plaza se presenta
 Hidalgo y gentil mancebo,
 Que viene de Zaragoza,
 En corcel, hijo del Ebro.
Albricias, exclama, albricias,
 Y agita galan sombrero,
Viva el Rey, viva su Prima,
Albricias pido á este pueblo.
Vivan Alfonso y Mercedes,
De amor cristiano modelos:
Señor Don Zenon, albricias,
Albricias, noble Concejo,
Viva el Monarca español,
Y el honor del bello sexo,
La dichosísima Infanta,
Mas hermosa que un lucero.
 A las voces de aquel mozo,
 Vástago, preclaro nieto
 De adalides, que brillaron
 Allá de Huesca en el cerco,
 Arde españolismo puro
 En los generosos pechos
 De los dignos aldeanos,
 Cual en mies tostada el fuego:
 Que en la Patria de Lanuza
 Hay lealtad, hay denuedo,
 Sobre todo fe cristiana,
 Que engendra sublimes hechos.
 El jóven zaragozano
 Vuelve á romper el silencio,

Y entre vivas entusiastas
 Sigue con festivo acento:
 «El Rey y Doña Mercedes
 »Van á recibir modestos
 »La bendicion, que felices
 »Hace á nobles y á plebeyos.»
 Don Zenon á tal anuncio
 Abre las puertas del templo,
 Y postrado ante las aras
 Entona sacro *Te Deum*.
 A las preces del Pastor
 Responde con santo rezo
 Aquella grey fervorosa,
 Dando gracias al Eterno.
 Sube al púlpito el buen Cura,
 Se arrodilla lo primero,
 Y despues de persignarse,
 Dice de júbilo lleno:

IV.

Domine, salvum fac Regem.
 (Psalm. 19, v. 10.)

1.

Fuente de amor y de bondad, Dios mio,
 Salvad al Rey Alfonso de la saña,
 Con que el ateo en su furor impío
 Afrentar quiere á la infeliz España,
 De Wamba y de Pelayo el áureo trono
 Sepultando en el fango con encono.

2.

Doblad, hijos, doblad ambas rodillas
 Ante nuestro Señor sacramentado,
 Que prodigios obrando y maravillas,
 A la raza de Adan ha rescatado,
 Quedando con nosotros en el suelo
 A fin de darnos posesion del cielo.

3.

¡Qué bueno es el Señor con nuestra España
 Desde que en su Pilar vino María
 A la noble ciudad, que el Ebro baña!
 ¡Día de bendicion! Dichoso día,
 De júbilo y virtudes precursora
 Que la nacion católica atesora.

4.

¿No lo veis, no lo veis? Hoy, hijos míos,
 Abriendo con amor su santa mano,
 A pesar de las culpas y extravíos
 Con que le ofende el español cristiano,
 Nos prodiga benéfico sus dones,
 Y premia al Rey, honor de los Borbones.

5.

Jóven Alfonso, tú serás el padre
 Del pueblo fiel, que morirá primero
 Que consentir la rebelion. No hay madre
 Aquí, como en Esparta, que el acero
 A sus hijos no ciña, aunque la Parca
 Los destine á morir por el Monarca.

6.

Loor á Dios! loor á Zaragoza,
 De Sagunto rival y de Numancia,
 Que á todos nos alegra y alboroz
 Desque al Emperador venció de Francia,
 Y á sus fieras beligeras legiones,
 Raza marcial de intrépidas naciones.

7.

Los hijos de Aragon, los castellanos,
 Todos, en fin, los españoles todos,
 Desde el mar á los montes mas lejanos,
 Cual digna estirpe de los fieros godos,
 Si peligrá el dosel de Recaredo,
 Morir sabremos con igual denuedo.

8.

¿No es verdad, hijos míos? Sí; lo veo,
 Lo veo en vuestros ojos, cómo arde
 El fuego del valor, que yo deseo
 Inspirar á la España, si cobarde
 La vil traicion, frenética y sangrienta,
 A nuestra Patria deshonor intenta.

9.

No lo temais. ¿Permitiria el cielo,
 Que otra vez la discordia furibunda
 Enrojeciera en sangre nuestro suelo,
 Como en los días de Isabel Segunda?
 Ved el Iris de paz y regocijo
 Desde que reina su preclaro Hijo.

10.

A nuestro Rey y á su cristiana esposa
 Bendiga Dios desde su trono augusto,
 Y la España feliz y venturosa,
 En su reinado paternal y justo,
 Con asombro otra vez de las naciones,
 Verá brillar sus ínclitos blasones.

V.

Finalizado el sermón
 Muy cerca ya de las doce,
 En su modesta casita
 El buen Cura se recoge.
 No le imitan los demás,
 Es decir, mujeres y hombres,
 Desde el anciano caduco
 Hasta el mas imberbe jóven,
 Todos, todos á la plaza
 Se vuelven, y á los tizones
 Gigantescos de la hoguera,
 Que sigue nutriendo el roble.
 En vez de ser personaje
 El alcalde, es el tío Roque,
 Calvo y de agobiados hombros
 Por lustros mas de catorce.
 El año conoció infausto,
 Que los ricos y los pobres
Año del hambre hoy designan
 Con el espantoso nombre.

Aunque alcalde de montera,
 No le faltan bellas dotes,
 Y por su jovial humor,
 Todo el mundo le conoce.
 ¡Qué amor el suyo á los Reyes!
 Apenas nombrar los oye,
 Se descubre la cabeza,
 Como al sonar en la torre
 De su iglesia la campana
 Del *Angelus* con el toque,
 A la Virgen saludando,
 Que ayudó á salvar al orbe.
 Con gravedad catoniana,
 Dice el anciano: «Señores,
 »La boda del Rey Alfonso
 »Celebramos esta noche.
 »He llegado hace dos horas
 »De visitar en Alforque
 »A mi sobrino el alférez,
 »Que venia de la córte.
 »¡Qué cosas dice, qué cosas
 »El buen Antoñico Gomez,
 »Con militar desparpajo,
 »De los augustos consortes!
 »La Reina es aurora bella
 »Que ríe en el horizonte,
 »Del astro hermoso del día
 »Precediendo á los fulgores.
 »¿Y el buen Rey? Gallardo mozo,
 »Que con su carácter noble
 »Inspira á veces cariño,
 »Respeto á veces impone.
 »Viva el Rey, viva la Reina,

»Esclamad todos acordes,
 »Ya que esta boda á la España,
 »Acrecienta sus blasones.
 »Hoy nadie paga en la aldea,
 »Todos beben, todos comen,
 »Sin reparar en melindres,
 »Ni pensar en el escote.»
 Dice el buen Alcalde, y manda
 A la tia Pilar, y á Jorge,
 Su marido, que la tienda
 De comestible y licores
 Abran, y traigan al punto
 De vino añejo diez odres,
 Y seis arrobas de almendras,
 Pasas, nueces y piñones.
 Luego se presenta Blas
 Con una sartén enorme
 De freir blandos buñuelos,
 Y muchos quesos y arrope.
 Tambien manda el buen Alcalde
 Traer un par de serones
 De castañas y avellanas,
 Conservadas en sus trojes.
 En suma, con cajas ciento
 De jaleas y turrónes,
 Y otros dulces, aparece
 El confitero Galofre.
 Le abraza el Alcalde, empuña
 Señoril vara ó garrote,
 (Porque es gordísima) y serio
 Prorumpo en tales razones:
 «Mi autoridad soberana
 »Ordena, manda y dispone,

»Que de nuestros dignos Reyes
 »Hoy todos canten loores.
 »Al que beba, coma y calle,
 »Infringiendo esta mi órden,
 »Voy á sacarle de multa
 »Dos gallinas ó capones.
 »Brindad todos con coplillas,
 »Dulces como albaricoques,
 »O brevas, que por melosas
 »Suelen picar los gorriones.
 »Suenen guitarras, bandurrias,
 »Castañuelas y tambores,
 »Y en la jota aragonesa
 »Todos muevan los talones.
 »Sus, sus: la fiesta comience,
 »Y en Madrid, París y Londres
 »Sepan, que todos aquí
 »Somos buenos Españoles.»

VI.

A los tres ó cuatro dias
 Recibí por el correo
 Mayúsculo cartapacio,
 Cargado con cinco sellos.
 Era epístola amistosa
 Del benévolo y atento
 Ilustre zaragozano,
 Que mil albricias pidiendo,
 La boda de Don Alfonso
 Manifestó á los labriegos,
 Cuyas coplas me enviaba

Sin correccion ni comento.
 Escojo las mejorcillas
 En mi opinion, y deseo,
 Que las vean mis lectores,
 De indulgencia y bondad llenos.
 Ahí estan; son las siguientes:
 Mas antes advertir quiero,
 Que sin añadir un tilde,
 Solo copio lo que leo.

VII.

1.

Aunque el último Alcalde
 De monterilla
 Quiere inspirar á todos
 Mi seguidilla,
 Nadie me tosa,
 Al brindar por mi Reina,
 Que es muy hermosa.

2.

Vivan los Aragoneses,
 Y la Virgen del Pilar,
 Vivan los augustos novios,
 Y la familia Real.

3.

Manco soy, y nacido
 En Alcorisa,
 Y me faltan á veces
 Pan y camisa.

Sopla que sopla:
 Viva el Rey. Del tio Roque
 Viva la copla.

4.

Protejed á labradores,
 Buen Alfonso, Rey de España,
 Pues con su afan y labores
 Mantienen á los señores,
 Al Palacio y la cabaña.

5.

A despecho de Luzbel,
 Y del Averno y sus furias,
 Es mas grato que la miel
 Brindar por Doña Isabel,
 Digna Princesa de Asturias.

6.

El dia que se case
 Nuestro Monarca,
 De mis aves le envio
 Paloma blanca,
 Mas que la nieve,
 Para que la regale
 A su Mercedes.

7.

Segun la cristiana ley,
 Que á todos atañe y toca,
 Novios á pedir de boca
 Lograd, hermanas del Rey,
 Y será dicha no poca.

8.

Tengo dos corderillos
En mis rediles,
Mas bellos que en Valencia
Son los abriles.

Querida esposa,
Llévalos á la Reina,
Que es candorosa.

9.

Llor á Cesar-Augusta,
Poblacion bella, sin par,
A la que suelen llamar
Los árabes *Zaracusta*.
Gloria á España noble y justa,
Como saben las naciones.
Hoy por eso alza pendones
Con júbilo clamoroso
Por la Reina y por su Esposo,
Benjamin de los Borbones.

10.

Por Isabel Segunda
Murió mi padre,
Y le siguió de pena
Mi digna madre.
Mi voz hoy jura
Buscar en pro de Alfonso
Mi sepultura.

11.

Cual hiedra verde y florida,
Al olmo gigante asida,

Que es de la vega ornamento;
Viva la Reina querida
Con Alfonso abriles ciento.

12.

Los ojos de mi novia,
Ojos flecheros,
Se parecen, ó Reina,
A tus luceros.

Viva Mercedes,
Y la que me cautiva
De amor con redes.

13.

Pastor de aldea pequeña,
De su caramillo al son,
Vagando de breña en breña,
Alegre en cantar se empeña:
«Viva Alfonso de Borbon.»

14.

En lugar de marido,
Enclenque, adusto,
Lo quiero muy amable,
Sano y robusto,
Que al Rey defienda,
Si amenaza á su trono
Civil contienda.

15.

Por viejo me cantarán
Quizá mañana un responso
El Cura y el Sacristan;

Mas hoy no me impedirán
Dar vivas al Rey Alfonso.

16.

Soy una viejecita
De pobre aldea,
Que á Mercedes y Alfonso
Dichas desea.

Vivan mil años
Y aliviarán de España
Todos los daños.

17.

Como leal monaguillo
Del Cura Mosen Zenon,
Con todo mi corazón
Diré en lenguaje sencillo:
«Viva Alfonso de Borbon.»

18.

Cual pastor me complace
Ver mis corderos
Pacer la verde grama
Por los oteros.
Pero es mas grato
Admirar de mis reyes
Bello retrato.

19.

Del Idúbeda en la falda
Hay una floresta amena
Entre selvas de esmeralda,
Que ofrece bella guirnalda
A Mercedes por ser buena.

20.

Mis ojos ha cerrado
Fatal viruela,
Y me gano el zoquete
Con mi vihuela.

Un sin calzones,
¿Qué ofrecerá á la Reina?
Sus oraciones.

21.

Pastorcillo, tú que vas
A los montes y riberas
De Foz y de Castelseras,
¿Al Rey quieren allí mas,
Que yo por estas praderas?

22.

Don Alfonso, dice el diablo *:
«Ese trono se derribe.»
Lucifer erre que erre,
Tu solio firme que firme.

23.

Hoy madrileña hermosura
En el trono es arrebol,
Que anuncia al pueblo español
Días de gloria y ventura.
Así feliz lo asegura
Uno que, sin ser profeta,

* Imitacion de un antiguo cantarcillo aragonés.

22

Ni astrólogo, ni aun poeta,
Es un rústico labriego,
Que á Dios pide en santo ruego
Concordia, union, paz completa.

24.

Es de nuestro Rey la esposa,
Como de mayo las flores,
Que la tierra ve gozosa:
En cuya estacion hermosa
Despiertan los ruiseñores.

25.

Ciegos yo y mi marido,
Que es de Navarra,
Pedimos pan, rascando
Esta guitarra.

Sin mas doblones,
A la Reina ofrecemos
Los corazones.

26.

Pastoras y lugareñas,
Siempre alegres y risueñas,
No queremos otras leyes
Por estos campos y breñas,
Que amar á Dios y á los reyes.

27.

Aunque pobre pastorcillo,
Yo me pico de bizarro,
Y al Rey, que es bueno y sencillo,

23

Voy á regalar un tarro
De miel, que huele á tomillo.

28.

Lleva de Fraga y Maella,
Lleva, ¡ó esposo Miguel!
Higos mas dulces que miel,
A la Reina casta y bella,
Cual violeta del vergel.

29.

En la bella Tarazona,
Que prados cercan amenos,
Moririan como buenos,
¡Oh Alfonso! por tu corona:
Mas no te quiero yo menos.

30.

Hablando nuestros mayores
De los quesos de Tronchon,
Afirmaban que Aragon
No los produce mejores,
Ni Holanda, ni otra nacion.
Cual celoso Alcalde, pues,
Recordando antiguas leyes,
Algo olvidadas despues,
Remitiré á nuestros Reyes,
Ese fruto aragonés.

31.

Tia tabernera, dadme,
Dadme una copa,

Pues de bailar ya tengo
Seca la boca.

Señor alcalde,
¡Viva el Rey! Y que reine
Mil Navidades.

32.

Como alcalde ó presidente
Del Concejo popular,
Voy, cual obsequio, á enviar
De esta aldea reverente
Al Rey que se va á casar
Diez anguilas de Alcañiz,
Sabrosas mas que perdiz,
Como las que enviar solia
A sus Monarcas un dia
Aquella ciudad feliz.

33.

Alcalde muchos años,
Sea el tio Roque,
Y aumente Dios las nueces,
Vino y turrone.

Viva el jolgorio,
Viva de nuestros Reyes
El desposorio.

34.

Nunca he sido repentista,
Por ser cosa que incomoda,
¿Mas hay vate en una boda
Que á improvisar se resista?
Si al audaz Iñigo Arista

Pudiera imitar, ó al Cid,
Yo exclamaria en la lid:
«¡Viva la cristiana ley!
»¡Vivan la Reina y el Rey!
»¡Viva el pueblo de Madrid!»

35.

Me gusta de las aves
Lindo jilguero,
Por ornarle variados
Matices bellos.
Viva la Reina,
Porque es la flor mas pura
De la canela.

36.

Reina jóven y garrida,
De sencillos labradores,
Que os quieren mas que á su vida,
Recibid la despedida.....
Adios..... ramito de flores.

VIII.

SONETO.

En el siglo fatal décimo nono,
Siglo de confusion, de lucha y guerra,
Que impedir no pudieron Inglaterra,
Ni otra nacion ó rey desde su trono,

Príncipe augusto en mísero abandono
Mas no abatido, lejos de su tierra,
De paz heraldo, no de lid que aterra,
Dijo de sus contrarios: *los perdono.*

Amor, tú, que inflamar á todos puedes,
Inspiraste magnánimo denuedo
Al prisionero de tus dulces redes;

Y cual un dia en la real Toledo
Hoy Alfonso Duodécimo y Mercedes
Bajo el dosel son Bada y Recaredo.

EPÍLOGO.

Todo en el mundo termina,
Menos las penas amargas
Y dolencias, que perennes
A la humanidad maltratan.
¿Y qué prueba esta verdad?
Que la tierra no es la Patria
De los mortales, y solo
Es un meson ó posada.
Pongo aquí punto final
A mi leyenda aldeana,
Diciendo: *Caros lectores,*
Perdonad sus muchas faltas.

CANTICO RELIGIOSO

CON QUE DAN CULTO

los Alcañizanos á la devota y antiquísima Imagen
de María Santísima, que se venera en su ermita de
la Nunciata, antigua Sinagoga de Judíos.

CORO.

*Inmaculada María,
Tan pura como feliz,
Patrocinad, Madre mia,
A los hijos de Alcañiz.*

I.

En la solitaria ermita,
Que ha sido en la antigüedad
Templo del Israelita,
Os venera esta ciudad,
Y en incesante clamor
Os dice con tierno amor:
Inmaculada María, etc.

II.

Recordando la memoria
De nuestros padres y abuelos,
Que tenga Dios en su gloria,
Emperatriz de los cielos;
Hoy, cual ellos, con fervor
Cantamos en tu loor:
Inmaculada María, etc.

III.

El buen Alfonso Primero,
Rey cristiano aragonés,
Vencido el árabe fiero,
Aquí os alzó en su pavés,
Y ornado de lauros mil,
En voz clamó varonil:
Inmaculada María, etc.

IV.

En esta ríscosa cumbre,
De sus bravos campeones
Gritaba la muchedumbre,
Con devotos corazones
Y clamoroso rumor,
Cual su Rey *Batallador:*
Inmaculada María, etc.

V.

Don Jaime el *Conquistador*,
 Cuando á trabar nueva lid
 Contra el moro usurpador
 Partió á la ciudad del Cid
 Desde este pueblo inmortal,
 Dijo con fe sin igual:

Inmaculada María, etc.

VI.

Entre sus nobles guerreros,
 Cien y cien Alcañizanos,
 Al desnudar sus aceros,
 Esclamaban cual cristianos
 Con esperanza filial,
 Del Turia en la capital:

Inmaculada María, etc.

VII.

Y al escalar las murallas
 De la moruna ciudad,
 O en las campales batallas,
 Con devocion y piedad,
 La ruda lanza al blandir,
 No cesaban de decir:

Inmaculada María, etc.

VIII.

Y al enarbolar la Cruz
 En torreones y almenas,
 Do reflejaba la luz
 En gumias agarenas,
 Héroes de esta poblacion
 Gritaban con emocion:

Inmaculada María, etc.

IX.

El Apóstol de Valencia,
 Vuestro siervo San Vicente,
 Aquí con dulce elocuencia
 Exhortó á la hebrea gente
 A renunciar el error,
 Y repetir sin rubor:

Inmaculada María, etc.

X.

Y la estirpe de Israel,
 De gracia eficaz el grito,
 Cual Saulo, escuchando fiel,
 Respondió al Santo bendito,

De vuestras glorias cantor,
 Pidiendo amparo y favor:

Inmaculada María, etc.

XI.

Y la que fue hasta aquel dia
 Sinagoga, ya fue templo,
 Y con cristiana alegría
 El converso daba ejemplo
 De fe santa y devocion,
 Clamando con efusion:

Inmaculada María, etc.

XII.

Dichosa, feliz la hora
 En que el pueblo Alcañizano
 Todo al fin, Madre y Señora,
 Ya grey del redil cristiano,
 Dijo sin interrupcion
 Implorando proteccion:

Inmaculada María, etc.

XIII.

Por eso, Reina del cielo,
 Desde entonces todos, todos
 Los que en este fértil suelo
 Descendemos de los Godos,
 Que abjuraron la impiedad,
 Clamamos á tu bondad:

Inmaculada María, etc.

XIV.

Aquí no hay cristiano alguno
 Que cual escéptico viva,
 Ni que desprecie el ayuno,
 El Rosario y rogativa,
 Ni que omita veces mil
 Con fe cantar infantil:

Inmaculada María, etc.

XV.

El infanzon y artesano,
 La doncella, el padre, el niño,
 La matrona y el anciano,
 Llenos de filial cariño,
 Despues de la Comunion
 Dicen con el corazon:

Inmaculada María, etc.

XVI.

Cuando la esposa al esposo,
 O la madre al dulce hijo

En trance ven peligroso
O en sufrimiento prolijo,
Después de rogar á Dios,
Llorando os dicen á vos:
Inmaculada María, etc.

XVII.

Y cuando llega la hora
De la inevitable muerte,
A su Madre y Protectora
Recurren, y de esta suerte
Todos claman sin cesar,
El enfermo al espirar:
Inmaculada María, etc.

XVIII.

Confortado el moribundo
Con las voces de consuelo,
Deja alegre el triste mundo
Y abierto contempla el cielo.
Y en el último estertor
Aún repite en su interior:
Inmaculada María, etc.

XIX.

Madre de amor, y esperanza
De los pobres pecadores,
Dulce puerto de bonanza
Contra vientos bramadores,
Protejed esta ciudad,
Que repite en su piedad:
Inmaculada María, etc.

XX.

Alejad, Madre y Señora,
De la guerra los horrores,
Y la discordia traidora
Con sus odios y furores,
Y en paz toda la nacion,
Cantará esta poblacion:
*Inmaculada María,
Tan pura como feliz,
Patrocinad, Madre mía,
A los hijos de Alcañiz.*

Gaspar Bono Serrano, Pbro.

El Excmo. Sr. D. Anastasio Rodrigo Yusto, Arzobispo de Burgos, se ha dignado conceder 80 dias de indulgencia, y 40 el Ilmo. Sr. D. Francisco Landeira, Obispo de Cartagena, á todos los que canten ó reciten con devocion este himno religioso.

AL AYUNTAMIENTO DE PARIS.

FELICITACION

por las preciosas cartas que en el Centenario de Voltaire dirige á dicha Corporacion el anciano y respetable Obispo Monseñor Dupanloup.

SONETO CON ESTRAMBOTE.

Famoso Ayuntamiento parisien,
Que devoto deseas venerar
La estatua de Voltaire en un altar,
Aunque negra cual tizne de sarten;

Este, que envio justo parabien,
Hoy tienes á la fuerza que tragar,
Porque tu gloria ansio eternizar
Cien siglos, y en pos de ellos otros cien.

Jamás hubo, jamás, Corporacion
Entusiasta y celosa como tú
Por encumbrar la Patria de San Luis.

Eres orgullo y prez de tu nacion.
¿Lo podria negar ni Belcebú
En Petesburgo, Londres ó Paris?

Por eso recibís,
Monsiures, con razon, tanto *soufflet*,
Que os prodiga la mano de un Bossuet.

Gaspar Bono Serrano.

4.500

varios
folletos
en un
volumen

